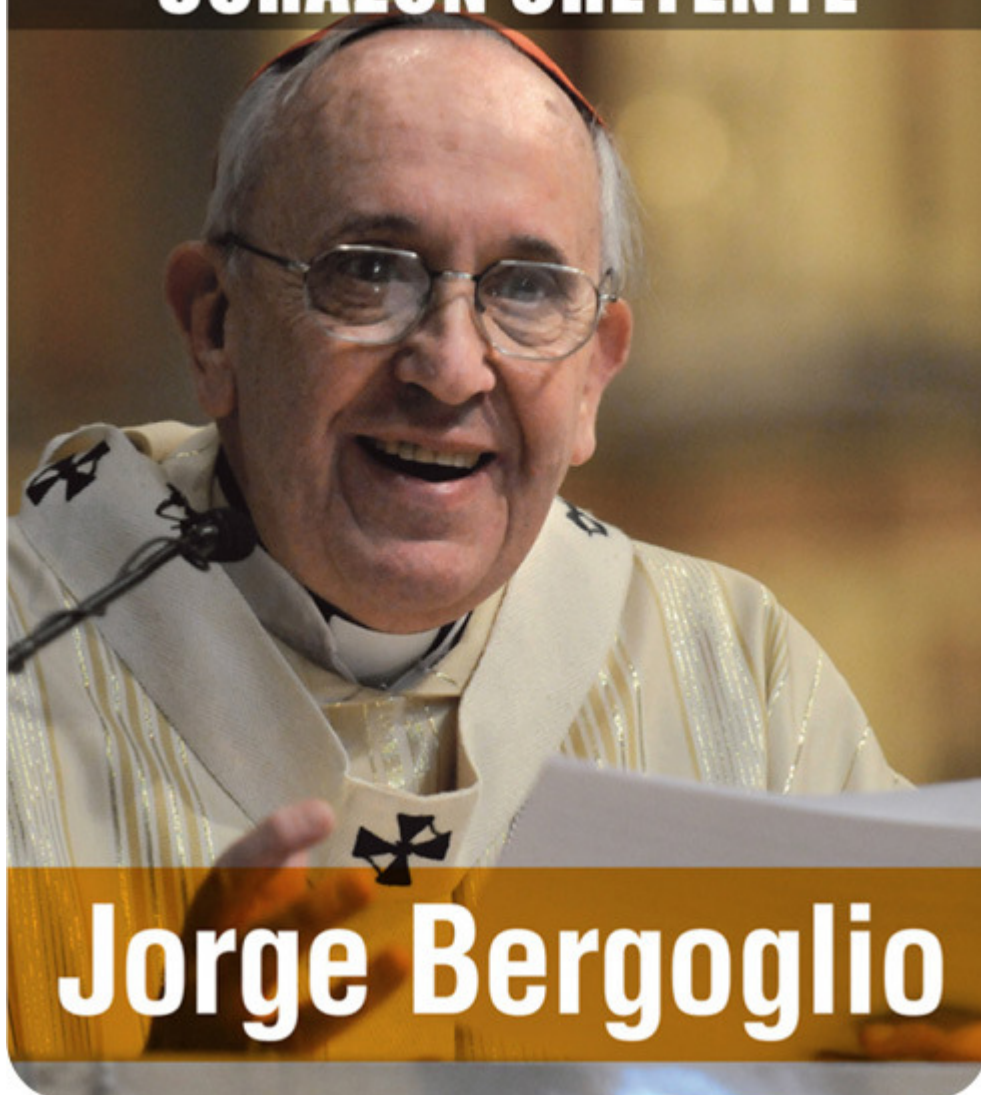


MENTE ABIERTA, CORAZÓN CREYENTE

**Mente abierta,
CORAZÓN CREYENTE**



Jorge Bergoglio

Cardenal Jorge Mario Bergoglio, sj

MENTE ABIERTA,
CORAZÓN CREYENTE

Prólogo

Cuando me propuso el editor que hiciera el prólogo a esta obra del cardenal Jorge Bergoglio le agradecí el ofrecimiento por lo que significaba. En primer lugar por mi cercanía y reconocimiento al Cardenal, como por el gesto hacia mí. Con todo, traté de explicarle que tenía muchas ocupaciones inmediatas y que demoraría un tiempo en hacerlo. Él insistió, terminé aceptando y no me arrepiento.

Al iniciar la lectura, percibí que se trataba de una obra que recogía un largo camino de reflexión, predicaciones y retiros espirituales, y que ahora se presentaba como el fruto de esas experiencias para proponerlas como un servicio en el seguimiento de Jesucristo. Destaco el aspecto testimonial del libro; hablaría de la transmisión de una experiencia de varios años que surgen de la vida y tarea de un sacerdote, formador y pastor. Se percibe el contexto de un retiro espiritual, o mejor de varios, en los que se fueron tejiendo y nacieron los textos que conforman esta obra. Esta diversidad de tiempos y circunstancias no le quita unidad, ella no proviene sólo del autor sino, y sobre todo, de la persona de Jesucristo que es el centro en quién se contempla la fuente de la vida y espiritualidad cristiana. Es de marcar la preocupación que manifiesta al presentar la vida cristiana, como una realidad orientada a mejorar la vida en sus relaciones con Dios, el mundo y los hombres. Valoro este aterrizaje en lo concreto, que tanto nos sirve para orientar conductas y caminos de espiritualidad, como de base para un sincero examen de conciencia.

Otra característica que considero importante señalar es la familiaridad con los textos bíblicos que denota una sólida teología bíblica, desde una óptica, diría sapiencial, que los enriquece en orden a su aplicación en la vida. No estamos ante un estudio exegético, aunque se percibe conocimiento y rigor teológico en el manejo de los textos. Lo bíblico, en especial las enseñanzas de Jesús, aparecen como algo muy cercano a lo humano, como algo, diría, que le pertenece al hombre y que tal vez lo estaba esperando. Esto le da actualidad y un alcance mayor respecto al posible lector que lo descubra. Estamos ante una obra que nos presenta la figura y las palabras de Jesús como un camino que es humano y divino, es decir, lo divino no aleja de lo humano sino que lo supone, lo libera y le da plenitud; es más, podríamos decir que lo humano aparece necesitado de lo divino para su plena realización.

En su lectura se percibe, además, el conocimiento que tiene el autor del uso de la lengua y el poder cautivante y revelador de la palabra. Creo que esto se debe, al menos en parte, a que en su juventud fue profesor de literatura. Recuerdo, y esto es algo testimonial, que una vez le pregunté por sus vacaciones, qué hacía en el mes de enero en Buenos Aires, a dónde iba. Recuerdo que me respondió que se quedaba en la curia y que descansaba rezando y leyendo (releyendo) a los clásicos. Su respuesta me sorprendió pero me sirvió, y he tratado de ponerla en práctica. Cuánto hemos perdido culturalmente en la ruptura con lo clásico. Esta pequeña confidencia que me he permitido recordar, explica su buen manejo del idioma como la belleza de su prosa. Lo estético forma parte de la fe cristiana, ella tiene su fuente e inspiración en Dios.

Dado que se trata de un libro para ser trabajado, en el sentido de una lectura meditativa y orientada al crecimiento espiritual es de valorar que, junto a la abundancia de los textos bíblicos y citas del magisterio, se incluyan cánticos y poesías tomadas de la liturgia como de la tradición religiosa de la Iglesia. Esto le agrega una nota de belleza y un colorido especial, que ayuda a crear un clima particular de oración. Considero

pedagógico y muy útil, además, que al concluir cada tema se proponga un momento guiado de reflexión: “Para orar y profundizar”. Como vemos, estamos ante una obra de un contenido profundo y siempre actual, pero de simple y agradable lectura, que busca involucrar al lector en un camino de reflexión espiritual orientada a elevar su vida.

La obra se divide en cuatro partes que guardan una unidad de fin, como ya lo hemos señalado, pero cada una de ellas tiene una autonomía que nos permite acercarnos en su propia identidad y riqueza. En la división de la obra se deja traslucir, aunque el autor tal vez no lo haya buscado intencionalmente, el esquema, no tomado materialmente, del Catecismo de la Iglesia Católica. Se comienza por el encuentro con Jesucristo para concluir, en la última parte, con la oración vista desde la experiencia de varios testigos tomados de las Sagradas Escrituras. La fe y la oración son los dos ejes que dan unidad y consistencia a esta obra. Como veremos, por otra parte, este camino de renovación espiritual no nos encierra en un juego o actividad que podría aislarnos, sino que desde la misma fe en Dios, que hemos conocido en Jesucristo, nos abre a una vida de caridad en nuestras relaciones y de dinamismo misionero en la vida de la Iglesia.

La primera parte nos presenta el encuentro con Jesús a través de los diversos diálogos que nos ofrecen los evangelios. En ello podemos apreciar la rica tradición “ignaciana” del autor para recrear las circunstancias y el lugar en que se encuentra Jesús con las distintas personas, como su capacidad para mostrar el valor y el significado de las palabras que el Señor utiliza. Desde este encuentro con Jesús comienzan a iluminarse las diversas situaciones de la vida del cristiano, que van desde el gozo del encuentro con él -que define una vocación-, hasta la cruz, incluyendo el dolor y la experiencia del pecado. Esto marca un profundo y gozoso sentido de la esperanza cristiana que tiene, en Cristo muerto y resucitado, la vida de todo hombre. Nada queda afuera de la presencia y de la palabra de Jesús.

La vida y la palabra de Jesús nos revelan en toda su plenitud la historia de la salvación, como marco actual en el que se desarrolla nuestra vida. Esta temática ocupará la segunda y tercera parte que nos introduce en esa epifanía de la revelación como historia de amor, de vida y de misión, en ese camino providencial hacia la manifestación final. Jesucristo nos muestra en este marco la presencia de la Iglesia como la “epifanía de la Esposa”. En este tiempo de la Iglesia va a cobrar particular relieve el tema de la misión, como expresión de la revelación del amor salvífico del Padre. A esta segunda parte la considero como una gran fuerza de estímulo y movilización para la vida de la Iglesia. Recuperar el significado evangelizador de la fe, en el marco de la comunión de la Iglesia, es un desafío llamado a definir con urgencia un compromiso apostólico.

La tercera parte nos habla de la Iglesia en su vida concreta, con sus grandezas, debilidades y pequeñeces. Creo que ha sido muy oportuno, y sabio, hacerlo desde la misma palabra de Dios, tomando el Apocalipsis, en las cartas dirigidas a la siete Iglesias (Ap. 1-3). El valerse para el estudio y meditación de estos textos, que no son fáciles de interpretar, de figuras como Romano Guardini y Hans Urs Von Baltasar, son muestra de la seriedad con la que se ha afrontado la reflexión. Poco me queda por agregar en este breve prólogo sobre esta tercera parte, sólo invitarlos a una lectura pausada que nos permita descubrirnos y amar a esta Iglesia, en su ropaje tantas veces frágil que nos desconcierta. Pero que es la única y hermosa Esposa del Cordero. Sólo les diría que a mí me ha hecho mucho bien.

La última parte está dedicada a la oración vista, como dijimos, desde nuestra realidad concreta. No es extrañar, por ello, que el primer tema sea: “Nuestra carne en oración”. Los diversos momentos por los que pasa nuestra oración, cercanía, alejamiento, abandono..., serán considerados desde diversos testigos bíblicos. Así, nos encontraremos con Abraham, Moisés, David, Job, Judith..., que nos acompañarán con

su experiencia religiosa. Un tema que vuelve a aparecer en esta parte sobre la oración, y que nos recuerda aquellos primeros encuentros con Jesucristo, es el de “dejarse conducir”. Hay como una necesaria pasividad activa que es signo de la presencia del Espíritu. Concluye, finalmente, con una referencia a Jesucristo Sacerdote en su oración al Padre, que es fuente y modelo de toda oración cristiana.

Creo que la obra que tienen en sus manos y que he tenido el agrado de prologar, es fruto de un largo camino de reflexión y oración que necesita, por ello, de una lectura pausada; darnos tiempo es el primer requisito para avanzar en algo importante. Estamos acostumbrados a leer rápidamente para informarnos, este libro tiene otra pretensión. Agradezco al cardenal Bergoglio que se haya decidido a recoger estos diversos escritos para presentarlos, en la unidad de una obra, como un camino siempre actual que nos ayuda y enriquece.

Mons. José María Arancedo

Arzobispo de Santa Fe de la Vera Cruz

Primera parte

Los diálogos de Jesús

1. El gozo apostólico se alimenta en la contemplación de Jesucristo: cómo andaba, cómo predicaba, cómo curaba, cómo miraba... El corazón del sacerdote debe abrevarse de esta contemplación, y allí resolver el principal problema de su vida: el de su amistad con Jesucristo. Propongo ahora contemplar los diálogos de Jesús, algunos de ellos. Cómo habla Jesús con quienes le quieren imponer condiciones, cómo con quienes pretenden tenderle una trampa, cómo con aquellos que tienen el corazón abierto a la esperanza de la salvación.

2. Los *diálogos condicionados*. Tanto los tres casos de Lc 9, 57-62, como Nicodemo (Jn 3, 1-21), y la Samaritana (Jn 4, 1-41) condicionan su acercamiento a Jesús. Los tres primeros buscan poner un límite a su entrega: la riqueza, los amigos, el padre. La Samaritana procura desviar el diálogo porque no quiere tocar lo esencial: prefiere hablar de teología en vez de hacerse cargo de sus maridos. Nicodemo condiciona su acercamiento a Jesús a la seguridad: va de noche. Y Jesús, porque no lo ve dispuesto, lo deja enredado en sus propias cavilaciones, porque para él la cavilación era el refugio egoísta para no ser leal.

3. Los *diálogos tramposos*. Se busca “tentar” al Señor para encontrar una fisura en su coherencia, que posibilite concebir la piedad como un trueque; y entonces se trampea la fe por la seguridad, la esperanza por la posesión, el amor por el egoísmo.

4. En la escena de la mujer adúltera (Jn 8, 1-11) si Jesús dice que sí se desdibuja su misericordia, si dice que no, va contra la ley. En estos diálogos de trampa Jesús suele hacer dos cosas: decir una palabra, que es doctrina, a quien lo quiere trampear, y otra a la víctima (en este caso a la adúltera) o a la situación usada para trampear. Aquí, a los tramposos les devuelve la condena indicándoles que se la apliquen a sí mismos; y a la mujer le devuelve su vida señalándole que se haga cargo de ella.

5. En este mismo sentido pueden meditar las trampas del tributo al César, que entraña la tentación saducea de colaboracionismo (Mt 22, 15-22) y la de la declaración acerca de la propia autoridad (Lc 20, 1-8), a la cual Jesús les responde exhortándoles a que se hagan cargo de las “autoridades” que Dios les mandó y que ellos no aceptaron.

6. Hay una trampa, saducea también, en cuya respuesta el Señor levanta la mira hacia horizontes escatológicos. Cuando la dureza del corazón tramposo es irreversible, entonces se peca de muerte (1Jn 5, 16), se peca contra el Espíritu Santo (Mt 12, 32), se confunden los espíritus. La trampa es tan sórdida que el Señor no entra en la dialéctica de una respuesta: simplemente vuelve a la pureza de su gloria, y desde allí responde: Lc 20, 27-40.

7. La raíz de toda trampa entraña siempre vanagloria, posesión, sensualidad, orgullo. Y el mismo Señor nos enseñó a responder a estas citaciones tramposas con la historia gozosa de nuestro pueblo fiel: Mt 4, 1-11.

8. Finalmente hay un tercer grupo de diálogos de Jesús, que podríamos llamar *diálogos leales*. Se dan en los que se acercan sin doblez, enteros, con el corazón abierto a la manifestación de Dios. Todo es puesto sobre la mesa. Cuando alguien se acerca así, el corazón de Cristo se llena de gozo (Lc 10, 21).

Para orar y profundizar

Con el corazón dispuesto y con la mirada fija en el encuentro con el Señor, meditemos el diálogo del ciego de nacimiento con el Señor: Jn 9, 1-41.

El encuentro con Jesús

1. Entre el sacerdote y el funcionario religioso hay un abismo, son cualitativamente distintos. Lo doloroso es que un sacerdote puede ir metamorfoseándose, de a poco, en un funcionario religioso. Entonces el sacerdocio deja de ser el puente, “el pontífice”, para terminar siendo una función a cumplir. Deja de ser mediador para convertirse en intermediario. Nadie elige ser sacerdote; a uno lo elige Jesucristo. Y la existencia sacerdotal se mantiene abrevándose en este encuentro con Jesucristo. Buscar al Señor, dejarse buscar por el Señor; encontrar al Señor, dejarse encontrar por el Señor. . . Todo esto va junto, es inseparable. Juan Pablo II, en su libro *Don y misterio*, pág. 97ss., habla del sacerdote como el hombre en contacto con Dios, y lo presenta en ese doble movimiento de búsqueda del encuentro con Dios (ascenso) y recepción de la santidad de Dios (descenso). “Es la santidad del misterio pascual”. Cuando el sacerdote se aparta de este doble movimiento, pierde el rumbo. La santidad no es una colección de virtudes: esta concepción entomológica de la santidad nos hace mucho daño y ahoga nuestro corazón y -a la larga- nos plasma en fariseos. La santidad es “caminar en la presencia de Dios y ser perfecto”, la santidad es vivir encontrándose con Jesucristo.

2. Les propongo como inicio de esta oración el acontecimiento de la presentación de Jesús en el Templo. La liturgia dice que en este Misterio “el Señor sale al encuentro de su pueblo”. Allí encontramos las promesas y la realidad, a los ancianos y a los jóvenes, a la Ley y al Espíritu, al profeta y al pueblo fiel de Dios. Es el día de “la candela”, la pequeña luz que irá creciendo hasta hacerse cirio en la vigilia pascual.

3. El evangelio narra muchas escenas de búsqueda y encuentro con Jesús y, en cada una de ellas, vemos un rasgo que puede ayudarnos en la oración. El encuentro con Jesús siempre conlleva un llamado, grande o pequeño, pero un llamado (Mt 4, 19; 9:9; 10,1-4); este encuentro se da a cualquier hora y es pura gratuidad (Mt 20, 5-6); un encuentro que hay que buscarlo (Mt 8, 2-3; 9, 9) y a veces con una constancia heroica (Mt 15, 21ss) o con gritos (Mt 8, 25), y en esa búsqueda se puede vivir el dolor de la perplejidad y la duda (Lc 7, 18-24; Mt 11, 2-7). El encuentro con Jesucristo nos conduce más y más a la humildad (Lc 5, 9), o a veces puede ser rechazado o aceptado a medias (Mt 13, 1-23), y si es rechazado produce dolor en el corazón de Cristo (Mt 23, 37-39; Mt 11, 20-30). No es una búsqueda y un encuentro aséptico, pelagiano, sino que supone el pecado y el arrepentimiento (Mt 21, 28-32). El encuentro con Jesucristo se da en la vida diaria, en la búsqueda directa de la oración, en la sabia lectura de los signos de los tiempos (Mt 24, 32; Lc 21, 29) y en el hermano (Mt 25, 31- 46; Lc 10, 25-37).

4. El mismo Señor nos recomienda la vigilancia para este encuentro. Él me busca. No busca al boleo sino a cada uno y según el corazón de cada uno. La vigilancia es el esfuerzo para poder recibir la sabiduría de saber discernirlo y encontrarlo. A veces el Señor pasa al lado nuestro y no lo vemos o, de tanto “conocerlo”, no lo reconocemos. Nuestra vigilancia es oración que nos haga retenerlo cuando él pase “como si quisiera seguir camino” (Mc 6, 48; Lc 24, 28).

Para orar y profundizar

Podemos terminar la oración con un gesto: el de esos hombres que -después de buscarlo durante mucho tiempo y discerniendo los signos- cuando lo vieron *le rindieron homenaje* (Mt 2, 11).

El gozo I

Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa (1 Jn 1, 4). Les he dicho esto para que mi gozo sea el de ustedes, y ese gozo sea perfecto (Jn 15, 11). Y digo esto estando en el mundo, para que mi gozo sea el de ellos y su gozo sea perfecto. (Jn 17, 13).

1. Se trata del gozo provocado por el don de Dios (Lc 1, 14; Rom 15, 13), por la visita de Dios mismo (Lc 1, 41-44). El gozo que nos embarga cuando somos capaces de comprender toda la historia de salvación (Lc 1, 47) o de preverla en la fe (Jn 8, 56; 1 Pe 4, 13). El gozo, fruto de la presencia del Espíritu Santo (Lc 10, 21). Ese gozo que nos fortalece en la prueba (Lc 6, 23; Heb 10, 34; Rom 12, 12; 1 Pe 1, 6; 2Cor 6, 12) y nos acompaña, como a los apóstoles, en nuestro trabajo evangelizador (Lc 24, 52; Hch 13, 52) porque es signo de la presencia cotidiana del Señor (Mt 28, 20). Un gozo esencialmente apostólico hasta el punto de consolidar la paternidad y la filiación apostólicas (Fil 1, 25; 4,1; Fil 7; 1 Jo 1, 4; 2 Jn 12). Y se nos invita a que nuestro gozo sea pleno.

2. Nuestro gozo en Dios es misionero, es fervor: *Hemos encontrado al Mesías... lo llevó a donde estaba Jesús... ven y verás (Jn 1, 41-46). Ve a mis hermanos (Jn 20, 17ss).*

3. Este gozo es consolación. Es el signo de la armonía y unidad que se realiza en el amor. Es signo de unidad del cuerpo de la Iglesia, signo de edificación. Hemos de ser fieles al gozo y no “gozarlo” como un bien propio. El gozo es para maravillarse y comunicarlo. El gozo nos abre a la libertad de los hijos de Dios, porque -al ponernos en Dios- nos separa de las cosas y situaciones que nos cercan y aprisionan, nos quitan libertad. Por ello el corazón gozoso siempre va creciendo en libertad.

4. El gozo, signo de la presencia de Cristo, configura el estado habitual de un hombre o mujer consagrados. De ahí nace la preocupación por buscar la consolación, no por ella misma, sino por ser el signo de la presencia del Señor. Buscarla en cualquiera de sus modos: cito aquí a san Ignacio, “llamo *consolación* cuando en el alma se causa alguna moción interior con la cual viene el alma a inflamarse en amor de su Creador y Señor y consecuentemente cuando ninguna cosa creada sobre la faz de la tierra, puede amar en sí, sino en el Creador de todas ellas. Asimismo, cuando lanza lágrimas motivadas por amor de su Señor, ya sea por el dolor de sus pecados, o de la pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza; finalmente llamo consolación a todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda alegría interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su alma, aquietándola y apaciguándola en su Creador y Señor” (EE 316).

El grado fundamental del gozo es, pues, esa paz honda, esa imperturbabilidad en el Espíritu que permanece aun en los momentos más dolorosos de cruz. Un autor espiritual del siglo IV dice más o menos lo mismo al describir cómo somos guiados por Cristo de diversas maneras: “A veces lloran y se lamentan por el género humano y ruegan por él con lágrimas y llanto, encendidos de amor espiritual. Otras veces el Espíritu Santo los inflama con una alegría y un amor tan grandes que, si pudieran, abrazarían en su corazón a todos los hombres, sin distinción de buenos o malos. Otras veces experimentan un sentimiento de humildad que los hace rebajarse por debajo de todos los demás hombres, teniéndose a sí mismos por los más abyectos y despreciables. Otras veces el Espíritu les comunica un gozo inefable. Otras veces son como un hombre valeroso que, equipado con toda la armadura regia y lanzándose al combate, pelea con valentía contra sus enemigos y los vence. Otras veces el alma descansa en un gran silencio, tranquilidad y paz y de un sosiego inefable. Otras veces el Espíritu le otorga inteligencia, una sabiduría y un conocimiento inefables, superiores a todo lo que pueda hablarse o expresarse. Otras veces no experimenta nada en especial. De este modo, el

alma es conducida por la gracia a través de varios y diversos estados, según la voluntad de Dios que así la favorece”. (PG 34, 639-642). Como se ve es la misma unción del Espíritu Santo la que permanece: en esa unción echa sus raíces el gozo, y por ello se expresa en tan diversos estados... pero el arraigo en esa unción permanece imperturbable: es lo que llamaríamos la paz de fondo.

5. Se nos invita a pedir al Espíritu Santo el don de la alegría y del gozo. Lo contrario es la tristeza. Pablo VI nos dice que “el frío y las tinieblas están en primer lugar en el corazón del hombre que siente la tristeza” (*Gaudete in Domino*, I). La tristeza es la magia de Satanás, que nos endurece el corazón y nos lo amarga. Cuando la amargura entra en el corazón de un hombre o mujer consagrados es bueno recordar lo que advertía el mismo Pablo VI: “Que nuestros hijos de ciertos grupos rechacen los excesos de una crítica sistemática y aniquiladora. Sin necesidad de salirse de una visión realista, que las comunidades cristianas se conviertan en lugares de alegría donde todos sus miembros se entrenen resueltamente en el discernimiento de los aspectos positivos de las personas y de los acontecimientos. La caridad no se goza de la injusticia, sino que se alegra con la verdad. Lo excusa todo. Cree siempre. Espera siempre, lo soporta todo” (*Gaudete in Domino*, Conclusión).

Pero lo más grave del espíritu de tristeza es que conlleva en sí el pecado contra la esperanza. ¡Qué bien lo dice Bernanos en su Diario de un cura rural!: “El pecado contra la esperanza... El más mortal de todos y, sin embargo, el mejor acogido, el más halagado. Se necesita mucho tiempo para reconocerlo y, ¡es tan dulce la tristeza que lo anuncia y lo precede! Es el máspreciado de los elixires del demonio, su ambrosía”.

6. “La alegría propiamente espiritual, que es fruto del Espíritu Santo -dice, en cambio, Pablo VI- consiste en que el espíritu humano halla reposo y una satisfacción íntima en la posesión de Dios Trino, conocido por la fe y amado con la caridad que proviene de él. Esta alegría caracteriza, por tanto, todas las virtudes cristianas.

Las pequeñas alegrías humanas que constituyen en nuestra vida como la semilla de una realidad más alta, quedan transfiguradas. Esta alegría espiritual, aquí abajo, incluirá siempre en alguna medida la dolorosa prueba de la mujer en trance de dar a luz, y un cierto abandono aparente, parecido al del huérfano: lágrimas y gemidos, mientras que el mundo hará alarde de satisfacción, falsa en realidad. Pero la tristeza de los discípulos, que es según Dios y no según el mundo, se trocará pronto en una alegría espiritual que nadie podrá arrebatarles” (*Gaudete in Domino*, III).

7. Se nos invita a pedir al Espíritu Santo el don del gozo y la alegría: ella “es fruto del Espíritu Santo. Este Espíritu que habita en plenitud la persona de Jesús, lo hace durante su vida terrestre tan atento a las alegrías de la vida cotidiana, tan delicado y persuasivo para enderezar a los pecadores por el camino de una nueva juventud de corazón y de espíritu! Es el mismo Espíritu que animaba a la Virgen María y a cada uno de los santos. Es este mismo Espíritu el que sigue dando aún a tantos cristianos la alegría de vivir cada día su vocación particular en la paz y la esperanza que sobrepasa los fracasos y los sufrimientos” (*Gaudete in Domino*, Conclusión).

8. El gozo es el fervor. Pablo VI concluía su *Evangelii Nuntiandi* hablándonos de este fervor: “De los obstáculos que perduran en nuestro tiempo, nos limitamos a citar la falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de dentro. Dicha falta se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés, y sobre todo en la falta de alegría y esperanza... los exhortamos a alimentar siempre el fervor del espíritu... Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo... con un ímpetu que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Y ojalá el mundo pueda recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o

ansiosos, sino a través de ministros del evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido... la alegría de Cristo...” (n. 80).

Para orar y profundizar

El gozo se alimenta de la contemplación de Jesucristo: cómo andaba, cómo predicaba, cómo curaba, cómo miraba... El sacerdote, el hombre y mujer consagrados, tienen que resolver -en su vida- el problema fundamental de su amistad con Jesucristo, y resolver su vida en esta amistad con él. La amistad nace, crece, se fortalece, en el convivir: de ahí la necesidad, finalmente, de la contemplación de él. Me refiero, en este caso, a la necesidad existencial de la propia vida consagrada.

Les propongo que dediquen el tiempo de oración a contemplar al Señor. Elijan los pasajes de su vida apostólica que más les gusten y quédense mirando, oyendo, caminando con él.

El gozo II

1. Quisiera seguir reflexionando sobre nuestro gozo ministerial. El verdadero gozo se fragua en el trabajo, en la cruz. El gozo que no ha sido “probado” no pasa de ser un simple entusiasmo, muchas veces indiscreto, que no puede prometerse fecundidad. Jesús nos prepara para esta prueba y nos advierte para que seamos prontos a resistir: *También ustedes ahora están tristes, pero yo los volveré a ver, y tendrán una alegría que nadie les podrá quitar* (Jn 16, 22). San Ignacio también exhorta a vencer la prueba, la tentación y la desolación con el trabajo constante y la esperanza de la futura consolación, del futuro gozo: “El que está en desolación trabaje de estar en paciencia, que es contraria a las vejaciones que le vienen, y piense que será presto consolado, poniendo diligencias contra la tal desolación...” (EE 321). En la desolación y la prueba, parece que el Señor se aleja, que duerme (como en el cabezal de la barca durante la tormenta). Otras veces ha sido nuestra actitud mundana o pecaminosa la que lo aleja de nuestro corazón. Él está allí, pero no lo vemos o no queremos verlo.

2. Una situación que puede darse en el ministerio es el cansancio pastoral. Suele ser un efecto (y síntoma) de inconstancia, de la *acedia* espiritual. Hacerle justicia al pueblo fiel de Dios supone ser muy constante en el pastoreo, en la repuesta a su a veces cansador pedido de ser ungidos (tocados) por Dios en cualquier momento: sacramentos, bendición, palabra... Es curioso, pero el pueblo fiel cansa porque pide cosas concretas. En cambio pueden seducirnos los trabajos que nos permiten un refugio en la fantasía. Dentro de nuestra mente somos reyes y señores, a quien se dedique exclusivamente al cultivo de su fantasía nunca llegará a sentir la urgencia de lo concreto. Pero el trabajo pastoral de nuestras parroquias es otra cosa. Supone reflexión, trabajo intelectual y oración, pero fundamentalmente la mayor parte del tiempo se va en estar haciendo “obras de caridad”.

Caridad para atender con ánimo parejo a la gente que se acerca a pedir las cosas más diversas: uno preguntará si puede cambiar una promesa; otro pedirá un certificado para bautizar en Luján; otro, una ayuda de Caritas; otro, una misa de difuntos tal día y no otro. La gente es implacable en las cosas tocantes a la religión. Así como generalmente es fiel en el cumplimiento de sus promesas, también exige fidelidad en la atención pastoral a los naturales encargados de dispensarla. El sacerdote no se pertenece. Podrá a veces refugiarse en otras cosas, pero todas esas “otras cosas” se estrellan frente a la madre de familia que le hace caminar varias cuadras para bendecirle

la casa. La constancia apostólica es creadora de instituciones. Pienso que las manos de un sacerdote, más que expresar gestos rutinarios, deben temblar de emoción al administrar el bautismo, porque están poniendo gestos contundentes que hacen institución.

3. Quisiera detenerme un poco en la descripción de ese vicio antiapostólico, la *acedia*, que apolilla la constancia apostólica en nuestra misión de pastores del pueblo fiel. Lo típico de toda *acedia* es algo así como una utopía; un no hacernos cargo de los tiempos, lugares y personas en que se enmarca nuestra acción pastoral. Algún filósofo diría que pretende ser atemporal ya espacial. Aparece bajo diversas manifestaciones en nuestra vida de pastores y es preciso estar alerta para poder discernirla bajo los ropajes con que se disfraza.

A veces es la parálisis, donde uno no termina de aceptar el ritmo de la vida. Otras veces es el cura saltimbanqui que, en su vaivén, muestra su incapacidad de estar en sí fundado en Dios y en la historia concreta con la que está hermanado. En algunas ocasiones se presenta en la elaboración de grandes planes sin atender a las mediaciones concretas que los van a realizar; o -por el contrario- enredada en las pequeñeces de cada momento sin trascenderlas hacia el plan de Dios. Hace bien recordar el epitafio de san Ignacio: *“Non coerceri a maximo, contineri tamen a minimo, divinum est”*.¹

Hemos visto a muchos tentados de *acedia*: hemos visto a los que sueñan proyectos irrealizables para no realizar lo que buenamente podrían hacer. Los que no aceptan la evolución de los procesos y quieren la generación espontánea. Los que creen que ya todo está dicho y no se debe andar más. Los que cerraron su corazón, como los de Emaús, a nuevos “pasos del Señor”. Los que no saben esperar y por eso son disgregantes por su misma cerrazón a la esperanza. La *acedia* es disgregación porque lo que congrega siempre es la vida... y estos no aceptan la vida.

4. Hace bien reconocer que la *acedia* es una realidad que nos visita mucho, una amenaza a nuestra vida cotidiana de pastores. Humildemente saber que existe en nosotros y alimentamos con la palabra de Dios que nos da fuerza para seguir adelante aguardando el gozo que sólo nos viene del Señor que nos encuentra vigilando esperándolo en el momento, en los tantos “cada momentos” que llega a la vida ministerial. Solamente el operario que ha sabido renunciar a la veleidad, a la *acedia* y a la inconstancia para deshilacharse todo el día y todos los días en el servicio pastoral, solamente él entenderá con el corazón el precio del rescate de Cristo, y –quizá sin explicitarlo– sus manos laboriosas harán crecer la unidad de la Iglesia, la consonancia con el obispo, esa participación con Dios nacida de la pertenencia a la santa madre Iglesia, que nos configuran hijos del Padre, hermanos entre nosotros y padres del pueblo fiel de Dios. Solamente el trabajador incansable, el de la paciencia, la constancia y el aguante (*la hypomoné*) sabe cómo conservar la “inmaculada unidad” de la Iglesia (como la llamaba san Ignacio de Antioquia en su carta a los Efesios, 2, 2). Y esto se hace fijando *la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe, en Jesús, el cual, en lugar del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz sin tener en cuenta la infamia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios* (Heb 12, 14).

Para orar y profundizar

Detengámonos un momento y revisemos en nuestra vida bajo qué ropajes se viste nuestra *acedia*. ¿En qué situaciones de mi vida aparece la tentación de ese cansancio y falta de constancia que nos termina paralizando?

Nuestra Fe

Porque el que ha nacido de Dios, vence al mundo. Y la victoria que triunfa sobre el mundo es nuestra fe (1Jn 5, 4). Hoy, más que nunca, las preguntas que nos hacemos sobre nuestra eficacia apostólica resultan difíciles y tienen el peligro de enredarnos en los mismos planteos que nos llevan a buscar nuestra fidelidad. Es tan importante este asunto que no podemos permitirnos cualquier tipo de improvisación. Y lo mismo sucede con las diversas opciones apostólicas que habremos de tomar en nuestra acción pastoral. Cuando Pablo VI nos hablaba del *esfuerzo* orientado al anuncio del evangelio a los hombres de nuestro tiempo, nos señalaba una de las realidades nuestras más notorias: “exaltados por la esperanza, pero a la vez perturbados con frecuencia por el temor y la angustia” (Evangelii Nuntiandi 1). Esperanzas y temores se entrelazan incluso en nuestra vida apostólica, en los momentos en que hemos de decidir por modalidades de nuestro trabajo. No podemos arriesgarnos a decidir sin el discernimiento de esos temores y esperanzas, porque lo que se nos pide es nada menos que “en estos tiempos de incertidumbre y malestar cumplamos (nuestro ministerio) con creciente amor, celo y alegría” (Evangelii Nuntiandi 1), y esto no se improvisa. Para nosotros, hombres de Iglesia, este planteo trasciende cualitativamente toda visión de las ciencias positivas, apelando a una *visión original*, a la misma originalidad del evangelio. Encontramos con esta fuerza, reencontramos y consolamos con *la fe que tenemos en común* (Rom 1, 12), abreviar nuestro corazón de apóstol en ella precisamente para recuperar la coherencia de nuestra misión, la cohesión como cuerpo apostólico, la consonancia de nuestro sentir y nuestro hacer.

1. Encontramos con *nuestra fe*, con *la fe de nuestros padres*, que es en sí misma liberadora sin necesidad de añadirle ningún aditamento, ningún calificativo. Esa fe que nos hace justos ante el Padre que nos creó, ante el Hijo que nos redimió y llamó a su seguimiento, ante el Espíritu que actúa directamente en nuestros corazones. Esta fe que -a la hora de optar por decisiones concretas- nos llevará, bajo la unción del Espíritu, a un conocimiento claro de los límites de nuestro aporte, a ser inteligentes y sagaces en los medios que utilicemos, en fin, nos conducirá a la eficacia evangélica tan lejana de la inoperancia intimista como del desconectarse fácilmente. Nuestra fe es revolucionaria, es fundante en sí misma. Es *una fe combativa*, pero no con la combatividad de cualquier escaramuza, sino con la de un proyecto discernido bajo la guía del Espíritu para un mayor servicio a la Iglesia. Y, por otro lado, el potencial liberador le viene de su contacto con lo santo: es *hierofánica*. Pensemos en la Virgen “intercesora”, en los santos, etc.

2. Por lo mismo que la fe es tan revolucionaria será continuamente tentada por el enemigo, aparentemente no para destruirla sino para debilitarla, hacerla inoperante, apartarla del contacto con el santo, con el Señor de toda fe y toda vida. Y entonces vienen las posturas que en teoría nos parecen tan lejanas, pero que si examinamos nuestra práctica apostólica las veremos escondidas en nuestro corazón pecador. Esas posturas simplistas que nos eximen de la carga pastoral dura y constante. Revisemos algunas tentaciones.

Una de las tentaciones más serias que aparta nuestro contacto con el Señor, es la *conciencia de derrota*. Frente a una fe combativa por definición, el enemigo, bajo ángel de luz, sembrará las semillas del pesimismo. Nadie puede emprender ninguna lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar, perdió de antemano la mitad de la batalla. El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz bandera de victoria. Esta fe combativa la vamos a aprender y alimentar entre los humildes. Durante estos ejercicios vendrán a nuestra memoria muchas caras, las caras

de la gente que conocemos en nuestros primeros trabajos pastorales. La cara del humilde, la de aquel de una piedad sencilla, es siempre cara de triunfo y casi siempre la acompaña la cruz. En cambio, la cara del soberbio es siempre una cara de derrota. No acepta la cruz y quiere una resurrección fácil. Separa lo que Dios ha unido. Quiere ser como Dios. El espíritu de derrota nos tienta a embarcarnos en causas perdedoras. Está ausente de él la ternura combativa que tiene la seriedad de un niño al santiguarse o la profundidad de una viejita al rezar sus oraciones. Eso es fe y esa es la vacuna contra el espíritu de derrota (1Jn 4, 4; 5, 4-5).

Otra tentación es *querer separar antes de tiempo el trigo y la cizaña*. Hay una experiencia privilegiada del sacerdote: es la confesión. Allí vemos muchas miserias, pero allí está también lo mejor del corazón humano que es el hombre arrepenido. Eso es el ser humano y no otra cosa: el penitente. Un sacerdote podrá ser a veces duro con los fieles en la predicación, pero le costará más serlo en el confesionario. Allí no se puede separar el trigo de la cizaña y allí está Dios. La confesión también nos da sentido del tiempo, porque no se puede forzar ningún proceso humano. Y la vida es así: lo puro no está sólo en Dios, también hay pureza entre los hombres. Y Dios no es un Dios lejano que no se mete en el mundo; “se hizo pecado” nos dice san Pablo. Las estructuras de este mundo no son únicamente pecadoras. Eso es maniqueísmo. El trigo y la cizaña crecerán juntos y nuestra humilde misión quizá sea más bien proteger como padres al trigo, dejando a los ángeles la siega de la cizaña.

Otra tentación es *privilegiar los valores del cerebro sobre los valores del corazón*. No es así. Solamente el corazón une e integra. El entendimiento sin el sentir piadoso tiende a dividir. El corazón une la idea con la realidad, el tiempo con el espacio, la vida con la muerte y con la eternidad. La tentación está en desubicar el entendimiento del lugar donde lo puso Dios nuestro Señor. Lo puso para aclarar la fe. No creó Dios el entendimiento humano para constituirse en juez de todas las cosas. Es una luz prestada, un reflejo. Nuestro entendimiento no es la luz del mundo, es simplemente un destello para iluminar nuestra fe. Lo peor que le puede pasar a un ser humano es dejarse arrastrar por las “luces” de la razón. Se convertirá en un intelectual ignorante o en un “sabio” suelto. Más bien la misión de nuestra mente es descubrir las semillas del Verbo dentro de la humanidad, los *logoi spermatikoi*.

Y la fe hay que pedirla. Dios nos guarde de no ser pedigüeños con él y con sus santos. Negar que la oración de petición sea superior a las otras oraciones, es la soberbia más refinada. Sólo cuando somos pedigüeños nos reconocemos creaturas. Pero cuando no nos arrodillamos ante la fe del humilde y cuando no sabemos pedir, entonces creemos que lo que salva es la pura fe, una fe vacía, pero una fe seca de toda religión, de toda piedad. Entonces no interpretamos lo religioso, y el intelecto marcha a la deriva de sus pocas luces. Allí es donde caemos en explicar la verdadera fe con slogans nacidos de ideologías culturales. Nos transformamos en una especie de quáqueros modernos. Es algo así como reeditar la sola fe salva en formulaciones más o menos de moda: la sola justicia salva (pero con esa idea de justicia que no parece tener historia, que es toda novedad que inventar... etc.); ‘sólo el riesgo salva’ (ese no apoyarse en ninguna conceptualización histórica, en ninguna memoria del camino andado); ‘la fe es compromiso’, y ‘sólo la fe comprometida salva’ (donde el compromiso se lo visualiza a través del riesgo, la novedad. . . y la fe como necesitando de adjetivos que la hagan más fuerte, porque se la vive como débil), etc. Bueno, pero esto un poco como ejemplo, algo caricaturizado. . . Lo importante es percibir que dentro de estas formulaciones concretas, donde a la fe se la reduce (cfr. *Evangelii Nuntiandi* 35), hay una confesión de debilidad: la debilidad del que no cree que su fe puede “mover montañas”, la debilidad de la ineficacia. El “fuerte en la fe” sabe dónde es eficaz, dónde se vence al Maligno (1Jn 2,

14).

3. Quizás en esta meditación, buscando recuperar la fe de nuestros padres para darla incólume y fecunda a nuestros hijos, convenga recordar la imagen católica de nuestro Dios. No es el que está ausente. *Es el Padre* que acompaña el crecimiento, el pan de cada día que alimenta, el misericordioso que acompaña en los momentos en que a estos hijos suyos los usa el enemigo. El Padre que le da a su hijo lo que pide, si conviene, pero siempre lo acaricia. Esto es aceptar que nuestro Dios se expresa *limitadamente*; y consiguientemente es aceptar los límites de nuestra expresión pastoral (tan lejanos de la concepción de quien tiene la llave del mundo, que no sabe de espera ni de trabajo, que vive de tracción a histerias e ilusiones). Jesús, que proclama que Dios se expresa limitadamente en su encarnación, quiso compartir la vida de los hombres, y esto *es redención*. Lo que nos salvó no fue sólo “la muerte y resurrección de Cristo”, sino Cristo encarnado, nacido, ayunando, predicando, curando, muriendo y resucitando. Los milagros, los consuelos, las palabras de Jesús son salvadores (*Evangelii Nuntiandi* 6). Porque quiso enseñarnos que las síntesis *se hacen*, no vienen hechas; que servir al santo pueblo fiel de Dios es acompañarlo anunciando la salvación día a día, y no andar perdiéndonos mirando cúspides inalcanzables para las que ni fuerzas tenemos.

En fin, resumiendo, hay dos proyectos: el de nuestra fe, que reconoce a Dios como Padre, y hay justicia y hay hermanos. Y otro proyecto, el que *sub angelo lucis* nos pone el enemigo, que es el de Dios ausente, la ley del más fuerte, el *homo homini lupus*³. ¿A cuál le hago el juego? ¿Soy capaz de discernirlos? ¿Soy capaz de discutir con el proyecto que no es de Dios? Y si me doy cuenta de que no soy capaz, entonces, ¿tengo la sagacidad suficiente de defenderme?

4. Y por eso nuestra *identidad como hombres de fe* está dada por la *pertenencia a un cuerpo* y no por la afirmación de nuestra conciencia aislada. El bautismo significa pertenencia a la Iglesia institucional. *Se es en la medida que se pertenece*. Y, por tanto, el comportamiento religioso de pertenencia más que buscar la satisfacción de un momento individual de mi conciencia, buscará símbolos unitivos: la Virgen, los santos. Y aquí un paso más, nuestra fe será combativa con una combatividad consciente del enemigo a fin de defender a todo el cuerpo (no ya sólo a mí mismo). Todo esto nos da *una nota de realismo*: se conoce por lo que se lucha, y en la medida en que no se sabe por qué se lucha se va directamente a la pérdida. Los primeros evangelizadores le dieron al indio en América el saber por qué luchar. Nuestro trabajo de pastores no debe descuidar este aspecto de nuestra fe: ayudarlos en la sagacidad de saber por qué luchar.

Junto a este sentido de lo combativo dijimos que nuestra fe tiene su dimensión hierofánica: *el contacto con lo santo*. Se distingue del sacramentalismo mágico. Es la confianza profunda en el poder de Dios que se hace historia a través del signo sacramental. Es actualizar la gracia específica de la encarnación: ese contacto físico con el Señor que “pasa haciendo el bien y sanando a todos”. La *táctica del enemigo* consistirá en ahogar lo combativo y ahogar lo hierofánico, a fin de que nuestra fe resulte indisciplinada e irrespetuosa. Porque disciplina y respeto son consecuencias directas de nuestra fe; y por disciplina y respeto debemos ver cuál es el territorio mejor que tenemos para nuestra predicación, para nuestro servicio de la fe, para nuestra promoción de la justicia.

Para orar y profundizar

A modo de conclusiones, como guía de reflexión y oración podríamos preguntarnos por *el estado de la fe de nuestros padres en mi vida de pastor*:

a) ¿Confirmo a mi pueblo en la fe en Dios Padre Todopoderoso, siendo consciente que confirmo de esta manera el proyecto del Dios justo?

b) ¿Creo en lo revolucionario de la ternura y el cariño, cada vez que miro a la Virgen o hablo sobre ella? ¿Estoy convencido que la calidez de hogar tiene sentido en nuestro proyecto de justicia?

c) ¿Yo soy pastor pedigüño frente a Dios Padre, reconociéndolo como Padre, todopoderoso, amoroso en el cuidado de su pueblo fiel?

d) ¿Tengo conciencia de pertenencia a un cuerpo mediante la afirmación de todo símbolo unitivo que por ser religioso es eficaz o casi eficaz: doctrina, imágenes, sacramentos? (*Evangelii Nuntiandi* 23).

e) ¿Tengo conciencia de pecado, que me lleva a la penitencia, y a la predicación de los mandamientos? ¿O la he cambiado por un eticismo que me conduce al hombre autosuficiente?

f) ¿Soy fiel al mandato de la Iglesia que me envía a predicar, “no a mí mismo o mis ideas personales, sino un evangelio del que no somos dueños y propietarios absolutos para disponer de él a nuestro gusto, sino ministros para transmitirlo con suma fidelidad” (*Evangelii Nuntiandi* 15)?

....

Y así podemos ir preguntándonos sobre nuestra fe de pastores de pueblo... o -por el contrario- sobre nuestras actitudes de clérigos de Estado. Y procuremos sentir hondamente nuestra pertenencia al cuerpo de la Santa Madre Iglesia, la Esposa del Señor, a la que debemos amar y mantener unida.

En nuestra reflexión como pastores del pueblo fiel de Dios debemos pensar en que no basta *la verdad*, sino ésta *en caridad*, edificando la unidad de la Iglesia. No sea que por adherirnos a los mejores programas olvidemos al cuerpo: y si bien en todo cisma se celebra válidamente la eucaristía no olvidemos que se la de- potencia de su valor de mesa común. Una actitud insoslayable, de justicia, como pastores, *es salvar a los hombres del cisma*, ayudarlos a mayor comunión y unidad con la Madre Iglesia, recordando siempre que la unidad es superior al conflicto⁴.

En vísperas de nuestro ministerio, pidamos la gracia de ser hombres o mujeres de fe, evangelizadores de la fe que hemos recibido. Y ojalá que, en estos ejercicios, el Señor nos haga entender y sentir que la evangelización “no es algo facultativo... es algo necesario. Es único. Que no puede ser reemplazado. Que no admite indiferencia ni sincretismo ni acomodos. Que representa la belleza de la Revelación, y lleva consigo una sabiduría que no es de este mundo. Que es capaz de suscitar por sí mismo la fe, una fe que tiene su fundamento en la potencia de Dios”. Que entendamos que merece que nosotros, apóstoles, “le dediquemos todo nuestro tiempo, todas nuestras energías, e incluso le consagremos nuestra propia vida” (*Evangelii Nuntiandi* 5).

Nuestra vocación

1. Ustedes fueron llamados y ahora se están preparando para recibir el Ministerio. Puede existir la sensación de que “¡al fin llegamos!” y vivir esta preparación desde una óptica del “momento”. Esto podría hacernos daño pues -sin darnos cuenta- podría llevarnos a coyunturalizar el ministerio que vamos a recibir. Más bien, el punto de vista debe ser el del “tiempo”, el del “tiempo de Dios” que trasciende todos los “momentos” de nuestra existencia. Y aquí, entonces, cabe la pregunta: ¿dónde estoy parado? ¿En qué está fundada mi vocación? Podemos recordar la palabra de Jesús:

Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu

Nombre? ¿No expulsamos a los demonios e hicimos muchos milagros en tu Nombre?. Entonces yo les manifestaré: Jamás los conocí; apártense de mí, ustedes, los que hacen el mal. Así, todo el que escucha las palabras que acabo de decir y las pone en práctica, puede compararse a un hombre sensato que edificó su casa sobre roca. Cayeron las lluvias, se precipitaron los torrentes, soplaron los vientos y sacudieron la casa; pero esta no se derrumbó porque estaba construida sobre roca. Al contrario, el que escucha mis palabras y no las practica, puede compararse a un hombre insensato, que edificó su casa sobre arena. Cayeron las lluvias, se precipitaron los torrentes, soplaron los vientos y sacudieron la casa: esta se derrumbó, y su ruina fue grande. (Mt 7, 22-27).

Y su ruina fue grande. Me hace recordar a la admonición del Señor sobre el demonio que, al ser echado, intenta volver y “el fin de aquel hombre es peor que el principio”. Nuevamente la pregunta: ¿sobre qué estoy fundado?

2. Les propongo como meditación inicial mirar la misión ministerial que recibirán, y verse de tal manera constituidos por ella que, desde allí, se reencuentren con el hecho de ser creados y salvados por el mismo Jesús que los llama ahora al ministerio y buscar la discreta generosidad del mayor servicio en esta misión específica.

3. La revelación nos ha conservado, para nuestro consuelo, esa peculiar relación que se entabla entre el Señor y aquél a quien misiona: Moisés, Isaías, Jeremías, José, Juan Bautista. . . Todos ellos han sentido la indigencia de sus posibilidades ante el pedido del Señor: *¿Quién soy yo para presentarme ante el Faraón y hacer salir de Egipto a los israelitas? (Éx 3, 11); Ay de mí, estoy perdido! Porque soy un hombre de labios impuros; ¡Ah, Señor! Mira que no sé hablar, porque soy demasiado joven (Jr 1, 6); Soy yo el que tiene necesidad de ser bautizado por ti, ¿y eres tú el que viene a mi encuentro! (Mt 3, 14), José, que resuelve “abandonar a María en secreto” (Mt 1,19-20).* Es la resistencia inicial, el no poder comprender la magnitud del llamado, el miedo a la misión. Esta señal es de buen espíritu, sobre todo si no se queda allí y permite que la fuerza del Señor se exprese sobre esa debilidad y le dé consistencia, la funde: *Yo estaré contigo, le dijo Dios, y esta es la señal de que soy yo el que te envía: después que hagas salir de Egipto al pueblo, ustedes darán culto a Dios en esta montaña (Éx 3, 12); Él le hizo tocar mi boca, y dijo: Mira: esto ha tocado tus labios; tu culpa ha sido borrada y tu pecado ha sido expiado (Is 6, 7); No digas: Soy demasiado joven, porque tú irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene. No temas delante de ellos, porque yo estoy contigo para librarte (Jr 1, 7-8); Ahora déjame hacer esto, porque conviene que así cumplamos todo lo que es justo (Mt 3, 15); José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo (Mt 1, 20).*

El Señor, al darnos la misión, *nos funda*. Y lo hace, no con la funcional consistencia de quien da una ocupación o empleo cualquiera, sino con la fortaleza de su Espíritu el cual, de tal modo nos hace pertenecer a esa misión, que nuestra identidad quedará sellada por ella. Identificarse es pertenecer... pertenecer es participar en lo que Jesús funda... y Jesús nos funda en su Iglesia, en su santo pueblo fiel, para gloria del Padre. Nuestros miedos e inseguridades nacen quizá del mismo sentimiento que inspiraba los rechazos a la misión de Moisés, Isaías, Juan... sólo nos queda permitir que el Señor nos hable y ubique en su real dimensión nuestro miedo, nuestra pusilanimidad, nuestro egoísmo.

4. Jesús instauró el reino de Dios. Con su palabra y su vida lo fundó de una manera irreversible: para nosotros pertenecer a él es un valor indeclinable. Y a nosotros nos funda como pastores de su pueblo, así nos quiere. No podemos prescindir, al hablar de nuestro fundamento, de esta dimensión pastoral de nuestra vida. Pienso que, en la meditación, nos puede ayudar ir recorriendo un documento pastoral, que es una

verdadera convocatoria a dejarnos fundar nuevamente, como pastores, por Cristo nuestro Señor. Por ello propongo algunos pasajes de la *Evangelii Nuntiandi*. A la luz de esta doctrina, reflexionar sobre nosotros mismos para sacar algún provecho.

5. Jesús mismo tiene una misión: “Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuestas por Dios, tal es la misión para la que Jesús se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su Misterio -la misma Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de sus discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos- forman parte de su actividad evangelizadora” (*Evangelii Nuntiandi* 6). Y, con su actividad evangelizadora, Cristo “anuncia ante todo un reino, el reino de Dios; tan importante que, en relación a él, todo se convierte en ‘lo demás’ que es dado por añadidura. Solamente el reino es, pues, *lo absoluto* y todo el resto es relativo” (*Evangelii Nuntiandi* 8). El Señor funda el reino; podremos seguir esta meditación contemplando las diversas maneras con que Jesús describe “*la dicha de pertenecer a este reino, una dicha paradójica hecha de cosas que el mundo rechaza; las exigencias del reino y su carta magna, los heraldos del reino, los misterios del mismo, sus hijos, la vigilancia y fidelidad requeridas a quien espera su llegada definitiva*” (*Evangelii Nuntiandi* 8). El Señor *nos funda en su reino*, su Espíritu nos hace sentir *la dicha de la pertenencia*, que encierra el misterio de nuestra identidad.

6. Jesús funda una comunidad evangelizada y evangelizadora a la vez, pues “quienes acogen con sinceridad la Buena Nueva, mediante tal acogida y la participación en la fe, se reúnen pues en el nombre de Jesús para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo. Ellos constituyen una comunidad que es a la vez evangelizadora. La buena nueva del reino que llega y que ya ha comenzado es para todos los hombres de todos los tiempos. Aquellos que ya la han recibido y que están reunidos en la comunidad de salvación pueden y deben comunicarla y difundirla” (*Evangelii Nuntiandi* 13). Es que “*la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su Muerte y Resurrección gloriosa*” (*Evangelii Nuntiandi* 14).

En nuestro caso, la dicha de nuestra vocación, nuestra identidad como comunidad evangelizadora consiste en dejarnos convocar “para proclamar con autoridad la palabra de Dios, para reunir al pueblo de Dios que estaba disperso, para alimentar a este Pueblo con signos de la acción de Cristo que son los sacramentos, para ponerlo en el camino de la salvación, para mantenerlo en esa unidad de la que nosotros somos -a diferentes niveles- instrumentos activos y vivos, para animar sin cesar a esta comunidad reunida en torno a Cristo siguiendo la línea de su vocación más íntima” (*Evangelii Nuntiandi* 68).

Es decir, nuestra misión, la que nos da miedo, y nos lleva a pronunciar excusas como la de los elegidos en la Escritura, es evangelizar, pastorear al pueblo fiel de Dios. Y esta misión nos funda en nuestra vocación... Jesús, al llamarnos a ella, nos funda en lo más hondo de nuestro corazón: nos funda como pastores, que es nuestra identidad. En nuestra visita a los enfermos, en la administración de los sacramentos, en nuestra enseñanza del catecismo, en toda nuestra actividad sacerdotal estamos también colaborando con Cristo fundando corazones cristianos, y -a la vez- por ese camino-trabajo que hacemos, el Señor funda y arraiga nuestro corazón en el suyo.

7. Esta comunidad que Jesús funda “sitúa al hombre objetivamente en relación con el plan de Dios, con su presencia viva, con su acción; hace hallar de nuevo el misterio de la paternidad divina que sale al encuentro de la humanidad. En otras palabras, nuestra *religión instauro efectivamente una relación auténtica y viviente con Dios*” (*Evangelii Nuntiandi* 53). No puede estar ausente de esta nuestra tarea de fundar corazones cristianos, la unción nacida del contacto directo con la fidelidad del Señor de la historia. *Nuestra Teología debe ser piadosa si quiere ser fundante*, si pretende dejarse fundar por el Señor. Piedad que no resulta de un barniz a actitudes de reflexión o investigación previa. No, la piedad a la que me refiero es -por así decirlo- la hermenéutica fundamental de nuestra teología, de nuestra enseñanza. Es vida. Cuando - en nuestra vida cotidiana- sentimos la presencia de Dios no nos queda sino decir “Dios está aquí”, y cuando Dios está, lo primero que hay que hacer es ponerse de rodillas. Luego viene el intelecto humano a profundizar y explicar cómo está Dios allí. Aquello de la *fides quarens intellectum*⁵, o de las anécdotas que nos relataban de los santos estudiando teología de rodillas. Para nosotros vale también el juicio del Papa cuando indica que “la evangelización comprende la predicación del misterio del mal y de la búsqueda activa del bien. Predicación asimismo, y ésta se hace cada vez más urgente, de la búsqueda del mismo Dios a través de la oración, sobre todo de adoración y de acción de gracias, y también a través de ese signo visible del encuentro con Dios que es la Iglesia de Jesucristo; comunión que a su vez se expresa mediante la participación en esos otros signos de Cristo viviente y operante en la Iglesia que son los sacramentos. . . “En fin, no olvidar qué es aquello que estamos llamados a fundar y sobre lo cual dejarnos fundar por el Señor: “la totalidad de la evangelización que, aparte de la predicación del mensaje, consiste en *implantar la Iglesia* la cual no existe sin este respiro de la vida sacramental culminante de la eucaristía” (*Evangelii Nuntiandi* 28).

8. Pablo VI, a propósito de las denominadas comunidades de base, nos da los *criterios de fundación* que Jesús quiso para su Iglesia. Estos criterios pueden ser luz para nuestra reflexión de hoy y el examinar de nuestra conciencia. La actitud fundacional básica es formarse en la Iglesia. Hombres radicados y fundados en la Iglesia: así nos quiere Jesús. Hombres que:

- “buscan su alimento en la palabra de Dios y no se dejan aprisionar por la polarización política o por las ideologías de moda, prontas a explotar su inmenso potencial humano;

- evitan la tentación siempre amenazadora de la contestación sistemática y del espíritu hipercrítico, bajo pretexto de autenticidad y de espíritu de colaboración;

- permanecen firmemente unidos a la Iglesia local en la que se insertan, y a la Iglesia universal, evitando así el peligro -muy real- de aislarse en sí mismos, de creerse, después, la única auténtica Iglesia de Cristo, y finalmente, de anatematizar a las otras comunidades (y hombres) eclesiales;

- guarden una sincera comunión con los pastores que el Señor ha dado a la Iglesia y al Magisterio que el Espíritu de Cristo les ha confiado;

- no se crean jamás el único destinatario o el único agente de evangelización, esto es, el único depositario del evangelio; sino que, conscientes de que la Iglesia es mucho más vasta y diversificada, aceptan que la Iglesia se encarna en formas que no son las de ellos;

- crecen cada día en responsabilidad, celo, compromiso e irradiación misioneros;

- se muestran universalistas y no sectarios” (*Evangelii Nuntiandi* 58).

9. El Señor que nos funda nos evoca la imagen del Señor siempre mayor, del *Deus semper maior*. Meditemos y oremos hoy sobre este dejarnos fundar por el Señor y -a la vez- como pastores que vamos a ser, ayudar a fundar en la misión encomendada:

fundar corazones cristianos. Recuperemos la memoria de tantos celosos presbíteros que hemos conocido y que han visto el rostro de Cristo. Esta memoria nos “fortalecerá el corazón” y nos defenderá de dejarnos “seducir por doctrina varias y extrañas” (cfr. Heb 13,9), esas doctrinas que nada fundan, sino más bien son disolventes del sólido fundamento de un corazón sacerdotal; doctrinas que no alimentan al pueblo fiel de Dios, y con las cuales adquieren actualidad las reflexiones del Dante: “No dijo Cristo a su primer convento: Id y predicad patrañas al mundo, sino que les dio *la verdad del cimiento*, ésta resonó en sus bocas, de tal modo que al luchar para encender la fe, del evangelio hicieron escudo y lanza”⁶. En cambio, en vez de escudo y lanza, las doctrinas seductoras y disgregantes, debilitan el corazón del santo pueblo fiel de Dios, pues “las ovejuelas ignorantes vienen a pacer llenas de viento”⁷.

Para orar y profundizar

Repitémonos, como cobrando fuerzas con el recuerdo de tantos pastores que nos precedieron, la exhortación de la carta a los hebreos: *Por lo tanto, ya que estamos rodeados de una verdadera nube de testigos, despojémonos de todo lo que nos estorba, en especial del pecado, que siempre nos asedia, y corramos resueltamente al combate que se nos presenta. Fijemos la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe, en Jesús, el cual, en lugar del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz sin tener en cuenta la infamia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Piensen en aquel que sufrió semejante hostilidad por parte de los pecadores, y así no se dejarán abatir por el desaliento. Después de todo, en la lucha contra el pecado, ustedes no han resistido todavía hasta derramar su sangre.* (Heb 12, 1-4).

La esposa del Señor

1. Jesús *fund*a la Iglesia, y a nosotros *nos funda* en la Iglesia. El misterio de la Iglesia va muy unido al misterio de María, la madre de Dios y la madre de la Iglesia. María nos engendra y nos cuida. La Iglesia también. María nos hace crecer, la Iglesia también. Y a la hora de la muerte el sacerdote nos despide en nombre de la Iglesia para dejarnos en los brazos de María. “Una mujer vestida de sol, con la luna bajo los pies y en su cabeza una corona de estrellas”. Esa es la Iglesia y ésa es la Virgencita que venera nuestro pueblo fiel. Por eso, al referirnos a la Iglesia hemos de sentir la misma devoción que por la virgen María. “*Santa Madre Iglesia hierarchica*”⁸ (EE 353) era la expresión cara a san Ignacio. La expresión evoca tres conceptos muy ligados entre sí: *el de la santidad, el de la fecundidad y el de la disciplina*.

2. Fuimos engendrados para la *santidad* en un cuerpo santo: el de nuestra santa madre la Iglesia. Y en el mantenernos disciplinadamente insertos en ese cuerpo se juega nuestra vocación a “ser santos e inmaculados en su presencia” y nuestra fecundidad apostólica. La Iglesia es santa: permanece en el mundo “como un signo, opaco y luminoso al mismo tiempo, de una presencia nueva de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ella lo prolonga y lo continúa” (*Evangelii Nuntiandi* 15). Su santidad, “su vida íntima -la vida de oración, la escucha de la Palabra y de las enseñanzas de los apóstoles, la caridad fraterna vivida, el pan compartido- no tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio, *provoca la admiración y la conversión*, se hace predicación y anuncio de la Buena Nueva” (ibid). Su santidad no es ingenua pues se sabe “pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, que necesita saber proclamar las grandezas de Dios que la han convertido al Señor y ser nuevamente convocada y reunida por él” (ibid). Los santos padres expresaban este misterio de la santidad de la Iglesia llamándola casta meretrix. Se refleja su santidad en

el rostro de María, la sin pecado, la limpia y pura; pero no olvida que congrega en su seno a los hijos de Eva, madre de hombres pecadores.

Hay una rica literatura teológica sobre la santidad, y en sus canonizaciones la Iglesia -asistida indefectiblemente por el Espíritu- pone en juego una criteriología que todos conocemos. En nuestra jerga clerical bromeamos muchas veces reaccionando quizá frente al uso meticuloso del término “santo”; y así decimos, con alguna sonrisa: “esta santa casa”, “las santas costumbres”. Pero también es cierto que, cuando queremos dar –complacidos- un juicio definitivo sobre alguien, decimos: “este hombre es un santo”, y lo hacemos como claudicando de muchos ídolos nuestros y arrodillándonos frente al misterio de Dios y de su infinita bondad participada a un hombre. Amor y devoción a la Madre Iglesia es amor y devoción a estos hijos suyos cualificados; y tenemos muchos de estos santos en nuestra Iglesia, a quienes cotidianamente tratamos: en nuestra vida de parroquia, en el confesionario, en la dirección espiritual. Me pregunto si muchas veces la crítica amarga a la Iglesia, la desazón frente a sus muchos pecados, la desesperanza que se nos crea frente a ella, no será porque no nos alimentamos suficientemente de esta complacencia con la santidad que nos reconcilia, porque es la visita de Dios a su cuerpo.

La santidad se manifiesta, en nosotros, a través de nuestro celo evangelizador: “es necesario que nuestro celo evangelizador brote de una verdadera santidad de vida y que, como nos lo sugiere el concilio Vaticano II, la predicación, alimentada con la oración y sobre todo con el amor a la eucaristía, redunde en mayor santidad del predicador” (*Evangelii Nuntiandi* 76). Es el nexo entre la santidad y la maternidad de la Iglesia, entre nuestra santidad de hombres consagrados y la fecundidad en la formación de corazones cristianos. . . Y podemos aquí reflexionar sobre esas preguntas que Pablo VI nos propone y de cuyas respuestas somos todos responsables: “¿Qué es la Iglesia (diez) años después del Concilio? ¿Está anclada en el corazón del mundo y es suficientemente libre e independiente para interpelar al mundo? ¿Da testimonio de la propia solidaridad, hacia los hombres y al mismo tiempo del Dios absoluto? ¿Ha ganado en ardor contemplativo y de adoración y pone más celo en la actividad misionera, caritativa, liberadora? ¿Es suficiente su empeño en el esfuerzo de buscar el restablecimiento de la plena unidad entre los cristianos, lo cual hace más eficaz el testimonio común, con el fin de que el mundo crea?” (ibid).

3. Hablar de la santa madre Iglesia evoca la *fecundidad*. Muchas veces nos ponemos escépticos frente a la esperanza de fecundidad como a su tiempo Sara se sonrió por lo bajo ante la promesa de un hijo. Otras veces, en cambio, nos euforizamos y nos da ganas de cuantificar y planificar de tal modo esa fecundidad que reeditamos el pecado de David cuando su vanidad lo llevó a censar su pueblo. La fecundidad del evangelio tiene otros caminos. Es como una conciencia de que el Señor no nos abandona y cumple su Palabra de estar con nosotros hasta el fin del mundo. Es una fecundidad paradójica. Es ser fecundo y, a la vez, no terminar de darse cuenta del hecho. . . y esto sin ser inconsciente. Recuerdo aquí aquella frase del P. Matías Crespí, infatigable misionero de la Patagonia, que ya viejito decía: “se me ha pasado volando la vida”, como dando a entender que le parecía no haber hecho nada por el Señor. Es la fecundidad del rocío que moja sin estrépito. Es la fecundidad apoyada en una fe que pide constataciones, pero que le acepta a esas constataciones no ser definitivas. Se trata de la constatación del “paso del Señor” que nos consuela, nos fortalece en la fe, y nos deja en nuestra misión de administradores para que nuestra fidelidad lo espere “hasta que él vuelva”.

La Iglesia es madre; engendra hijos con la fuerza del depósito de la fe. Ella “es depositaria de la buena nueva que debe ser anunciada. Las promesas de la nueva alianza

en Cristo, las enseñanzas del Señor y de los apóstoles, la palabra de vida, las fuentes de la gracia y de la benignidad divina, el camino de salvación, *todo esto le ha sido confiado*. . . (un tesoro) que ella conserva como un *depósito viviente y precioso, no para tenerlo escondido sino para comunicarlo*” (*Evangelii Nuntiandi* 15), es decir para engendrar, para dar vida. Y engendra a sus hijos en la continua fidelidad a su Esposo, pues les envía a “predicar no a sí mismos o sus ideas personales, sino un evangelio del que ni ellos ni ella son dueños ni propietarios absolutos para disponer de él a su gusto, sino ministros para transmitirlo con suma fidelidad” (ibid). Su fidelidad al Esposo fiel por antonomasia nos educa en nuestra fecundidad fiel.

Querer ser fecundos es un deseo legítimo, pero el evangelio tiene sus propias leyes de legitimación para nuestra actividad. Es como si nos dijera: serás fecundo si... si guardas celosamente tu condición de operario, si armonizas diligencia con la conciencia de inutilidad, si -en el fondo- admites que debes roturar la tierra, plantar la semilla y te convences de que el riego y la cosecha son gracia y pertenencia del Señor.

Amar el misterio de fecundidad de la Iglesia como se ama el misterio de María virgen y madre y, a la luz de ese amor, amar el misterio de nuestra servidumbre inútil con la esperanza que nos da la palabra que el Señor pronunciará sobre nosotros: “siervo bueno y fiel”.

4. Nuestro amor a la Iglesia es un amor de inserción en un cuerpo, y esto exige *disciplina*. Podríamos expresar esto mismo diciendo que, de algún modo, responde a la fórmula “caritas discreta”. Para un sacerdote no ser disciplinado es ser indiscreto, y la indiscreción es siempre falta de amor. El amor discreto nos ayudará a crecer en la “plena conciencia de pertenecer a una gran comunidad que ni el espacio ni el tiempo pueden limitar” (*Evangelii Nuntiandi* 61). Conciencia de pertenencia que nos hará comprender que la misión a la que somos enviados, la misión de evangelizar, “no es para nadie un acto individual y aislado, sino *profundamente eclesial*. Cuando el más humilde predicador, catequista o pastor, en el lugar más apartado, predica el evangelio, reúne su pequeña comunidad o administra un sacramento, aun cuando se encuentre solo, ejerce un acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, a la actividad de toda la Iglesia. Esto supone que lo haga, no por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre” (*Evangelii Nuntiandi* 60). De ahí la raíz de nuestra disciplina, el hecho de que “ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus pastores” (ibid).

Nuestra adhesión al reino “no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado, sino que se revela concretamente por medio de una entrada visible en una comunidad de fieles...: la Iglesia sacramento visible de la salvación” (*Evangelii Nuntiandi* 23); “signo visible del encuentro con Dios, comunión que a su vez se expresa mediante la participación en esos *otros signos* de Cristo viviente y operante en la Iglesia que son *los sacramentos*” (*Evangelii Nuntiandi* 28). Nuestra adhesión al reino, pues, ha de adentrarse en el costado de Cristo dormido en la cruz, de donde nace su esposa, madre fecunda de un cuerpo disciplinado al que alimenta con los sacramentos. “Existe, por tanto, un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. Mientras dure este tiempo de la Iglesia, es ella la que tiene a su cargo la tarea de evangelizar. Una tarea que no se cumple sin ella, ni mucho menos contra ella” (*Evangelii Nuntiandi* 16). Es una “dicotomía absurda” pretender “amar a Cristo pero sin la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia” (ibid).

La disciplina no es algo de decoración ni una gimnasia de buenos modales. Un

corazón indisciplinado puede llegar a configurar el “hombre turba” del que habla san Ignacio y “turba” son aquellos hombres que no tienen dominadas sus pasiones; por ello pueden sembrar la desunión, dividir mediante la traición para ganar unos pocos adeptos, instaurar un estado de injusticia por una continua actitud farisaica en el seno de una comunidad o de una diócesis. Con este modo de presentar el tema de la indisciplina no quisiera exhortar a un examen obsesivo y ayuno de la presencia del Señor de nuestros defectos como pastores. Sería una estéril introspección. Creo que la actitud correcta sería ponernos en oración delante del Señor y pedirle instantemente que él quiera pronunciarnos la palabra eficaz que nos corrija y lleve a él: “hijo dame tu corazón”.

Quise hablar en esta meditación del amor a la *santa madre Iglesia hierarchica*, y hemos desembocado en nuestra propia responsabilidad de ser hijos de la Iglesia y -a la vez- hacer Iglesia. Nuestro amor a la Iglesia debe llevarnos a expresarla ante el mundo en su santidad, en su cálida fecundidad y en su disciplina que es ser toda de Cristo y, como dice el Concilio, la *Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans*. Que nuestra Señora, la Virgen Madre, nos obtenga del Señor la gracia de un amor santo, fecundo y disciplinado a la Iglesia.

Para orar y profundizar

Para terminar, a partir del número 60 de *Evangelii Nuntiandi*, meditamos nuestro amor y nuestra pertenencia a nuestra madre, la Iglesia:

La constatación de que la Iglesia es enviada y tiene el mandato de evangelizar a todo el mundo, debería despertar en nosotros una doble convicción.

Primera: evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial. Cuando el más humilde predicador, catequista o Pastor, en el lugar más apartado, predica el evangelio, reúne su pequeña comunidad o administra un sacramento, aun cuando se encuentra solo, ejerce un acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia. Esto supone que lo haga, no por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre.

De ahí, la segunda convicción: si cada cual evangeliza en nombre de la Iglesia, que a su vez lo hace en virtud de un mandato del Señor, ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus Pastores.

La Iglesia es toda ella evangelizadora, como hemos subrayado. Esto significa que para el conjunto del mundo y para cada parte del mismo donde ella se encuentra, la Iglesia se siente responsable de la tarea de difundir el evangelio.

La cruz y la misión

1. Podemos tomar como composición de lugar para este día la profunda soledad del profeta Elías (IRe 19, 4). Venía de cumplir una misión (la victoria sobre los profetas de Baal en el monte Carmelo: IRe 18, 20-40) y pese al resultado exitoso, se sentía solo, con ganas de morir. Sucede que la misión no había concluido; estaba invitado al encuentro con el Dios vivo (I Re 19, 9-14) y a la subsiguiente fecundidad apostólica (IRe 19, 19-21). Una gran gesta, pero signada por la experiencia del abandono y la cruz. También puede ayudarnos la imagen de Jonás, en su soledad egoísta, deseando la muerte, porque sus planes humanos no coincidían con los de Dios (Jon 4, 1-11). Dos hombres sufriendo abandono y soledad, en medio de una misión encomendada, a la cual

se resisten de una u otra manera, e invitados a seguir adelante. Y pidamos la gracia de aceptar la dimensión de cruz que tiene toda misión.

2. Existe una peculiar relación entre el Señor y aquél a quien él misiona (en parte aquí lo dicho en la meditación sobre nuestra vocación): Moisés, Isaías, Jeremías, José, Juan Bautista... Todos ellos han sentido la indignancia de sus posibilidades ante el pedido del Señor: *¿Quién soy yo para presentarme ante el Faraón y hacer salir de Egipto a los israelitas?* (Éx 3, 11); *¡Ay de mí, estoy perdido! Porque soy un hombre de labios impuros* (Is 6, 5); *¡Ah, Señor! Mira que no sé hablar, porque soy demasiado joven* (Jr 1, 6); *Soy yo el que tiene necesidad de ser bautizado por ti, ¡y eres tú el que viene a mi encuentro!* (Mt 3, 14); José, que resuelve “abandonar a María en secreto. Así lo tenía planeado” (Mt 1,19ss). Es la resistencia inicial, el no poder comprender la magnitud del llamado, el miedo a la misión. Esta señal es de buen espíritu, sobre todo si no se queda allí, y permite que la fuerza del Señor se exprese sobre esa debilidad y le dé consistencia, la funde: *Yo estaré contigo, le dijo Dios, y esta es la señal de que soy yo el que te envía: después que hagas salir de Egipto al pueblo, ustedes darán culto a Dios en esta montaña* (Éx 3, 12); *esto ha tocado tus labios; tu culpa ha sido borrada y tu pecado ha sido expiado* (Is 6, 7); *No digas: Soy demasiado joven, porque tú irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene. No temas delante de ellos, porque yo estoy contigo para librarte* (Jer 1, 7-8); *Ahora déjame hacer esto, porque conviene que así cumplamos todo lo que es justo* (Mt 3, 15); *José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo* (Mt 1, 20).

Esto que ha sucedido con nuestros mayores resulta ejemplar para con nosotros. Cuando somos elegidos sentimos que el peso es grande, sentimos miedo (en algunos casos llega el pánico): es el comienzo de la cruz. Y, sin embargo, conjuntamente sentimos esa honda atracción del Señor que -por su mismo llamamiento- nos seduce con un fuego abrasador para que le sigamos (cfr. Jer 20, 7-18). Los dos sentimientos van juntos porque -desde la época de los patriarcas- prefiguran el abandono de Cristo en la cruz, llegado allí para cumplir hasta el final la voluntad del Padre. La misión nos pone, necesariamente, sobre el madero de la cruz; ése es el signo de que la misión recibida es según el Espíritu de Dios y no según la carne. En la soledad de quien es misionado hay un despojo inicial -y dejándolo todo lo siguieron- que irá consolidándose a lo largo de la vida hasta la vejez -cuando seas viejo otros te ceñirán e irás donde no quieras-. En la aceptación de la misión hay una dimensión de abandono de todo como la que existe en un moribundo. Y solamente en esta dimensión de ‘moribundos’ entendemos el alcance de lo que se nos pide y atinamos con el camino recto. *Les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere* (y esto solamente se da en la soledad), *da mucho fruto* (Jn 12, 24).

3. En las recomendaciones que Jesús hace a sus discípulos cuando los envía (cuando les da la misión) se entretienen dos series de advertencias: la primera, referente a la lucha que habrán de librar, los previene sobre su situación existencial: *Yo los envío como a ovejas en medio de lobos... Cuidense de los hombres, porque los entregarán a los tribunales y los azotarán en sus sinagogas. A causa de mí, serán llevados ante gobernadores y reyes, para dar testimonio delante de ellos y de los paganos* (Mt 10, 16-18). *El hermano entregará a su hermano para que sea condenado a muerte, y el padre a su hijo; los hijos se rebelarán contra sus padres y los harán morir. Ustedes serán odiados por todos a causa de mi Nombre, pero aquel que persevere hasta el fin se salvará.* (id 21s.). *No piensen que he venido a traer la paz sobre la tierra. No vine a traer la paz, sino la espada. Porque he venido a enfrentar al hijo con su padre, a la hija con su madre y a la nuera con su suegra; y así, el hombre tendrá como enemigos a los*

de su propia casa (id 34ss). Llegará la hora en que los mismos que les den muerte pensarán que tributan culto a Dios (Jn 16, 2). La segunda serie de advertencias es portadora de fortaleza y de consuelo: *Cuando los entreguen, no se preocupen de cómo van a hablar o qué van a decir: lo que deban decir se les dará a conocer en ese momento, porque no serán ustedes los que hablarán, sino que el Espíritu de su Padre hablará en ustedes* (Mt 10, 19-20). *No les teman* (id 26).

No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Teman más bien a aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo a la Gehena (id 28). *No teman entonces, porque valen más que muchos pájaros* (id 31).

En la dialéctica de estas dos series de advertencias -reedición del temor y la seducción que aparecía en la vocación de los patriarcas y los profetas- se sitúa la misión. Pasados muchos años de ese discurso de Jesús, los primeros cristianos harán una relectura de esta peculiaridad de quienes son misionados: *Gracias a la fe, conquistaron reinos, administraron justicia, alcanzaron el cumplimiento de las promesas, cerraron las fauces de los leones, extinguieron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada. Su debilidad se convirtió en vigor: fueron fuertes en la lucha y rechazaron los ataques de los extranjeros. Hubo mujeres que recobraron con vida a sus muertos. Unos se dejaron torturar, renunciando a ser liberados, para obtener una mejor resurrección. Otros sufrieron injurias y golpes, cadenas y cárceles. Fueron apedreados, despedazados, muertos por la espada. Anduvieron errantes, cubiertos con pieles de ovejas y de cabras, desprovistos de todo, oprimidos y maltratados. Ya que el mundo no era digno de ellos, tuvieron que vagar por desiertos y montañas, refugiándose en cuevas y cavernas* (Heb 11, 33-38).

Y esto es así porque la misión del apóstol participa totalmente de la misión de Jesucristo, el Hijo de Dios: *El que los recibe a ustedes, me recibe a mí; y el que me recibe, recibe a aquel que me envió* (Mt 10, 40). La dialéctica entre promesa de persecución y muerte y promesa de consuelo es la formalidad de todo aquél que es misionado, porque es la formalidad de Cristo, misionado por el Padre, que fue la muerte de cruz por obediencia, y allí -porque “no permitirás a tu elegido ver la corrupción”- fue constituido Señor. En la contemplación del Kyrios Jesús, del señorío de Cristo, se comprende el verdadero alcance de la vocación a la misión. No resulta un anacronismo lo que tan atrevidamente proclama la carta a los Hebreos: *Y por la fe, Moisés, siendo ya grande, renunció a ser llamado hijo de la hija del Faraón. Él prefirió compartir los sufrimientos del Pueblo de Dios, antes que gozar de los placeres efímeros del pecado: consideraba que compartir el oprobio del Mesías era una riqueza superior a los tesoros de Egipto* (Heb 11, 24-26). El misionado es instituido, y para dos cosas: para estar con el Señor (hasta la cruz) y para predicar. Estas dos cosas son inseparables, como se deduce de Mc 3, 13-19; el estar con el Señor será genuino si lleva a la predicación, y ésta resultará auténtica si se acrisola en este estar con Cristo en la cruz. Jesús, al elegir, instituye: la misión es una institución de la que somos custodios pero no dueños para configurarla a nuestro antojo. Es la institución según la *formalitas Christi*.

4. La misión nos pone en el mismo lugar que Cristo Jesús, en la cruz: *Si el mundo los odia, sepan que antes me ha odiado a mí* (Jn 15, 18). *Acuérdense de lo que les dije: el servidor no es más grande que su señor. Si me persiguieron a mí, también los perseguirán a ustedes... Pero los tratarán así a causa de mi Nombre, porque no conocen al que me envió.* (Jn 15, 20-21; Mt 10, 24). Si alguno pretende quejarse, no se le responde en referencia a la libertad personal con que comenzó el seguimiento de Jesús: vos me seguiste porque me elegiste libremente y porque quisiste. Eso es verdad, pero no es la respuesta portadora de fortaleza en el momento de la cruz. Más bien la respuesta apunta a la institución de la misión: *No son ustedes los que me eligieron a mí,*

sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero (Jn 15, 16). Esta referencia a aquello que nos da fundamento, que nos institucionaliza como “misionados” sólo tiene un camino de solución: buscar por todos los medios no bajarse de la cruz, adquirir la *formalitas Christi*: *Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz* (Fil 2, 5-8). Esto no es un simple consejo: Pablo lo dice desde la hondura de una convicción que, en su expresión, adquiere contornos majestuosos: *Si la exhortación en nombre de Cristo tiene algún valor, si algo vale el consuelo que brota del amor o la comunión en el Espíritu, o la ternura y la compasión...* (Fil 2, 1).

El apóstol es un *muerto por Cristo* (Rom 6, 3.4.8) cualificado. No se pertenece: está *sepultado con él* (Col 2, 12). Cualquier otro camino implica avergonzarse de Cristo, y le está reservado la vergüenza escatológica del Señor: *Porque si alguien se avergüenza de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con sus santos ángeles* (Mc 8, 38). La cruz, entonces, adquiere una dimensión de testimonio y, a la vez, es el lugar a donde somos conducidos cuando nuestro testimonio es auténtico.

5. Quiero mencionar dos actitudes que son signo de que se ha asumido la misión en la cruz del Señor. Ambas van juntas y configuran el perfil de quien, recibida la misión, busca tener los mismos sentimientos del Señor que lo misiona: el coraje y la constancia apostólicos; y los defectos opuestos a estas actitudes son la presunción y el mal temor: “Las personas temerosas no harán nunca grandes progresos en la virtud ni llevarán a cabo nada grande; las presuntuosas no perseverarán hasta el fin” dice una mujer de Iglesia. Ambas actitudes, coraje y constancia (*parresía* y *hypomoné*) van juntas, una supone a la otra:

No pierdan entonces la confianza (parresía), a la que está reservada una gran recompensa. Ustedes necesitan constancia (hypomoné) para cumplir la voluntad de Dios y entrar en posesión de la promesa. Porque todavía falta un poco, muy poco tiempo, y el que debe venir vendrá sin tardar. El justo vivirá por la fe, pero si se vuelve atrás, dejaré de amarlo. Nosotros no somos de los que se vuelven atrás para su perdición, sino que vivimos en la fe para preservar nuestra alma (Heb 10, 35-39). La cobardía es ese echarse atrás para la perdición, esa falta de constancia y paciencia que al primer desafío nos hace bajar de la cruz para pelear nuestra propia batalla y no la del Señor. La *parresía* supone constancia y nos hace personas ‘jugadas’ por un ideal. Para abrazar la cruz hace falta coraje y para permanecer en ella es necesaria la constancia. Hay cristianos ‘fuertes’ en emprender obras apostólicas pero, en la dificultad, desfallecen: no saben de paciencia. Padecer con Cristo y por él será, en definitiva, lo que acrisola al coraje. De ahí que estas dos virtudes -paciencia y coraje- sean eminentemente apostólicas. Ambas se gestan en la cruz y son un índice de que se ha asumido la misión con la *formalitas Christi*.

6. A lo largo de estas reflexiones vimos la íntima relación que existe entre ‘recibir la misión’ y ‘estar clavado en cruz’. La misión cristiana, la que recibimos de Cristo nuestro Señor, no se concibe fuera del ámbito de la cruz. Más aún, ni fuera de la cruz. Olvidar esta verdad nos hace triunfalistas. La actitud triunfalista no siempre es abierta; la mayoría de las veces aparece ‘bajo ángel de luz’ en la opción de nuestros métodos pastorales, pero siempre puede reducirse a la invitación a bajar de la cruz: *Tú, que destruyes el Templo y en tres días lo vuelves a edificar, ¡sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!* (Mt 27, 40). En cambio, quien participa de la cruz no

necesita constatar su actividad con triunfalismos, porque sabe que la Cruz misma es triunfo y -por tanto- única esperanza: *¡salve Crux, spes unica!* Y ante los desafíos que pueden provocarle sus ansias pastorales indiscretas sólo responderán con el signo de Jonás. No bajará de la cruz: allí, en la paciencia y el coraje, en los mismos sentimientos de Cristo Jesús, seguirá asumiendo la misión que le fue encomendada.

Para orar y profundizar

A la luz del pasaje de la carta a los Hebreos 10, 35-39, posemos nuestra mirada en nuestra vida y respondamos: ¿De qué cruces me quiero bajar hoy en día?

Cruz y sentido bélico de la vida

1. Nuestra pertenencia a la Iglesia adquiere su consistencia fundamental allí donde nace la Iglesia: en la cruz. Allí se dio el “sí” definitivo de la obediencia que vence a la desobediencia primera, allí fue arrojada al abismo de una vez para siempre la “serpiente antigua” gestadora de rebeldía y pecado. Allí nuestra pertenencia es filial porque nos hacemos hijos en el Hijo. Y allí, de pie, participando del despojo, está la Madre que nos da a luz en esa filiación. Lo mismo sucede cuando queremos fundar nuestro corazón en una renovada pertenencia a la Iglesia. Y porque la Iglesia nace y tiene su fundamento en la cruz, toda fundación participará también de ella. En todo cimiento eclesial hay una cruz. “La hora del nacimiento de la Iglesia coincide con la hora de la vigilia de la muerte”.

2. La cruz es la “batalla final” de Jesús: allí está su victoria definitiva. A la luz de esta guerra de Dios que se da en la cruz, podemos adentrarnos en la doctrina acerca del sentido bélico de nuestra vida entregada al Señor. No puede concebirse el “meollo” de nuestro servicio a Jesucristo sin esta dimensión. Nuestra tarea pastoral siempre será tentada para no asumir la lucha, o disimularla, o confundir el “por qué” o “para qué” debemos luchar, el “cuándo”, el “cómo”. ¡Cuántos hombres y mujeres se han enredado, en la acción pastoral, por no saber luchar “al modo divino”! ¡Cuántos han confundido la batalla con la batahola! Y cuántos, en medio de la polvareda cotidiana, no han sabido reconocer quién era el enemigo, y terminaron hiriéndose entre sí. Otros, por miedo a la lucha y buscando una paz falseada, han desgastado sus vidas en aras de un irenismo tan infecundo como ineficaz.

Pediremos al Señor, en este día, la gracia de adentrarnos en el sentido bélico de nuestra vida apostólica; gracia que nos libre del necio infantilismo que nos lleva tanto a “jugar a la paz” como a “jugar con la guerra”. Captar el sentido bélico de nuestra vida apostólica supone reconocer que, en nuestro corazón, si queremos servir a Dios, habrá lucha como búsqueda de la cruz en cuanto único lugar teológico de victoria; lucha que implica capacidad de condena, generosidad para ofrecerse al trabajo mayor y más desgastante. El andar este camino conduce, como al Señor, a Jerusalén.

El mismo Jesús nos señala una dimensión de hostilidad en el *modus vivendi* cristiano (y más todavía en el de un hombre o mujer que quiere seguir más de cerca a su Señor): *El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará* (Mt 10, 37-39). Seguir a Jesús entraña la decisión de seguir su camino y la seguridad de la cruz. ¡Cuán lejos de esas concesiones propias de un corazón dividido que sueña con la coexistencia pacífica entre el Señor de la gloria y el espíritu

del mundo!

3. Esta hostilidad que sufre quien se decide a andar por el camino de Cristo nuestro Señor aflora en las persecuciones diversas que van apareciendo. El servicio cristiano, cuando es auténtico, avienta toda nostalgia de vida según los cánones de una égloga pastoril. Me permito citar a san Ignacio: “El haber dificultad no es cosa nueva, antes ordinaria, en las cosas de mucha importancia para el divino servicio y gloria...”. “Las contradicciones que ha habido y hoy no son cosa nueva para nosotros; antes, por la experiencia que tenemos de otras partes, tanto esperamos que se servirá más Cristo nuestro Señor en esa ciudad, cuanto más estorbos pone el que procura siempre impedir su servicio, y para este fin mueve a unos y otros, que es de creer con buenas intenciones y malas informaciones repugnan a lo que, por no entenderlo, tienen por digno de repugnarlo”.

Las dificultades a veces superan el simple “estorbo” y configuran verdaderas persecuciones: el estado de persecución es normal en la existencia cristiana, sólo que se viva con la humildad del servidor inútil y lejano de todo deseo de apropiación que lo lleve al victimismo. Los primeros cristianos sufrieron una purificación en la manera de concebir la persecución. En una primera época, los cristianos se dieron cuenta de que las persecuciones fomentadas contra ellos por los judíos entraban en la línea de los castigos infligidos ya por estos últimos a los enviados del Señor (Mt 23, 29-36; Hch 7, 51-52). Más tarde, la persecución contra los cristianos se sitúa en un contexto escatológico y reviste una importancia que anteriormente no poseía: *colma la medida* (ITes 2, 15s.) en el mismo momento en que el Hijo del Hombre viene a juzgar y separar a los buenos de los impíos (cf. Mt 5, 10-12). La persecución es, entonces, considerada como este juicio de las obras. Un tercer estadio de la reflexión, ulterior, invita a los perseguidos a sufrir y morir “por el Hijo del Hombre” (Lc 6, 22; cf. Mc 8, 35; 13, 8-13; Mt 10, 39) y, más todavía, a imitar su pasión (cf. Mt 10, 22-23; Mc 10, 38). A esta última concepción corresponde el martirio de Esteban, que nos hará bien releer despaciosamente en algún momento del día (Hch 6, 8-7.60). Esteban no muere solamente por Cristo, muere como él, con él, y esta participación en el misterio mismo de la pasión de Jesucristo es la base de la fe del mártir: muriendo de este modo afirma a su manera que la muerte no ha sido la última palabra de la vida de Jesús.

Nosotros también experimentamos estas tres maneras de vivir la dificultad y la persecución a lo largo de nuestra vida. Cuando se da el tercer modo entonces nos encontramos en la vivencia de la mayor cercanía a Cristo. De donde, la muerte de Cristo es como el ‘a priori’ fundamental de toda actitud cristiana: *Porque el amor de Cristo nos apremia, al considerar que si uno solo murió por todos, entonces todos han muerto. Y él murió por todos, a fin de que los que viven no vivan más para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos* (2Cor 5, 14-15). Contemplando a Cristo en cruz caemos en la cuenta de que le debemos nuestra vida porque -y solamente por esto- él entregó la suya por la nuestra; y la gratitud nos ubica, cuando es genuina, en el mismo plano: entregar la vida como lo hizo él. En este preciso punto quedan desbaratadas todas las formas de ‘conductismos’ que pretendan agotar la actitud cristiana. A la generosidad de Cristo no cabe responderle con un “muchas gracias” convencional y educado: hay que dar la vida, y ésta se da desde que el Señor marcó el camino sólo en la cruz. Hay que responderle con un agradecimiento de todo el ser. Este ‘dar gracias’ con la propia vida se actualiza diariamente en la celebración de la ‘acción de gracias’ por antonomasia, la eucaristía, que es a la vez la memoria de la pasión del Señor. La eucaristía funda la Iglesia, la alimenta, la mantiene viva. Porque *cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos la muerte del Señor hasta que venga* (cfr. 1Cor 11, 26). Al celebrar la eucaristía hacemos presente la hora del nacimiento de

la Iglesia, la cual coincide con la hora de la muerte del Señor. Y nuestra manera de dar gracias es asumir esa muerte, conformarnos a ella. Aquí radica la formalidad última de nuestra pertenencia a la Iglesia.

4. Por otra parte, la muerte de Cristo inicia la verdadera gloria. *¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?* (Lc 24, 26), la gloria que vio Esteban antes de morir (Hech 7, 55), la que nos es prometida a nosotros y con la cual no merecen compararse las tribulaciones que pasemos en esta vida (Rom 8, 18). Es la gloria que ansía Jesús y pide al Padre que le dé: *Ahora, Padre, glorifícame junto a ti* (Jn 17, 5). La gloria de Jesús es la hora de su cruz: *Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado... si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto* (Jn 12, 23-24); y para que no quede duda entre la relación que existe entre esta gloria y la pérdida de la vida, el Señor continúa: *Quien ama su vida la pierde; y quien aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna*. Los apóstoles comprendieron que la gloria de Jesús era su cruz... lo comprendieron después... de ahí que Juan diga de los discípulos: *Jesús fue glorificado, recordaron que todo lo que le había sucedido era lo que estaba escrito acerca de él* (Jn 12, 16).

Será san Pablo quien, sin ambages, asumirá esta gloria de la cruz como exultación de su vida: *Pero a mí jamás me suceda gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo* (Gál 6, 14). *Gloriarse en la cruz de Jesucristo, gloriarse en el Señor* (2Cor 10, 17) es alabanza y a la vez la mejor defensa contra *los enemigos de la cruz de Cristo*, los del saber mundano, los que hablan por su cuenta y buscan su propia gloria (cfr. Jn 7, 18), *los que se glorifican unos a otros* (Jn 5, 44), *los que preferían la gloria de los hombres a la gloria de Dios* (Jn 12, 43). El mismo Señor confiesa que no ama esta gloria humana: *mi gloria no viene de los hombres* (Jn 5, 41). Esta adhesión a la cruz tan radicalmente medular será, en última instancia, la que marcará el criterio de verdad del seguidor fiel de su Maestro. La *kaiújeesis* cristiana, por lo mismo que pasa por la cruz y hace de ella el objeto principal de su direccionalidad, queda purificada de toda dimensión vana -ya no es vanagloria-, y se centra en el origen purísimo de su autor al que gusta llamar *el Señor de la gloria* (1Cor 2, 8).

5. Gloriarse en la cruz del Señor implica una viva y continua memoria de la cruz. *Acuérdate de nuestro Señor Jesucristo* será el consejo caro a los discípulos, y el mismo Señor, al adelantarles la noticia de Su cruz, les advierte que *Les he dicho esto antes que suceda, para que cuando se cumpla, ustedes recuerden y crean* (Jn 14, 29). El recuerdo de la cruz del Señor trae consolación y confirmación en la paz y el servicio divino. Recordar esta gloria del Señor y gloriarse en ella supone no sólo aventar las glorias vanas y pusilánimes, sino también cobrar fuerzas en la consolación de ese recuerdo para el momento en que la adhesión mía fundamental a la cruz se actualice en la prueba. Porque tenían viva la memoria de la cruz como gloria, los apóstoles podían interpretar los signos de los tiempos y preparar a los creyentes para enfrentarlos: *Queridos míos, no se extrañen de la violencia que se ha desatado contra ustedes para ponerlos a prueba, como si les sucediera algo extraordinario. Alégrese en la medida en que puedan compartir los sufrimientos de Cristo. Así, cuando se manifieste su gloria, ustedes también desbordarán de gozo y de alegría. Felices si son ultrajados por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de gloria, el Espíritu de Dios, reposa sobre ustedes. Que nadie tenga que sufrir como asesino, ladrón, malhechor o delator. Pero si sufre por ser cristiano, que no se avergüence y glorifique a Dios por llevar ese nombre... Por lo tanto, aquellos que sufren conforme a la voluntad de Dios, practiquen el bien, poniéndose en las manos de su Creador, que es fiel* (1Pe 4, 12-19).

Esta última frase nos trae a la memoria la actitud del corazón de Cristo: el abandono en las manos de Dios, sin pretender controlar los resultados de la crisis y la tormenta. Abandono fuerte pero no ingenuo; abandono aconsejado ya antes de su muerte por el mismo Jesús: *Cuando los entreguen, no se preocupen de cómo van a hablar o qué van a decir: lo que deban decir se les dará a conocer en ese momento, porque no serán ustedes los que hablarán, sino que el Espíritu de su Padre hablará en ustedes* (Mt 10, 19-20). Abandono que implica confianza en la paternidad de Dios, pero que no exime del lacerante sufrimiento de la agonía: porque este abandono no tiene respuesta inmediata, incluso él mismo es acrisolado por el silencio de Dios que puede llevar a la tentación de desconfianza... es grito desgarrador en el culmen de la prueba: *Padre, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27, 46).

6. La memoria de la cruz es, por así decirlo, el ámbito de la existencia cristiana. Fuera de este ámbito no habrá buena elección ni de modo de vivir el ministerio ni de los medios pastorales a usar: corremos el riesgo de buscar caminos de solución prescindiendo de la cruz. Surgirán esas vidas tibias (las del “ni muy muy ni tan tan”) o esas formas pastorales carentes de fundamento humano y divino. Optar, en cambio, por el camino de Jesús, supone abandono en las manos del Padre, y disposición para ser abandonado por el Padre.

El sentido de abandonarse en las manos del Padre, y del sentimiento de abandono por parte del Padre que conlleva toda cruz indican la índole escatológica de esta ‘piedra fundamental’ de nuestra vida cristiana. En la cruz hay que perderlo todo para ganarlo todo. Allí se da la venta de todo para comprar la piedra preciosa o el campo con el tesoro escondido. Perderlo todo: *el que pierda su vida a causa de mí, la encontrará* (Mt 16, 25; Mc 8, 34s.; Lc 17, 33). En el perderlo todo se busca la nueva vida, la existencia será un nuevo don, pero hay que perderlo todo. No valen aquí los retaceos ni los reaseguros como los que tomaron Ananías y Zafira (Hch 5, 1-11): nadie nos obliga, se nos invita. Pero la invitación es al ‘todo o nada’: a no tener lugar donde dormir, aunque las zorras lo tengan; a dejar que los muertos entierren a sus muertos, y a convencerse diariamente que no es según la gloria del Señor poner la mano en el arado y mirar hacia atrás (cf. Lc 9, 57-62).

La cruz es la que signa el sentido bélico de nuestra existencia. Con la cruz no se puede negociar, no se puede dialogar: o se la abraza o se la rechaza. Si optamos por rechazarla, nuestra vida quedará en nuestras manos, enjaulada en los momentos mezquinos de nuestro horizonte. Si la abrazamos, en esa misma decisión perdemos la vida, la dejamos en manos de Dios, en el tiempo de Dios, y sólo nos será devuelta de otra manera. Durante este día de oración nos hará bien pensar en esta encrucijada que signa nuestro futuro, y pedir humildemente al Señor de la gloria quiera hacernos partícipes de su destino y de su cruz. Y a la madre del Señor, madre nuestra y de la Iglesia, muy humildemente y con ternura filial, pedirle que nos ponga con su Hijo.

Para orar y profundizar

Como conclusión, meditemos nuevamente la carta de Pedro 4, 12-19 y volquemos su mensaje hacia las crisis de nuestra propia vida. Abracemos esa cruz que nos toca aquí y ahora poniéndonos en las manos fuertes de nuestro Señor, confiados en su misericordia.

Pecado

1. “Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia...”. Así es, estamos asediados por el pecado que socava nuestro estar fundados en la Iglesia, nuestra identidad que es pertenencia a la Iglesia. Un asedio inteligente porque proviene de alguien que tiene mucha inteligencia. Este asedio es de por vida: *Él te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón* (Gn 3, 15). *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros* (1 Jn 1, 8; cfr. id. 1, 5—2, 2). *El que comete el pecado comete también la iniquidad, porque el pecado es la iniquidad* (1 Jn 3, 4; cfr. id. 3, 4-10). El apóstol Juan, al plantearnos el problema del pecado, utiliza también una criteriología básica: no hay comunión con Dios sin transformación del corazón. No hay transformación del corazón fuera de Jesucristo. Un corazón no convertido anda en tinieblas, lo que significa no querer salir de ellas, amarlas más que la luz (Jn 3, 19-20). Podemos recorrer el evangelio en esta óptica de lucha luz-tinieblas. *Esa luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han comprendido* (Jn 1, 5). *Vino a su casa pero los suyos no la recibieron* (Jn 1, 11). *Hijos míos no pequen* nos exhorta el Apóstol. Pedir la gracia de no tomar el pecado con ligereza (Rom. 6, 1).

Por una parte no podemos conocer a Dios sin una transformación total, y por otra parte, esto no lo podemos hacer por nosotros mismos. Si me sitúo en medio de estas dos verdades, recién entonces comienzo a tener esperanza. Surge la oración: *Desde lo más profundo te invoco, Señor* (Sal 130, 1), en la conciencia de no ser nada (Sal 103, 15-16). En este grito nos reconocemos cautivos y divididos (Rom 7, 15). Y, a medida que progresamos en la luz, la confesión de los pecados es más nítida.

Todo el que comete pecado comete también iniquidad. Palabra que tiene sentido escatológico y designa la iniquidad fundamental, la de los últimos tiempos, donde se manifiesta la maldad del mundo sometido al diablo. Más que una debilidad el pecado, comporta el rechazo fundamental de la luz. Hay una ligazón entre la ausencia de iniquidad y la presencia de Jesús. Después de la venida de Jesús no tiene excusa (Jn 15, 22), y será el mismo Espíritu quien convencerá al mundo de esto (Jn 16, 8-10). Lo esencial del pecado, de la iniquidad, es el rechazo radical de una libertad solicitada por el amor. Más que actos, la iniquidad es una raíz, una actitud frente a la vida: se es inicuo.

2. El pecado se instala poco a poco en nuestro corazón y lo va haciendo inicuo, lo va endureciendo. Detrás de una desobediencia hay siempre un prescindir del Señor, una idolatría, un pecado de magia: *Como pecado de hechicería es la rebeldía; como crimen de idolatría es la contumacia* (1 Sam 15, 23). La escritura muchas veces nos recuerda este endurecimiento del corazón por el pecado, del abandono de Dios hacia los pecadores (Rom 1, 18ss). Esto es ya el final de un proceso, cuando nuestra iniquidad nos domina, cuando *nuestras culpas nos arrastran como el viento* (Is 64, 5-6). La característica fundamental de este endurecimiento es el rechazo instintivo al amor, a la palabra de Dios hecha carne (y que nos habla de humildad, anonadamiento, cruz), a toda solicitud que venga del corazón del Señor. Hasta parecería que la misma palabra de Dios endureciera más estos corazones contumaces y los hiciera más rebeldes: Lc 8, 9-10; Mt 13, 10-13; Mc 4, 10-12).

Jesús exhorta a caminar en la luz mientras hay tiempo, para no tropezar Jo. 11:9-10. Ese “mientras” hay que aplicarlo también al pecado. ¿Hasta cuándo durará la paciencia de Dios? San Ignacio nos exhorta a que nos admiremos de cómo “me han dejado en vida y conservado en ella” (EE 60). ¿Abuso de la paciencia de Dios? ¿Juego con el amor? Que no me pase como a Esaú, *que vendió su derecho a la primogenitura por un plato de comida. Recuerden que después, cuando quiso heredar la bendición de su padre, fue rechazado, y por más que la imploró con lágrimas, no pudo obtener un*

cambio de decisión (Heb 12, 14-17).

Podemos terminar la oración haciendo nuestra la oración de Isaías: *¿Dónde están tus celos y tu valor, tu ternura entrañable y tu compasión? ¡No, no permanezcas insensible! Porque tú eres nuestro padre, porque Abraham no nos conoce ni Israel se acuerda de nosotros. ¡Tú, Señor, eres nuestro padre, nuestro Redentor es tu Nombre desde siempre! ¿Por qué, Señor, nos desvías de tus caminos y endureces nuestros corazones para que dejen de temerte? ¡Vuelve, por amor a tus servidores y a las tribus de tu herencia! ¿Por qué los impíos hollaron tu Lugar santo y nuestros adversarios pisotearon tu Santuario? ¡Desde hace mucho tiempo, tú no nos gobiernas, y ya no somos llamados por tu Nombre! ¡Si rasgaras el cielo y descendieras, las montañas se disolverían delante de ti* (63, 15-19).

Para orar y profundizar

¿Pedimos a Dios la gracia de la conversión en la oración? ¿En qué momentos hemos preferido las tinieblas a la luz?

Pecado y desesperanza

1. En la meditación del pecado consideramos la *contradicción fundamental de nuestra vida*: la oposición entre el plan de Dios, que nos funda, nos integra en su Iglesia, y el pecado como fundamento desintegrador de nuestra pertenencia al Señor y a nuestra santa madre la Iglesia jerárquica. Conscientes de nuestra humildad entremos en esta meditación. Pues somos “pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, que necesita saber proclamar las grandezas de Dios, que lo han convertido y es nuevamente convocado y reunido por él” (*Evangelii Nuntiandi* 15). Nuestra humildad nacida de la conciencia del modo grave y frecuente con que nosotros hemos pecado contra el evangelio.

Pidamos al Señor, en esta meditación sentir que nuestro pecado pone límites a la convocatoria de la santa madre Iglesia. Esa “Iglesia universal sin límites ni fronteras, salvo, por desgracia, las del corazón y del espíritu del hombre pecador” (*Evangelii Nuntiandi* 61). Nuestro pecado no es de nosotros solamente, sino que afecta a toda la Iglesia: opacamos su santidad, la hacemos menos fecunda, indisciplinada. Pidamos la gracia de “experimentar la vacuidad de todos los ídolos” (*Evangelii Nuntiandi* 26) en especial de aquellos que subyacen en “las situaciones de descristianización frecuentes en nuestros días” (*Evangelii Nuntiandi* 52), de las que nosotros mismos participamos. Esas situaciones que atentan contra nuestra fe: “esta fe que está casi siempre enfrentada al *secularismo*, es decir, a un *ateísmo militante*; es una fe expuesta, a pruebas y amenazas, más aún, una *fe asediada y combatida*. Corre el riesgo de morir por asfixia o por inanición si no se la alimenta y sostiene cada día” (*Evangelii Nuntiandi* 54).

2. Y, al sentir esto, pidamos al Señor la gracia de *la conversión*, porque su bondad nos revela que “aún las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay una *conversión de corazón y de mente* por parte de quienes viven en esas estructuras o las rigen” (*Evangelii Nuntiandi* 36). Que él nos dé la gracia de adherir nuestro corazón nueva y totalmente al anuncio del evangelio, el cual puede ser recibido “como gracia y misericordia; pero a la vez cada uno debe conquistarlo con la fuerza” (*Evangelii Nuntiandi* 10): es decir, el don de Dios es un regalo, pero -a la vez- se lo conquista. Que nos dé la fortaleza para perseverar en la conversión de nuestro corazón.

Convertirse es una gracia: debemos pedirla y dar largo tiempo (en el día de hoy) a esta oración de petición. Nuestro corazón se cierra en su pecado, se endurece, y frente al Dios que no se cansa de perdonar, ese corazón impaciente va aprendiendo la ciencia humana de cansarse de pedir perdón. Necesitamos de la palabra de Jesús que nos abra los sentidos: *¡Hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?* (Lc 24, 25-26). Esta palabra del Señor resucitado nos hará comprender también cuánto ayuda el reconocimiento del pecado y la sincera conversión del corazón. Esta se ha de pedir a Dios, ya que es una parte de la gracia de nuestra vocación, a la que hemos de estar abiertos. Pidamos, pues, como lo sugiere san Ignacio, una y varias veces, la gracia de un “crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados” (EE. 55).

3. El pecado, obra de Satanás, apunta certeramente a lo básico de nuestra cohesión: al corazón, a la esperanza. Lo que desintegra el corazón del hombre es la desesperanza. Es decir, ante la esperanza, como virtud integradora, se nos presenta como alternativa y caricatura la desesperanza puntual, acaracolada en sí misma, repetitiva e infecunda. Recorramos las diversas formas que tal desesperanza ha tomado en la historia de la salvación, y veamos si en nuestro corazón anidan alternativas de este tipo.

4. *La desesperanza de un pueblo* que, en el desierto, dice No a la esperanza del Dios vivo y por eso prefiere adorar a un ídolo (Éx 32, 7-10; 32, 15-24); que dice No a la esperanza del proyecto de salvación y prefiere gustar, en la añoranza, los ajos y las cebollas de la esclavitud (16, 1-3); que dice No a la conducción, refugiándose en el fácil anarquismo de la murmuración (Ex 16, 6-8; 17, 1-7). Un pueblo que no quiere la prueba, la dificultad. En esta tentación lo que está en juego es que el don de Dios es un regalo, pero el don de Dios se conquista: ‘puede ser recibido, por todo hombre, *como gracia y misericordia*; pero a la vez cada uno debe *conquistarlo con la fuerza*, con la fatiga y el sufrimiento, con una vida conforme al evangelio, con la renuncia y la cruz...’ (Evangelii Nuntiandi 10).

Al pretender quemar etapas, su corazón impaciente deja de ser creatura para ser creador de proyectos nominalistas, de protesta, inmanentes en su egoísmo, y de ahí lo inmanente de su castigo ulterior. Porque la impaciencia tiene un castigo inmanente: la esterilidad. El impaciente, por quererlo todo de golpe, se queda sin nada. Sus proyectos son como la semilla que cayó entre la roca: no tienen profundidad, son meras palabras sin consistencia. La impaciencia y la desesperanza es capaz de desintegrar el proyecto de un pueblo, es capaz de desintegrar la imagen del Padre que lo convoca, es capaz de desintegrar la virilidad, la capacidad combativa, el aguante apostólico (se convierten en mujeres chismosas). En definitiva, la impaciencia y la desesperanza, al pretender obviar el tiempo, conduce a la ilusión de la magia: a controlar a Dios, dominarlo a Dios. Cristo, en la cruz, asume todos estos pseudodesafíos hijos de impaciencia y desesperanza: en él aprendemos que Dios es el más grande, que el pecado es efímero, que la paciencia y la constancia son hijos de la esperanza. Y por eso el reino de Dios no se hace de golpe, sino que “debe ser continuado *pacientemente* a través de la historia hasta ser plenamente realizado el día de la venida final de Cristo” (Evangelii Nuntiandi 9).

5. *La desesperanza desintegra la familia* (2 Sm 11 y 12). David tenía la misión de cohesión del pueblo de Dios, y su impaciencia lo llevó a desintegrar la familia, base del pueblo. Desintegró su misión, desintegró la justicia debida a su hermano. Comienza sin que le demos importancia casi, se insinúa como sólo un gusto pasajero, y luego nos esclaviza en su crecimiento. Es la fuerza de la desintegración que nos lleva a traicionar nuestra misión de pastores del pueblo de Dios.

6. *La impaciencia desintegra la confianza.* Cuando David decide hacer el censo (2 Sam 24) en el fondo lo que hace es reemplazar la esperanza por la constatación empírica. Porque una cosa es medir las fuerzas para actuar sensatamente luego (cfr. Lc 14, 28-32), y otra cosa es medirlas para despertar vanagloria. David “reduce” la salvación a su propio poder; “reduce su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal.; reduce los objetivos de la liberación de su pueblo a una perspectiva antropocéntrica; la salvación a un bienestar material; su actividad a iniciativas de orden político o social” (*Evangelii Nuntiandi* 32). Probablemente envanecido por su poder, olvidado de sus pecados, cae en la actitud de “sacrificar la liberación que Dios quería para su pueblo a las exigencias de una estrategia cualquiera, de una praxis o de un éxito a corto plazo” (*Evangelii Nuntiandi* 33). Desintegra la unión de su pueblo con su Dios y plasma un nuevo ídolo: ‘mi poder, nuestro poder’. ¡Cuántas veces asistimos al manoseo de la unión del pueblo con Dios! ¡Cuántas veces se transforma nuestra conducción pastoral en caudillismo o en estilo cortesano, cuando le hacemos el juego a ciertos sectores o nos valemos de la desvalidez de otros! Porque también nosotros, como hombres de estos tiempos, podemos desencadenar más rupturas y divisiones que comunión y comunicación; más opresión y dominación que respeto de los derechos individuales y colectivos en una real fraternidad, porque también nosotros mismos tenemos parte en la ceguera y en la injusticia.

7. *La desesperanza desintegra la fraternidad* (1Sm 18, 6-17; 1Sm 19, 8-18). La envidia de Saúl a David implica una notoria falta de sagacidad, porque en vez de enrolarse en el pueblo y aprovecharse también él de lo que podría significar la cohesión de todo un pueblo alrededor de David, el ungido, prefiere aislar su conciencia y caer en la pertinacia de no reconocer al ungido de Dios. La envidia siempre equivoca el objeto: se lucha mal. Por envidiar un bien se pierde el bien auténtico: en este caso el gusto por el proyecto común, por el cuerpo de la institución. Pienso en la inoperante crítica a nuestros hermanos en el ministerio. La conciencia aislada y desobediente de Saúl lo aparta del Señor. Y consigo arrastra al pueblo que termina por apropiarse de lo consagrado a Dios (*el pueblo perdonó la vida a lo mejor del ganado mayor y menor... y no quisieron consagrarlos al exterminio*) desobedeciendo una orden expresa de Dios (*Ve y consagra al exterminio a esos pecadores, los amalecitas...*). Además de envidia, en el pecado de Saúl encontramos impaciencia, presunción, desobediencia (cfr. 1 Sm 15; 28, 3-25) y aún demagogia. Distinto fue el caso del pecado de duda de Zacarías (Lc.1: 19-22), pecado de duda y de incredulidad. La incredulidad del pastor corta el diálogo con los fieles (*no podría hablarles*) pero no afecta la fe del pueblo fiel (... *comprendieron que había tenido alguna visión en el Santuario*).

8. *La desesperanza desintegra la constante conducción apostólica.* Cuando Esaú pierde su primogenitura por un plato de lentejas (Gn 25, 19-34; 26, 34-35); Heb 12, 15-18). El inmediatismo hedonista incapaz de sacrificio. El descuido en tratar las cosas de Dios, ‘porque no tengo ganas’. Y en nuestro mundo clerical pienso que a veces el plato de lentejas es cualquier adulación. Nos cuesta mucho pasar por tontos, no tener la última palabra, no poder decir en cada momento la última profecía, etc. Nos resulta tan difícil saber decir un “no sé” que no suponga desconcierto, desinterés. La conducción del pueblo fiel de Dios nos pide que a veces renunciemos a la urgencia de las respuestas y recordemos que lo propio del sabio es también el silencio. Renuncia al ataque y a la defensa inmediata. Renuncia al gusto que nos produce ser el cura de moda, tener la palabra de moda, a las posturas de acercamiento o distancia nacidas no de mi vocación de pertenencia a un cuerpo sino de acartonamientos interiores, de posturas previas, y así podríamos seguir poniendo ejemplos.

Todos estos son modelos que la palabra de Dios nos trae sobre la fuerza

desintegradora de la desesperanza. Nosotros llevamos dentro la posibilidad de enrolarnos en ella. El mal espíritu tratará de *buscar otros siete peores que él* para volver al asalto. Con la humildad de reconocer que uno es pecador y, sin embargo, elegido por el Señor, terminemos esta meditación “con un coloquio de misericordia, razonando y dando gracias a Dios nuestro Señor porque me ha dado vida hasta ahora; proponiendo enmienda con su gracia para adelante” (EE 61).

Para orar y profundizar

Reflexionemos ahora qué significa dejarse arrastrar por la desesperanza. ¿Nos hemos desesperado en este último tiempo? ¿Estamos, en este momento, confiando en el perdón de Dios como Padre? Luego de respondernos a estas preguntas, renovemos nuestra oración de petición pidiendo al Señor nuestra conversión.

Nuestros padres fueron tentados

1. Nuestra adhesión al llamado de Cristo será tentada. Por momentos vendrá de un susurro, apenas audible, otras veces nos enrostrará a manera de desafío, pero la frase siempre será la misma: *¡Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo! Es rey de Israel: que baje ahora de la cruz y creeremos en él* (Mt 27, 42-43). La ceguera de esta tentación es tanto más fuerte cuanto nuestro corazón pecador se aferra a otras vías de salvación, a otras maneras de vida distintas de aquellas que quiere el Señor. Y, a veces, el Señor nos quiere colgados hasta el extremo, como él, de la cruz: *¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros* (Lc 23, 39). . . y no siempre tenemos a mano algún compañero en la misma situación que nosotros que nos llame a la verdad: *¿No tienes temor de Dios, tú que sufres la misma pena que él? Nosotros la sufrimos justamente, porque pagamos nuestras culpas, pero él no ha hecho nada malo* (id. vv. 40-41).

El demonio es inteligente. Sabe dónde tentar. San Ignacio lo describe como “un caudillo, para vencer y robar lo que desea; porque así como un capitán y caudillo del campo, asentando su real y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca, de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales, y por donde nos haya más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos” (EE 327). Su modo de tentar ensaya desde la bravuconería (“se hace como mujer en ser flaco por fuerza y fuerte de grado”; EE 325)9, hasta el encantamiento, para lo cual necesita un ámbito de secreto10, pero siempre es agudo en su direccionalidad. Sabe lo que quiere. Y si ataca algo es porque lo reconoce como peligroso. Por ello la tradición cristiana suele decir que el lugar de la tentación es lugar de gracia. La tentación es un “tiempo difícil”, y como tal “pertenece al designio del Padre y es esencialmente tiempo de gracia y salvación”.11

Esto sucede no sólo en nuestro interior sino también cuando la tentación alcanza dimensiones comunitarias, pues “los momentos de turbación y de prueba, que esporádicamente amenazan nuestra comunión fraterna pueden convertirse en momentos de gracia, que afiancen nuestra entrega a Cristo y la hagan creíble”. En estos ejercicios hemos de estar muy atentos a las tentaciones que nos vengán o simplemente a las que solemos sufrir con más frecuencia en nuestra vida cotidiana. Si las enfrentamos en el Señor serán lugares de gracia. Nada ganamos con alquilar una seguridad engañosa disimulándonos a nosotros mismos el real rostro de la tentación, allí no habrá gracia. Esto es el sentido más hondo de la anotación ignaciana: “el que da los ejercicios, cuando siente que al que se ejercita no le vienen algunas mociones espirituales en su alma, así

como consolaciones o desolaciones, ni es agitado de varios espíritus: mucho le debe interrogar cerca los ejercicios. . ." (EE 6). Hacer los Ejercicios "con gran ánimo y liberalidad con su creador y Señor" (EE.5) supone fundamentalmente el coraje de decirse la verdad sobre aquello que más suele avergonzarnos: el pecado, la tentación.

La tentación siempre tiene rostro concreto, se insinúa con palabras concretas, y hasta los gestos que hacemos cuando somos tentados son concretos. La tentación tiene su "estilo" propio en la Iglesia: crece, se contagia y se justifica. Crece dentro de uno, subiendo de tono. Crece en la comunidad, contagiando la enfermedad. Siempre tiene una palabra a mano para justificar su postura. A esta experiencia apuntaba santa Teresa cuando decía que andaban por mal camino las monjas que se quejaban con el "hiciéronme sinrazón". La tentación, cuando es conducida por el malo, pretende transformarnos en *enemigos de la cruz de Cristo* (Fil 3, 18).

Al ser sometidos a la tentación nos hará bien recordar que no somos los primeros. Nuestros padres conocieron la tentación, ese test revelador del interior del hombre. Porque la tentación es, fundamentalmente, develadora de la realidad que se oculta detrás de las apariencias. Somos vanidosos. Rendimos culto a la apariencia. La verdad se manifiesta, se "prueba" en la tentación, así como las vasijas del alfarero en el fuego (Eclo 27, 5). Una vieja fórmula de canonización, consagrada por la historia, nos hace caer en la cuenta de esto: *¿Quién pasó por esta prueba y demostró ser perfecto? Tiene un buen motivo para gloriarse. ¿Quién pudo transgredir y no transgredió, hacer el mal y no lo hizo? Sus bienes estarán asegurados y la asamblea publicará sus beneficios.* (Eclo 31, 10-11).

Nuestros padres fueron tentados, el pueblo al que pertenecemos ha saboreado, en su historia, la tentación. Abraham fue tentado en su fe: *Después de estos acontecimientos, Dios puso a prueba a Abraham* (Gn 22, 1). La fe se vuelve obediencia (cfr. Heb 11; 8, 17-19). Este gesto de nuestro padre en la fe resulta, luego, un recurso para la reflexión espiritual de su pueblo: *Recuerden lo que hizo con Abraham* (Jdt 8, 26; Eclo 44, 21). El pueblo judío fue tentado durante cuarenta años en el desierto. *Acuérdate del largo camino que el Señor, tu Dios, te hizo recorrer por el desierto durante esos cuarenta años. Allí él te afligió y te puso a prueba, para conocer el fondo de tu corazón y ver si eres capaz o no de guardar sus mandamientos* (Dt 8, 2). La tentación del desierto es grande porque no sólo devela el interior pecador de sus corazones pertinaces, sino porque también allí se nos devela la fidelidad de Dios, su promesa: *la roca era Cristo* (1Cor 10, 4). Cfr. también Éx 17, 7; Sal 94, 9; 77, 20; 104, 41; 113, 8; Dt 9, 22. La vara de Moisés, allí signo de contradicción, quedará guardada en la memoria de ese pueblo; los siglos la irán transformando en lanza que, en manos de un centurión, nos abrirá la vida de la Roca: *Verdaderamente éste era Hijo de Dios* (Mt 27, 54; Jn 19, 31-37).

El pueblo fue tentado para ver lo que había en su corazón, fue tentado en el amor, en la fidelidad a la alianza. Y en su misma tentación llega a percibir (en el momento o luego en la relectura profética) la presencia del Señor que es fiel, que lo ama siempre y que *recompensa a los que lo buscan* (Heb 11, 6). El pueblo fue tentado en la esperanza, en el exilio, cuando el cumplimiento mesiánico parecía no ser más que una ilusión de sus mayores. Entonces, sólo la fuerza profética del recuerdo los vuelve a situar en la adhesión a la promesa: "Por todos estos motivos debemos dar gracias al Señor nuestro Dios que ha querido probarnos como a nuestros padres. Recordad lo que hizo con Abraham, las pruebas por las que hizo pasar a Isaac, lo que aconteció en Mesopotamia a Jacob, cuando pastoreaba el rebaño de Labán, el hermano de su madre. Como les puso a ellos en el crisol para sondear sus corazones, así el Señor nos hiere a nosotros, los que nos acercamos a él, no para castigarnos, sino para amonestarnos" (Jdt

8, 26-27).

La tentación, para el pueblo, siempre consistirá en exigir las cosas claras; pretender que las arras sean ya garantías visibles en sus manos: *No exijan entonces garantías a los designios del Señor, nuestro Dios, porque Dios no cede a las amenazas como un hombre ni se le impone nada como a un mortal. Por lo tanto, invoquemos su ayuda, esperando pacientemente su salvación, y él nos escuchará si esa es su voluntad* (Jdt 8, 16-17). En cambio, la santidad del justo consiste en *esperar contra toda esperanza* (Rom 4, 18), en atreverse a creer en las promesas, aun sin poseerlas: *Todos ellos murieron en la fe, sin alcanzar el cumplimiento de las promesas: las vieron y las saludaron de lejos* (Heb 11,13). Ellos, en la tentación, se mantuvieron firmes como si vieran al Invisible (Heb 11, 27).

La tentación es también una prueba de la condición humana. No se la debe asimilar siempre al castigo. Job, el inocente, figura del Siervo de Yavé, será tentado. Sus ojos, en la tentación, serán acrisolados para la visión: *Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto, y me arrepiento en el polvo y la ceniza* (Job 42, 5-6).

Jesús experimentó la prueba en su vida. Comienza en el desierto (Mt 4, 1-11) y seguirá porque en ese entonces *el demonio se alejó de él, hasta el momento oportuno* (Lc 4, 13). Jesús sufre la prueba hasta la agonía: *Mi alma ahora está turbada. ¿Y qué diré: Padre, librame de esta hora? ¡Si para eso he llegado a esta hora!* (Jn 12, 27). (Cfr. también Lc 22, 40-46). Jesús experimenta la prueba en sus parientes (Mc 3, 33), en Pedro, a quien no duda en llamar Satanás (Mc 8, 33), en la perspectiva de un mesianismo temporal (Jn 6, 15).

La Iglesia ha de seguir el mismo camino de Cristo (Mc 10, 38). Pedro será zarandeado en su perseverancia para que, luego convertido, confirme a sus hermanos (Lc 22, 31 ss). También el cristiano debe andar este camino: él será examinado por Dios (1Tes 2, 4), será sometido a la prueba (1Tim 3, 10) pero consciente de que no ha sufrido tentación superior a la medida humana (1Cor 10, 11-13). Sabemos que es preciso que seamos afligidos con diversas pruebas (1 Pe 1, 7) *así, la fe de ustedes, una vez puesta a prueba, será mucho más valiosa que el oro percedero purificado por el fuego, y se convertirá en motivo de alabanza, de gloria y de honor el día de la Revelación de Jesucristo* (Heb 12, 11); pero cuando la prueba pueda parecernos que rebasa nuestras posibilidades, nos hará mucho bien levantar los ojos para fijarnos en Aquél que soportó tan grande contradicción (Heb 12, 3ss), y no desfallecer... y atrevemos a decir con una buena dosis de humor: *ustedes no han resistido todavía hasta derramar su sangre* (ibid.).

El meollo de la tentación está en la fidelidad-infidelidad. Dios nuestro Señor quiere una fidelidad que se renueve con cada prueba. Pero allí entra el demonio, el seductor. Satán busca la infidelidad del amor, llevando al pueblo al adulterio (cfr. Ez 16); la infidelidad de la esperanza llevándolo a la pertinacia y a exigir constataciones y garantías: la idolatría, los ajos y cebollas, la murmuración, que suponen un *no* al amor, a la esperanza y a la conducción de Yavé. El mundo es el escenario de la tentación.

María estaba presente en la gran guerra, en la gran prueba de Jesús: su Cruz. Allí él nos la dejó como madre. Ella sabe cómo aconsejar en la tentación.

Para orar y profundizar

Frente a la imagen de nuestra Señora, dejemos a sus pies las tentaciones que nos invaden. Reconozcamos humildemente nuestra debilidad y pidámosle que, en los momentos difíciles, no olvidemos elevar hacia ella la mirada para que sea su mano de madre quien nos conduzca y acompañe.

Actitudes desesperanzadas

1. Pidamos al Espíritu Santo, que sabe escribir e imprimir en nuestros corazones todo lo bueno, que nos regale el don de la esperanza, y que nosotros seamos prontos para recibirlo. Esta esperanza es distinta del optimismo. La esperanza que no es bullanguera, que no le teme al silencio, que se arraiga como las raíces en el invierno. La esperanza es cierta, nos la da el Padre de toda Verdad. Discierne lo bueno y lo malo. No rinde culto a lo óptimo (no cae en el optimismo) ni se cree segura en lo pésimo (no es pesimista). Porque la esperanza discierne entre el bien y el mal, es combativa; y combate sin ansiedad ni obcecación, con la firmeza de quien sabe que corre a una meta segura, como esperanzadamente lo dice el autor bíblico: *despojémonos de todo lo que nos estorba, en especial del pecado, que siempre nos asedia, y corramos resueltamente al combate que se nos presenta* (Heb 12, 1). Precisamente una esperanza combativa es la propuesta.

2. Como esta esperanza combativa es también obra de discernimiento, quizá nos sea útil recorrer actitudes desesperanzadas que a veces anidan en nuestra alma. Las tenemos, a veces a flor de piel, a veces en los rincones de nuestro corazón, allí donde “guardamos” los cachivaches de nuestra existencia y nos acariciamos con una posesión oscura. Estas actitudes desesperanzadas siguen los mismos escalones del anti-Reino: comienzan por ser poco pobres, siguen vanas, y terminan empachadas de soberbia.

3. “Comienzan por ser poco pobres...” Y quiero referirme a algunas formas especiales de falta de pobreza escondidas “bajo ángel de luz”. Un ejemplo: hemos sufrido, en nuestras instituciones, en nuestras diócesis, una sensible disminución de vocaciones. Y, si atendemos a nuestros jóvenes, podemos decir que, por momentos, hemos visto amenazadas nuestras legítimas esperanzas. Y, cuantas veces frente a este dolor común nos hemos resistido a sufrirlo, ¡y a sufrirlo juntos! Se opta por la “riqueza” del no-sufrir. Así gastamos energías poniendo la solución en la búsqueda de algún chivo expiatorio causante del desastre, o absolutizamos nuestro diagnóstico de la situación defendiéndonos como quien defiende un tesoro adheriendo allí nuestro corazón (Lc 12, 34). No dejamos margen al misterio de una libertad y de la gracia, el misterio que nos torna dóciles y que nos unge en pobres.

4. Frente a otras circunstancias dolorosas de Iglesia, de instituciones, de diócesis o de nuestra nación, la pobreza de las soluciones que están a nuestro alcance se disfraza de riqueza sin llegar muchas veces a percatarse de que se trata de una riqueza herrumbrosa, pues es una riqueza de solas críticas. Se opta por la riqueza de lo negativo. Otras veces se exageran las circunstancias que rodean a un hecho doloroso como si se prefiriera la comodidad de sacar platea para una tragedia en vez de poner el hombro para solucionar un problema de familia. En fin, así podríamos seguir enumerando. Estos indicios de nuestro apego a la riqueza sería bueno que los sometamos a la oración, y que el Señor quiera despojarnos de estas actitudes que son ricas en cuanto desesperanzadas, y que nos recuerde que la esperanza del Reino tiene dolor de parto.

5. “...siguen vanas...” Porque en una tierra no arada por el dolor, el fruto estará condenado a la inconsistencia (Lc 8, 13). Son muchas las vanidades que se nos filtran, pero la vanagloria más común, entre nosotros, es la del derrotismo. Y es vanagloria porque se prefiere ser general de los ejércitos derrotados a simple soldado de un escuadrón que, aunque diezmado, sigue luchando. ¡Cuántas veces soñamos con planes apostólicos expansionistas, más propios de generales derrotados! Curiosamente, en esos

casos, negamos nuestra historia de Iglesia, que es gloriosa porque es historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana. Otras veces gastamos horas y horas hablando y planificando sobre lo que “habría que hacer”: y nos alienamos en ese “espíritu de habriaqueísmo” en vez de asumir, con humildad y constancia cotidiana, lo humilde del trabajo que cansa, simplemente porque, desde la tarde del paraíso, y porque somos sencillamente hombres, todo trabajo es “sudor de nuestra frente”. En cambio, en el habriaqueísmo labramos nuestra imaginación sin límites, pero sin contacto con la realidad sufrida y humilde de nuestro pueblo fiel. Eso es vanidad; y toda vanidad frustra.

6. “...y terminan empachadas de soberbia...” La soberbia que tantas veces nos llevó al desprecio de los medios humildes del evangelio. La soberbia que nos aparta de “la divina debilidad de las Bienaventuranzas”. La soberbia que no nos lleva a poner la esperanza sólo en él, y a buscarlo en la súplica sencilla y en la oración continua, y en la penitencia laboriosa de cada día. La soberbia nos aparta de todo esto. También es la soberbia la que nos lleva a claudicar de nuestra conducción pastoral, manejando mal los conflictos: o dando un rodeo ‘para no ensuciarnos las manos’ como el levita y el sacerdote de la parábola de Lucas, o enredándonos en ellos buscando un triunfo personal sectario, o simplemente jugando como árbitros de la historia, ignorándolos, y llevando todo por el camino de un irenismo donde todos los valores son iguales, donde simplemente se busca una pluralidad de convivencia, a costa de la verdad y la justicia. Nuestra vocación evangelizadora nos pide cultivar la humildad de sentirnos mayordomos, pero no amos; y esta humildad se alimenta asumiendo el oprobio y el menosprecio de la cruz de Cristo en el trabajo cotidiano, en el deshilache de nuestra vida al servicio de Jesucristo que nos precede en el camino.

7. Creo que a todos se nos complica el panorama cuando nos enfrentamos con el oprobio y menosprecio de Jesucristo crucificado como camino de esperanza y, por tanto, de aventamiento de nuestras actitudes desesperanzadas. La experiencia dice que los directores espirituales han tenido bastante trabajo en despojar nuestros propósitos de seguimiento de Jesucristo crucificado de la vanidad de sus formas. Quizá nos pueda ayudar el ejemplo de las vírgenes prudentes. Allí hay una enseñanza que necesitamos como institución y como evangelizadores. Ustedes recuerdan: las vírgenes prudentes se niegan a compartir su aceite y esto hace que -en una lectura rápida e inadvertida- se las condene, se las llene de oprobios por mezquinas y egoístas. Una lectura más profunda nos muestra la grandeza de su actitud, pues no repartían lo irreplicable, no arriesgaban lo inarriesgable: el encuentro con su Señor y el precio de ese encuentro. Quizás en nuestra acción evangelizadora *oprobio y menosprecio* nos sobrevenga si por seguir al Señor dejamos de *probar los bueyes, de comprar el campo, y de contraer nupcias* (cfr. Lc 14, 18-20).

8. En el seguimiento del Señor nuestra humildad será pobre, porque estará muy cerca de saber “lo esencial”: lo que viene bien y lo que viene mal, sin perderse en los engaños de las riquezas. Y porque la vida de Dios en nosotros no es un lujo, sino el pan cotidiano, la cuidaremos con nuestra oración y penitencia. Ese espíritu de oración y penitencia, aun en las grandes adversidades, nos hará avizorar esperanzados el camino de Dios. Al dar lugar a la esperanza, con la humilde oración y penitencia en el trabajo -aburrido a veces- de cada día, irán cayendo esas actitudes mundanas, preñadas de “mundanidad espiritual” (como gustaba llamar a De Lubac), actitudes desesperanzadas porque tienen sus raíces en la riqueza, en la vanidad y en la soberbia.

Para orar y profundizar

Sugiero, para concluir la oración, una mirada a la “humilde Hija de Sión”, una

mirada pacificadora de nuestras entrañas insaciables de riqueza, vanidad y soberbia. Le podemos decir, lentamente, el quieto Himno Breviario:

Deja mirar, mirarte simplemente,
dejar abierta sólo la mirada;
mirarte toda sin decirte nada,
decirte todo, mudo y reverente.

No perturbar el viento de tu frente;
sólo acunar mi soledad violada
en tus ojos de Madre enamorada
y en tu nido de tierra transparente.

Las horas se desploman; sacudidos,
muerden los hombres necios la basura
de la vida y la muerte, con sus ruidos.

Mirarte, Madre; contemplarte apenas,
el corazón callado en tu ternura,
en tu casto silencio de azucenas. Amén.

La memoria

Cuando san Ignacio nos pide que traigamos “a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí...” (EE. 234) quiere ir más allá del mero agradecimiento por todo lo recibido; quiere enseñarnos a tener más amor; quiere confirmarnos en el camino emprendido, y esto lo hace la memoria. La memoria como gracia de la presencia del Señor en nuestra vida apostólica. La memoria del pasado que nos acompaña, no como un peso bruto, sino como un hecho interpretado a la luz de la conciencia presente. Pedir la gracia de *recuperar la memoria*: memoria de nuestro camino personal, memoria del modo cómo nos buscó el Señor, memoria de mi familia, memoria de pueblo. Mirar hacia atrás es *despertarnos* para percibir con más fuerza la palabra de Dios: *Recuerden los primeros tiempos: apenas habían sido iluminados y ya tuvieron que soportar un rudo y doloroso combate* (Heb 10, 32). *Acuérdense de quienes los dirigían, porque ellos les anunciaron la Palabra de Dios: consideren cómo terminó su vida e imiten su fe* (Heb 13, 7). Esta memoria que nos salva de *dejarnos seducir por doctrinas varias y extrañas* (Heb 13, 9), esta memoria nos *fortalece el corazón* (ibid).

1. *La memoria de los pueblos*. Los pueblos tienen memoria, como las personas. La humanidad también tiene su memoria común. En la cara del mataco está la memoria viva de una raza sufrida. En la voz de un riojano está san Nicolás. Monseñor Tavella contaba que en un pueblo de su diócesis encontró a un indio rezando tremendamente concentrado. Estuvo mucho tiempo así, al obispo le llamó la atención y le preguntó qué rezaba. “El catecismo” contestó el indio. Era el catecismo del santo Toribio de Mogrovejo. La memoria de los pueblos no es una computadora sino un corazón. Los pueblos, como María, guardan las cosas en su corazón. La alianza del pueblo de Salta con el Señor del Milagro, el Tincunaco, en fin, todas las manifestaciones religiosas del pueblo fiel, son una eclosión espontánea de su memoria colectiva. Allí está todo: el

español y el indio, el misionero y el conquistador, el poblamiento español y el mestizaje. Lo mismo pasa aquí en Buenos Aires. A Luján va la gente del interior que vino a buscar trabajo, va el inmigrante que vino a hacer la América. . . pero el punto de unión es siempre el mismo: la Virgencita, símbolo de la unidad espiritual de nuestra nación, anclada en la memoria de nuestro pueblo.

Porque la memoria es una potencia unitiva e integradora. Así como el entendimiento librado a sus propias fuerzas desbaranca, la memoria viene a ser el núcleo vital de una familia o de un pueblo. Una familia sin memoria no merece el nombre de tal. Una familia que no respeta y no atiende a sus abuelos, que son su memoria viva, es una familia desintegrada: pero una familia y un pueblo que se recuerdan son una familia y un pueblo de porvenir.

La humanidad entera tiene su memoria común. El recuerdo de la lucha ancestral entre el bien y el mal. La lucha eterna entre Miguel y la serpiente, “la serpiente antigua” (cfr. Ap 12, 7-9) que ha sido vencida para siempre, pero que resurge como “enemigo de natura humana”. *¡Cómo has caído del cielo, Lucero, hijo de la aurora!* (Is 14, 12). *¡Pero te han hecho bajar al Abismo, a las profundidades de la Fosa!* (14, 15). Esa es la memoria de la humanidad, el acervo común de todos los pueblos y la revelación de Dios a Israel. Porque la historia humana es una larga contienda entre la gracia y el pecado, pero esa memoria común tiene su rostro concreto: el rostro de los hombres de nuestros pueblos. Son hombres anónimos y sus nombres no quedarán grabados en los libros de historia. En sus rostros estará quizás el sufrimiento y la postergación, pero su dignidad inexpresable con palabras, nos está hablando de un pueblo con historia, con memoria común. Es el pueblo fiel de Dios.

2. *La memoria de la Iglesia.* Es la pasión del Señor. Una de las antífonas del Corpus, compuesta por santo Tomás, nos habla de esto: *recolitur memoria passionis eius* 12. La eucaristía es el recuerdo de la pasión del Señor. Allí está el triunfo. El olvido de esta verdad ha hecho a veces aparecer a la Iglesia como triunfalista, pero la resurrección no se entiende sin la cruz. En la cruz está la historia del mundo: la gracia y el pecado, la misericordia y el arrepentimiento, el bien y el mal, el tiempo y la eternidad. En los oídos de la Iglesia resuena la voz de Dios, expresada por su profeta: *No temas, porque yo te he redimido...* y te volveré a redimir (Is 43, 1-21). *¡Sean fuertes y valientes!... Porque el Señor, tu Dios, te acompaña, y él no te abandonará ni te dejará desamparado”... No temas ni te acobardes* (Dt 31, 6-8). El recuerdo de la salvación de Dios, del camino ya recorrido, da fuerzas para el futuro. Por la memoria, la Iglesia testimonia la salvación de Dios. *No les tengas miedo. Recuerda cómo trató el Señor, tu Dios, al Faraón y a todo Egipto... cuando con mano poderosa y brazo fuerte te hizo salir de Egipto. Así tratará el Señor, tu Dios, a todos los pueblos que temes enfrentar* (Dt 7, 18-20).

El pueblo de Dios fue probado en el camino del desierto. Allí fue guiado por Dios como un hijo por su padre. El consejo del Deuteronomio es siempre el mismo de toda la Escritura: *Acuérdate del largo camino que el Señor, tu Dios, te hizo recorrer, y reconoce* (Dt 8, 2-6). Nadie es capaz de entender nada si no es capaz de recordar bien, si le falla la memoria. *Pero presta atención y ten cuidado, para no olvidar las cosas que has visto con tus propios ojos, ni dejar que se aparten de tu corazón un sólo instante. Enséñalas a tus hijos y a tus nietos* (Dt 4, 9). Nuestro Dios es celoso de nuestro recuerdo para con él, tan celoso que -a la menor señal de arrepentimiento- se vuelve misericordioso: “no olvida la alianza que juró a nuestros Padres”.

Por el contrario, el que no tiene memoria se afianza en los ídolos. Adorar ídolos es el castigo inherente a quienes olvidan (Dt 4, 25-31). Nos sobreviene la esclavitud: *Por no haber servido al Señor, tu Dios, con alegría y de todo corazón, mientras lo*

tenías todo en abundancia, servirás a los enemigos (Dt 28, 47-48). Solamente el recuerdo nos hace descubrir a Dios en medio de nosotros y nos hace entender que toda solución salvadora fuera de Dios es un ídolo: Dt 6, 14-15; 7, 17-26.

La Iglesia recuerda las misericordias de Dios y por esto trata de ser fiel a la ley. Los diez mandamientos que enseñamos a nuestros niños son la otra cara de la alianza, la cara legal para poner marcos humanos a la misericordia de Dios. Cuando el pueblo fue sacado de Egipto, allí recibió la gracia. Y la ley es el complemento de la gracia recibida, la otra cara de una misma moneda. Los mandamientos son frutos del recuerdo (Dt 6, 1-12), y por eso han de transmitirse de generación en generación: *Y cuando tu hijo te pregunte el día de mañana: ¿Qué significan esas normas, esos preceptos y esas leyes que el Señor nos ha impuesto?, tu deberás responderle: Nosotros fuimos esclavos del Faraón en Egipto, pero el Señor nos hizo salir de allí con mano poderosa. Él realizó, ante nuestros mismos ojos, grandes signos y tremendos prodigios contra Egipto, contra el Faraón y contra toda su casa. Él nos hizo salir de allí y nos condujo para darnos la tierra que había prometido a nuestros padres con un juramento. El Señor nos ordenó practicar todos estos preceptos y temerlo a él, para que siempre fuéramos felices y para conservarnos la vida, como ahora sucede* (Dt 6, 20-24). La memoria nos ata a una tradición, a una norma, a una ley viva e inscrita en el corazón. *Graben estas palabras en lo más íntimo de su corazón. Átenlas a sus manos* (Dt 11, 1-32). Así como Dios tiene atado en su corazón y en todo su ser el “regalo”, el “proyecto” de salvación. La base del ejercicio de la Iglesia y de cada uno de nosotros en el recuerdo consiste precisamente en esta seguridad: *Soy recordado por el Señor; él me tiene atado en su amor.*

Por todo esto *nuestra oración ha de estar signada por el recuerdo.* Esa es la oración de la Iglesia que tiene siempre presente la salvación de Dios Padre, operada por el Hijo, en el Espíritu Santo. En el Credo está no sólo el compendio de las verdades cristianas, sino también el de la historia de nuestra salvación: “nació de Santa María Virgen”, “padeció bajo el poder de Poncio Pilato”, “fue crucificado”, “resucitó”. Nuestro Credo es, así, la pervivencia en la historia de la fe de Israel que, cuando iba a presentar las ofrendas al Señor, rezaba así: “Mi padre fue un arameo errante que bajó a Egipto... los egipcios nos maltrataron... clamamos a Yavé y Dios nos escuchó... nos sacó de Egipto... nos dio esta tierra” (cfr. Dt 26, 1-11).

Y la memoria es una gracia que debemos pedir. Es tan fácil olvidar, sobre todo cuando estamos satisfechos... *Cuando el Señor, tu Dios te introduzca en la tierra que él te dará, porque así lo juró a tus padres, a Abraham, a Isaac y a Jacob –en ciudades grandes y prósperas que tú no levantaste; en casas colmadas de toda clase de bienes, que tú no acumulaste; en pozos que tú no cavaste; en viñedos y olivares que tú no plantaste– y cuando comas hasta saciarte, ten cuidado de no olvidar al Señor que te hizo salir de Egipto, de un lugar de esclavitud* (Dt 6, 10-12). *Pero ten cuidado: no olvides al Señor, tu Dios, ni dejes de observar sus mandamientos... Y cuando comas hasta saciarte, cuando construyas casas confortables y vivas en ellas, cuando se multipliquen tus vacas y tus ovejas, cuando tengas plata y oro en abundancia y se acrecienten todas tus riquezas, no te vuelvas arrogante, ni olvides al Señor, tu Dios, que te hizo salir de Egipto, de un lugar de esclavitud* (Dt 8, 11-20).

Pedir la gracia de la memoria para saber elegir bien entre la vida y la muerte: *yo he puesto delante de ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición...* (Dt 30, 15-20). Cfr. también Dt 11, 26 y todo el cap. 28). Esa elección cotidiana que debemos hacer entre el Señor y los ídolos. Y esa memoria también nos hará misericordiosos porque oiremos en nuestro corazón esa gran verdad: *Recuerda que tú fuiste esclavo en Egipto* (Dt 15, 15).

Y ojalá que el Señor conceda a su Iglesia la gracia que le concedió al gran

caudillo de la memoria: sus *ojos no se habían debilitado* (Dt 34, 7). Que los ídolos, que nunca tienen historia sino que son “presente”, no nos quiten la visión del ojo de la memoria. Allí está nuestra primera caridad (Jr 2, 1-13). Ojalá nunca escuchemos las palabras del Señor al ángel de la Iglesia de Efeso: *debo reprocharte que hayas dejado enfriar el amor que tenías al comienzo* (Ap 2, 4).

La Virgen Madre, la que *guardaba todas las cosas en su corazón*, nos enseñará la gracia de la memoria si sabemos pedírsela con humildad. Ella como otra madre de Macabeos, sabrá hablarnos en la “lengua materna” (Cfr. 2Mac 7, 21, 26), en la lengua de nuestros padres, la que aprendimos a hablar en los *pristinos dies*¹³. Que nunca nos falte el cariño y la ternura de María que nos susurre al oído la palabra de Dios en ese lenguaje de familia. Allí tendremos la fuerza para vencer los halagos del Malo y burlarnos de él.

Para orar y profundizar

Luego de estas reflexiones, miremos hacia atrás. Tomémonos un momento en el cual, den una memoria agradecida, reconozcamos aquellas gracias que Dios obró en nosotros y a lo largo de toda nuestra vida.

1. “No amilanarse de lo más grande y, a la vez, prestar atención a lo pequeño, es divino.”

2. “Como un ángel de luz”. Se refiere a las cosas del maligno con apariencia de buenas, iluminadoras (N. de la E.).

3. “El hombre es el lobo del hombre”. Del poeta latino Plauto, tomada a su vez por el filósofo Thomas Hobbes. Hace referencia al egoísmo del hombre y un supuesto estado de guerra de todos contra todos por defender cada uno lo suyo (N. de la E.).

4. San Ignacio y los primeros compañeros tuvieron muy presentes estos dos proyectos de fe. Y nos enseñaron que el proyecto del mal espíritu divide porque avala el progreso del individualismo y termina con las mediaciones institucionales; e incluso ahoga la religiosidad en el horizonte del Estado. Frente a esto la opción de la Compañía fue sencilla pero contundente: 1) la consolidación de la institución eclesial (cuyo principio y fundamento es el cuarto voto al Papa); 2) la consolidación en la formación de pastores (los Seminarios, los Colegios: el Romano, el Germánico); 3) inicia una evangelización de real inculturación en Asia y América, que frente al particularismo absolutista político o al abstraccionismo protestante, opone el real sentido de universalidad; ese *versus in unum* nacido de la realidad del universal concreto de los pueblos. Es decir, la respuesta de la Iglesia y de la Compañía frente al proyecto del mal espíritu, en su raíz misma es *combativa*. Nuestra fe es combate.

5. “La fe que requiere el entendimiento”.

6. Non disse Cristo al primo suo convento: -Andate e predicate al mondo cience - ma diede il verace fondamento; e quel tanto sono nelle sue guance si ch’a pagnar, per acceder la fede, de l’Evangelio fero scuto e lance. (Paradiso, canto 29, 97-117).

7. Si que le pecorelle, che non sanno, toman del pasco pasciute di vento e non le scusa non veder lo danno. (ibid.).

8. Santa madre Iglesia jerárquica.

9. “El enemigo se hace como mujer en ser flaco por fuerza y fuerte de grado: porque así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo dando huida cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer es muy crecida y tan sin mesura: de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, dando huida sus tentaciones, cuando la persona que se ejercita en la cosas

espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo haciendo el *opposito per diametrum*; y por el contrario, si la persona que se exercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la faz de la tierra como el enemigo de natura humana, en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia” (EE 325).

10. “Asimismo (el enemigo) se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto: porque así como el hombre vano, que hablando a mala parte requiere a una hija de un buen padre, o a una mujer de un buen marido, quiere que sus palabras y suasionen sean secretas; y el contrario le displace mucho, quando la hija al padre o la muger al marido descubre sus vanas palabras y intención depravada, porque fácilmente collige que no podrá salir con la impresa comenzada: de la misma manera, quando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionen a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidos y tenidas en secreto; mas quando las descubre a su buen confessor o a otra persona spiritual, que conozca sus engaños y malicias, mucho le pesa; porque collige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifiestos” (EE 326).

11. E. Pironio, Meditación para tiempos difíciles, p 2.

12. “Se ha restaurado el recuerdo de su pasión” (N. de la E.).

13. *Los primeros tiempos*, de la carta a los Hebreos 10, 32 (N. de la E.).

Segunda parte

Epifanía - Manifestación

Epifanía y Vida

1. Se nos proclama la *entrada de Jesús en el Templo* (Lc 2, 22-40): *en seguida entrará en su Templo*, dice la primera lectura de la liturgia del día (Mal 3, 1-4). Y quien entra en el templo es un hombre, con nuestra carne: *una misma sangre y una misma carne, él también debía participar de esa condición* (Heb 2, 14-18). Es la primera vez, desde la tarde del Génesis, en que *nuestra carne justificada* entra a la casa del Padre. Han pasado siglos, y ahora se cumple la promesa.

2. La ancianidad de un pueblo, significada en Simón y Ana, lo reciben. Perciben que Jesús es algo más que hombre perfecto: es “el Salvador”, Dios. Por eso alaban y dan gloria. Detrás de esa carne saben descubrir la divinidad. Los dos ancianos expresan paciencia y esperanza, fidelidad y proclamación.

3. El Padre espera a su hijo Adán. Hace siglos que lo viene esperando, como el Padre de la parábola (Lc 15, 20). Y sale a su encuentro en la persona del Espíritu que inspira a los dos viejos a hablar, a dar gloria: *se puso a dar gracias a Dios. Y hablaba acerca del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén* (Lc 2, 38). Se cumple aquello de que todo lo oculto será proclamado desde las terrazas (Mc 4, 22; Lc 8, 17; 12, 2).

4. Hay luz en el Templo, porque entra la Luz: *luz para iluminar a las naciones paganas y gloria de tu pueblo Israel* (Lc 2, 32). Es el día de la “candela” que se hará cirio la noche de pascua y sol resplandeciente al final de la historia. Los justos *lumen requirunt lumine* (“a través de una lucecita buscan la Luz”), como dice el himno de la fiesta de Epifanía hablando de los Magos. En el Templo, hoy, se nos adelanta la epifanía final.

5. Los ejercicios tienen una trama progresiva. Hay meditaciones claves que dan la *estructura* del método ignaciano. Por haberlos hecho varias veces conocemos bien esta estructura. El “Principio y Fundamento” nos da la base, la sabiduría de la indiferencia, la metodología del tanto-cuanto a la luz del “más”. La ‘Primera Semana’ nos lleva a dos cosas fundamentales: al conocimiento y aborrecimiento de los pecados, de las raíces y del espíritu mundano, y también a hablar de esto con Jesús “puesto en cruz”. Hay un solo camino seguro para adentrarnos en el laberinto de nuestros pecados: ir agarrados de la mano llagada de Jesús. En la “Segunda Semana” oiremos el llamado a trabajar por el Reino, entenderemos el sentido de la lucha, lo que está en juego, nos adentraremos en el sentido que tiene la única arma que se nos propone para vencer: la humildad, y haremos nuestra elección. En la “Tercera” y “Cuarta Semana” se medita el misterio pascual, y -a través de él- nuestra integración en la comunidad y en la Iglesia. Y también, a su luz, la confirmación de la elección hecha.

6. Todas estas cosas están en las meditaciones que les propondré estos días. Cada uno debe descubrirlas según la inspiración del Espíritu. El hilo conductor de las

meditaciones será el de la *Epifanía*. Meditando el misterio de la *manifestación del Señor* haremos los Ejercicios, y cada uno irá enfocando las meditaciones de acuerdo a lo que sienta en el Señor.

Oración14

¿A quién sostienes en tus manos,
dinos, anciano Simeón,
por qué te sientes tan alegre?
“Porque ya he visto al Salvador.

Este Niño será bandera
y signo de contradicción,
con su muerte, traerá la vida,
por la cruz, la resurrección”.

Jesús, el hijo de María,
es el Hijo eterno de Dios,
la luz que alumbra a las naciones
los caminos de salvación. Amén.

Aguardar la epifanía

1. San Efrén, diácono, en el *Comentario sobre el Diatésseron* (cap. 18, 15-17) nos dice: “El Señor lo ocultó (el tiempo de su venida) para que estemos prevenidos y para que cada uno de nosotros piense que ello puede tener lugar en el propio tiempo... Con la última venida pasará algo semejante a lo que pasó con la primera. . . Pero el que desde toda la eternidad había determinado este día y describió detalladamente las señales que lo precederían, ¿cómo podía ignorarlo? Por ello con aquellas palabras invitó a considerar sus señales, para que, desde entonces y para siempre, las generaciones de todos los siglos pensarán que su venida podría acontecer en su tiempo... en vela, porque *cuando el cuerpo* duerme es nuestra naturaleza la que domina y obramos no guiados por nuestra voluntad, sino por los impulsos de nuestra naturaleza. Y cuando un *pesado sopor*, por ejemplo, *la pusilanimidad o la tristeza*, domina al alma, ésta es *dominada por el enemigo* y, bajo los efectos de ese sopor, hace lo que no quiere. Los impulsos dominan a la naturaleza y el enemigo al alma... Por lo tanto, el Señor recomendó al hombre *la vigilancia de todo su ser*: del cuerpo, para que evitara la somnolencia; del alma, para que evitara la indolencia y la pusilanimidad...”

2. El Señor es “el que viene”, y ésta es la razón por la que nosotros debemos velar y vigilar. Debemos esperar su revelación. Él se manifestará. Revelarse es descubrir algo desconocido, des-esconderse. Manifestarse implica algo de transfiguración: es epifanía. Podemos comenzar esta meditación considerando el cap. 60 de Isaías.

3. El Señor dijo que vendría como ladrón. Estar atento, haciendo lo que se debe. Puede ayudar Mt 24, 42 y Mt 25, 1ss. Las vírgenes podían dormir, pero de tal manera que estuvieran prontas a la mínima señal. Marcos (13, 33-37) nos advierte de cuidar la

puerta.

4. Hay una *vigilancia activa*. Se nos pide hacer unas cosas y no hacer otras. De esta vigilancia activa nace la fidelidad. El infiel se adueña de la cosa encomendada, ya sea para usufructo propio (Mt 21, 33-46), ya sea por mala administración y pereza (Mt 25, 14-30). El siervo fiel y el infiel (Mt 24, 45).

5. La falta de vigilancia y la infidelidad van juntas. Se alimentan mutuamente una a otra. No se acepta la invitación del Señor porque el corazón está apegado a su propio juicio, a su propio espacio interior, a su propio negocio. Los invitados a la boda prefieren su propia fiesta. Y también está el infiel que juega a dos puntas: va a la fiesta pero se reserva el vestido (la posibilidad) de no estar en ella (Mt 22, 1-4).

6. Pero hay una vigilancia que es más que la mera atención: *la vigilancia expectante*. Hay que recurrir a la Escritura para ver a los varones justos, a las mujeres piadosas y al pueblo fiel de Dios con esta esperanza expectante. Juan el Bautista que manda preguntar a Jesús si es él a quién *esperaban* (Mt 11, 3), o José de Arimatea que *aguardaba* (Mc 15, 43), o Simeón (Lc 2, 25) o el pueblo fiel al que hablaba Ana (Lc 2, 38) y que esperaba (Lc 3, 15). Cabe la pregunta si nuestra vigilancia tiene esta dosis de esperanza expectante, *Así lo espero ansiosamente, y no seré defraudado* (Fil 1, 20), o *toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios* (Rom 8, 19) *anhelando la redención de nuestro cuerpo* (8, 23), *esperamos con constancia* (8, 25). Esta expectación tiene la virtud de apurar la venida del reino de Dios, de ahí que san Pedro nos diga: *esperando y acelerando la venida del día del Señor*, y nos aconseje que *mientras esperan esto, procuren vivir de tal manera que él los encuentre en paz, sin mancha ni reproche* (2Pe 3, 12-14).

7. La Escritura nos presenta a Dios mismo con una ilusión expectante respecto de nuestra redención (2Pe 3, 8-9). Anhelar la manifestación de Dios es salir al encuentro de este anhelo paternal de él. Implica para nosotros esta capacidad de vigilia ansiosa y paciente, cuidadosa y fiel, que tiene su instrumento en la oración y el examen de conciencia cotidiano. Implica esperar su *manifestación* (Sant 5, 7-9). Es un anhelo por su venida (2Tim 4, 8); es la espera del gran Dios Jesucristo (Tit 2, 13). Esperar a Cristo, la *manifestación* de Cristo, y no otra cosa.

8. De ahí que la comunidad ruegue a Dios que se revele (Nm 6, 25; 1 Cor 16, 22; Ap 22, 20). Pedir que se manifieste aquél que se manifestó de una vez para siempre anonadado y glorioso por mí. Esta petición nos remite a la esperanza.

Oración

Este es el tiempo en que llegas,
Esposo, tan de repente,
que invitas a los que velan
y olvidas a los que duermen

Mira que estamos alerta,
Esposo, por si vinieras,
y está el corazón velando,
mientras los ojos se duermen.

Danos un puesto a tu mesa,
Amor que a la noche vienes,
antes que la noche acabe
y que la puerta se cierre. Amén.

La manifestación del pecado

1. La manifestación de Jesucristo pone en evidencia la presencia del espíritu del mal, del pecado. Jesús lo dice abiertamente: *El mundo no tiene por qué odiarlos a ustedes; me odia a mí, porque atestiguo contra él que sus obras son malas* (Jn 7, 7). Nadie puede acercarse a la verdad y realidad del pecado si no es por la gracia de Dios, es decir por la manifestación de Jesucristo: *el Hijo de Dios se manifestó para destruir las obras del demonio* (1 Jn 3, 8). Jesús es piedra de contradicción. Su encarnación, su sacrificio provocan que se manifiesten *claramente los pensamientos íntimos de muchos* (Lc 2, 35). La epifanía de Jesucristo, en definitiva, es un juicio: *En esto consiste el juicio: la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas* (Jn 3, 19). Ante su presencia *no hay nada oculto que no deba ser revelado, ni nada secreto que no deba ser conocido* (Lc 12, 2; cfr. Mt 10, 26; Mc 4, 22; Mt 5, 5).

2. En el corazón pecador del hombre, como en un misterioso aferrarse al dominio de lo que Pablo llama “la ley” (cfr. Rom 7, 13), existe un sector oculto que él custodia con singular secreto. Es su vergüenza escondida, su llaga para autotorturarse, su miedo para aferrarse a él, su apego a la muerte rechazando la vida que lo amenaza, y tantas otras cosas más. Cada uno de nosotros conoce dónde está tal zona de su corazón, y muchas veces nos encontramos buscando refugio allí. Nosotros vemos eso nuestro, y creemos que nos basta con verlo. Sin embargo nuestra visión de ese nuestro corazón aprisionado es tenue, miope. Sólo la manifestación del juicio de Jesús pone luz y corrige esa deformación de nuestro ver (y juzgar), para eso vino él al mundo: *He venido a este mundo para un juicio: Para que vean los que no ven y queden ciegos los que ven* (Jn 9, 39). Somos ciegos, impotentes por nosotros mismos de toda visión salvadora. Aferrarnos a tal impotencia significa querer mantener oculta esa zona oscura de nuestro corazón, implica no querer ser salvado, y termina en una ceguera más y más fuerte hasta la definitiva dureza del corazón.

3. Jesús se enfrenta a esta dureza de corazón la cual -según los casos- tomará diversas formas, pero el origen es siempre el mismo: el pecado como velo que embota la inteligencia (cfr. 2Cor 3, 14ss.), como abandono de Dios por la pertinacia de quien no se abre a su gracia salvadora (recuérdese el trágico texto de Rom 1, 18ss), como autosuficiente engaño de quien ha optado, no ya por el pecado, sino por la pertinacia de no querer salir de él aunque las evidencias se impongan con toda su fuerza (Mt 28, 11-15): es que cuando un corazón está acostumbrado a vivir en tinieblas, en su visión adquiere dimensiones de topo, y toda luz lo enceguece. Esta dureza de corazón ya había sido profetizada por Isaías: *Escuchen, sí, pero sin entender; miren bien, pero sin comprender. Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y cierra sus ojos, no sea que vea con sus ojos y oiga con sus oídos, que su corazón comprenda y que se convierta y sane* (Is 6, 9-10ss; cfr. Mt 13, 14ss; Hch 28, 26-27; Jn 12, 40). Muchas veces el temor del corazón lleva a ese endurecimiento y se ponen todos los medios como para mantenerlo: es el drama de Herodes. Sabe de la esperanza de Israel, le son dadas las pautas necesarias como para dejar entrar en su corazón al menos una centella de luz. . . y sin embargo se cierra; recurre a la hipocresía y a la mentira, finalmente al crimen. Muy agudamente lo hace notar san Quodvuldeo en el Sermón N° 2 sobre el símbolo: *necas parvulos corpore, quia te necat timor in corde* (“matas corporalmente a los niños porque a ti te mata el temor en el corazón”). Terrible drama que tendrá su propia herencia décadas más tarde en el corazón vicioso y debilitado de su heredero, una mujer lujuriosa, los vaivenes de una bailarina coqueta, un capricho... y una cabeza sobre la bandeja.

4. En hombres y mujeres que aceptan a Cristo a veces sucede que la dureza de corazón no es tan total. Es más débil y no llegan a cristalizar en el pecado de pertinacia, el pecado contra el Espíritu Santo. Es el caso de los apóstoles a quienes Jesús mismo tiene que llamar la atención por ser *tardos y duros de entendimiento* cuando el hecho de la resurrección (Lc 24, 11) y tantos otros como los de Emaús, o la soledad de Pedro después de haber visto el sepulcro vacío, o el miedo de los encerrados en el cenáculo que creen ver un fantasma, o el positivismo de Tomás. Detrás de esta tenue dureza de corazón también anida un miedo: el miedo a la *desilusión*. *Era tal la alegría y la admiración de los discípulos, que se resistían a creer* (Lc 24, 41). Miedo a que la alegría y gozo que produce toda manifestación del Señor no sea más que efímera ilusión. Tal el caso de los lánguidos y tibios en el servicio de Dios: resultan ser unos pobres temerosos de haber apostado a un fantasma... y, por ello, esa rigidez típica que ata su gozo, enturbia su mirada, minimiza la luz de la epifanía de Jesús.

5. En otros, también tibios y mediocres del espíritu, se da el culto a la *apariencia* como camuflaje de la revelación. Prefieren y buscan *aparecer buenos, revelarse como buenos* (Cfr. Mt 6, 5.16.18; 23,27ss; 2Cor 13, 7) cuando precisamente el Señor es el único bueno que tiene que aparecer para enderezar los caracoleos del corazón enfermizo. Es el drama de la *vanidad*, la vanagloria como luz artificial que muchas veces fascina, pero que no ilumina porque solamente dura lo que la flor de un día. La luz de la epifanía del Señor es la única capaz de iluminar los recovecos pecadores de nuestro corazón con la luz mansa del pesebre, la cual produce el único gozo verdadero: el gozo de sentirse salvado.

6. La revelación del pecado tiene también su historia, y no sólo en el corazón del hombre sino también en las instituciones, en los pueblos, en el mundo entero. La cizaña que nace junto a la plantita de trigo crece hasta el día del Señor, ese día de Cristo al que debe preceder el poder del anticristo (2Tes 2, 2.3.6.8). Será el día de la revelación de la ira de Dios sobre la humanidad pecadora (Rom 1, 18), el día del castigo, cuando se revelará el justo juicio de Dios (Rom 2, 5), el día del fuego (1Cor 3, 13). Allí sobre toda pertinacia y tibieza se dará cumplimiento a la profecía del Apocalipsis (18,23), porque será día de oscuridad: *No volverá a brillar la luz de la lámpara, ni tampoco se escuchará la voz de los recién casados. Porque tus comerciantes eran los grandes de la tierra, y con tus encantos sedujiste a todos los pueblos*. Día de ira y sobremanera amargo, día en que la tiniebla se bastará definitivamente a sí misma, en que la dureza de corazón reconocerá lo irreversible de su ilusa profecía, día grande, en el cual cada corazón humano quedará fijado en la actitud que adoptó durante su vida.

Oración

Transfigúrame, Señor, transfigúrame

Mas no a mí solo,
purifica también
a todos los hijos de tu Padre
que te rezan conmigo o te rezaron,
o que acaso ni una madre tuvieron
que les guiara a balbucir el Padrenuestro.

Transfigúranos, Señor, transfigúranos.

Si acaso no te saben, o te dudan
o te blasfeman, límpiales el rostro

como a ti la Verónica;
descórreles las densas cataratas de sus ojos,
que te vean, Señor, como te veo.

Transfigúralos, Señor, transfigúralos.

La revelación como historia de salvación

1. Nunca podremos explicarnos totalmente el misterioso designio de Dios, quien quiso manifestarse a lo largo de la historia. Un largo camino en el cual los hombres fueron aprendiendo, como niños de su padre, a encontrarse con el rostro de Dios. Cada revelación del Señor no era parcial: en sí misma, misteriosamente, contenía la totalidad del misterio de su designio salvífico. . . pero los hombres fuimos comprendiendo de a poco, parcialmente, debido a la dureza de nuestro corazón, la totalidad del misterio de Dios en Cristo. Lo mismo sucede en nuestra historia personal: el Señor se revela “históricamente”, en el insondable misterio de una persona que busca a Dios, se deja buscar por él, que lo rechaza, le huye. . . es decir, en el misterio histórico de nuestro andar de gracia y pecado.

2. El Señor *en muchas ocasiones y de diversas maneras* (Heb 1, 1) se ha manifestado a los hombres: ha revelado su nombre (Éx 6, 3), sus intenciones (Éx 33, 12), sus caminos (1Re 8, 36; 2Cr 6, 27), sus misterios o secretos (Sal 50, 8; Dn 2, 28-30), su alianza (Sal 24, 8), su poder (Jr 16, 21), su gloria (2Mac 2, 8). A lo largo de toda esa historia *el Señor continuaba manifestándose* (1Sm 3, 21). El Señor manifestaba su salvación, y *esta salvación ha sido el objeto de la búsqueda y la investigación de los profetas que vaticinaron sobre la gracia destinada a ustedes. Ellos trataban de descubrir el tiempo y las circunstancias señaladas por el Espíritu de Cristo, que estaba presente en ellos, y anunciaba anticipadamente los sufrimientos reservados a Cristo y la gloria que les seguiría* (1Pe 1, 10-12). Esta misma historia de la salvación tiene vigencia para nuestra actual vida cristiana, para nuestra pequeña-gran-historia: *Así hemos visto confirmada la palabra de los profetas, y ustedes hacen bien en prestar atención a ella, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro hasta que despunte el día y aparezca el lucero de la mañana en sus corazones* (2Pe 1, 19). El aprender a releer nuestra vida según los hitos de la historia de salvación, nos ayudará a descubrir la revelación que se da en el anuncio evangélico que hemos recibido: *la justicia de Dios, por la fe y para la fe...* (Rom 1, 17), porque así nos fue transmitida, de fe en fe, y gracia por gracia (Jn 1, 16) esa manifestación *atestiguada por la ley y los profetas* (Rom 3, 21). La historia de la revelación de Dios al pueblo elegido nos ofrece, pues, las pautas con las que hemos de mirar y atender a nuestro andar en la fe, precedidos por esa *innumerable nube de testigos* (Heb 12, 1.11) que miraban las promesas, las saludaban desde lejos, porque esperaban la salvación que vendría: la que Dios *había prometido por medio de sus Profetas en las Sagradas Escrituras* (Rom 1, 2). Toda la manifestación de Dios apunta, siempre, a la epifanía de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor.

3. El Dios de nuestros padres no sólo se ha manifestado por medio de palabras y profecías, sino también a través de sus obras: sus hazañas, sus prodigios. La palabra de Dios explicaba el sentido de tales obras, y éstas, a su vez, confirmaban la palabra. De ahí que nuestro Dios del Antiguo Testamento se nos presente también como el “Dios de las grandes gestas”, *Él es tu gloria y tu Dios, y él realizó en tu favor esas tremendas hazañas de que fuiste testigo* (Dt 10, 21). El pueblo reconoce estas hazañas y -por este

reconocimiento- es llevado a la alabanza: *Cada generación celebra tus acciones y le anuncia a las otras tus portentos: ellas hablan del esplendor de tu gloria, y yo también cantaré tus maravillas. Ellas publican tus tremendos prodigios y narran tus grandes proezas* (Sal 145, 4-6s. cfr. también: Is 64, 2; Sal 106, 22; 2Mac 3, 24; 14, 15; 15, 27; Nm 6,25). A través, pues, de la palabra, de las gestas y de la ley, Dios iba conduciendo a su pueblo hacia la manifestación de la única palabra, de la única gesta, de la única ley: *Antes que llegara la fe, estábamos cautivos bajo la custodia de la Ley, en espera de la fe que debía ser revelada. Así, la Ley fue nuestro preceptor hasta la llegada de Cristo, para que fuéramos justificados por la fe* (Gál 3, 23-24.). Si consideráramos la historia de la salvación como cerrada en sí misma como manifestación de gestas, palabras y ley de Dios, pero sin llegar a la plenitud de Cristo, no seríamos capaces de recibir la manifestación definitiva que nos justifica; no seríamos libres. Dios habla y se manifiesta a su pueblo, lo orienta, lo encamina, pero siempre hacia la manifestación definitiva, que será de una vez para siempre, de Cristo, por el cual seremos *realmente libres* (Jn 8, 36).

4. Decía más arriba que nuestra vida, si quiere entrar en la manifestación de Dios, ha de insertarse en esta historia y, más aún, ser releída a la luz de los hitos de esta historia. Allí alcanzará su total explicación y su máxima significación: todo es nuestro, es verdad, pero “nosotros de Cristo y Cristo de Dios”. Una captación de la propia vida, o de la vida de la institución a la que pertenecemos, fuera de la óptica de este señorío nuestro sobre todas las cosas, pero señorío orientado al de Cristo y al de Dios, implicaría un quedarse en la vivencia de actitudes puramente humanas, de criterios mundanos, los cuales siempre están más allá (o más acá) de la sombra del misterio de la cruz. En los relatos de la navidad, Jesús se manifiesta a los sencillos: pastores y sabios humildes (los Magos). En las preferencias de Dios no entran ni los sectores sociales ni la ciencia de este mundo, sino solamente la sencillez y humildad que hace que un hombre, al insertarse en la historia, lo haga como siervo en el “Siervo” único, que es quien da sentido a todo este camino.

5. San Ignacio, al final de los ejercicios, nos propone “traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene, y consecuentemente el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina” (EE 234). Es un trabajo de rastrear las huellas de Dios en mi vida, de ese Dios que quiere dárseme finalmente como herencia, que es *mi herencia*. Siguiendo el consejo de san Ignacio, podremos terminar la oración contemplando a Jesucristo, el Señor, a quien apuntaba toda la manifestación de la promesa, y -bajo la ternura de su mirada- releer nuestra vida, releer la vida de esta institución, sus vaivenes, dificultades, alegrías. . . siguiendo al Deuteronomio (8 2-6): *Acuérdate del largo camino que el Señor, tu Dios, te hizo recorrer por el desierto durante esos cuarenta años. Allí él te afligió y te puso a prueba, para conocer el fondo de tu corazón y ver si eres capaz o no de guardar sus mandamientos. Te afligió y te hizo sentir hambre... La ropa que llevabas puesta no se gastó, ni tampoco se hincharon tus pies durante esos cuarenta años. Reconoce que el Señor, tu Dios, te corrige como un padre a sus hijos. Observa los mandamientos... y témelo.*

Oración

Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
quiero creer.
Te vi, sí, cuando era niño
y en agua me bauticé,

y, limpio de culpa vieja,
sin velos te pude ver ...

Están mis ojos cansados
de tanto ver luz sin ver;
por la oscuridad del mundo,
voy como un ciego que ve.
Tú que diste vista al ciego
y a Nicodemo también,
filtra en mis secas pupilas
dos gotas frescas de fe.

Revelación como misión

1. La epifanía de Dios en Cristo, la revelación de su don, no quedó cerrada con la existencia terrena de Jesús: seguirá transmitiéndose “de fe en fe” a lo largo de la historia por medio de hombres y mujeres quienes, habiéndola asumido en sus propias vidas, se convierten en discípulos y apóstoles para los demás. Pablo le significaba a Timoteo: *tengo presente la sinceridad de tu fe, esa fe que tuvieron tu abuela Loide y tu madre Eunice, y estoy convencido de que tú también tienes* (2Tim 1, 5). Nosotros, hoy, aquí, podemos hablar también de la fe de nuestros padres, podemos recordar a hombres y mujeres que fueron instrumento de Dios para la manifestación de su gracia hacia nosotros; y también podemos mirar hacia adelante y prever a los que serán quienes reciban nuestra misión y nuestro testimonio de esta revelación: nuestros hijos.

2. Cada uno de nosotros puede decir con Pablo: *se complació en revelarme a su Hijo* (Gál 1, 16), pues somos destinatarios de la epifanía de la gloria de Dios en Cristo (cfr. Jn 21, 1), porque místicamente también podemos decir que hemos visto al Señor resucitado en nuestras vidas (cfr. 1Cor 9, 1; 15, 8; 1Cor 15, 11), y somos bienaventurados porque lo vimos y creímos sin verlo físicamente. Podemos decir que - como los discípulos- somos partícipes del *misterio de Cristo, que no fue manifestado a las generaciones pasadas, pero que ahora ha sido revelado por medio del Espíritu a sus santos apóstoles y profetas* (Ef 3, 4-5). De aquí nuestro solemne sentimiento y expresión de acción de gracias a aquél *que tiene el poder de afianzarlos, según la Buena Noticia que yo anuncio, proclamando a Jesucristo, y revelando un misterio que fue guardado en secreto desde la eternidad y que ahora se ha manifestado. Este es el misterio que, por medio de los escritos proféticos y según el designio del Dios eterno, fue dado a conocer a todas las naciones para llevarlas a la obediencia de la fe. ¡A Dios, el único sabio, por Jesucristo, sea la gloria eternamente! Amén* (Rom 16, 25-27).

3. De Cristo mismo, al revelárenos, recibimos la misión de apóstol (cfr. Rom 1, 5), y es el mismo Cristo quien habla y actúa por nuestro intermedio (Rom 15, 18), quien no es débil sino poderoso por medio de la predicación nacida -en nosotros- de la aceptación de su manifestación (2Cor 13, 3). Nosotros participamos, por herencia, de la misión de los discípulos: hacer público lo que se nos ha revelado y lo que Jesús nos ha dicho (Mt 10, 26ss). Quien escucha al discípulo escucha al mismo Jesús (Lc 10, 16) y por ello -en el constituirse en discípulo- se continúa la revelación, la epifanía, el des- escondimiento de Dios. Al discípulo le es prometido el Espíritu de verdad, que dará testimonio, le enseñará todo y lo conducirá a la verdad plena (Jn 14, 26; 15, 26; 16, 13). Y en la *docilidad al Espíritu Santo*, el cual causa toda manifestación (cfr. 1Cor 2, 10), tenemos la seguridad de recibir y transmitir la revelación de Cristo y no de los hombres

(1Tes 2, 13).

4. La epifanía de Dios, cuando es aceptada, nos pone en camino como a Abraham, nos constituye en portadores de ella, en discípulos. Será la estrella de los Magos (Mt 2, 2.7.9ss), o la duda de José (Mt 1, 20), o las admoniciones del ángel en sueños para salvar al niño (Mt 2, 13.19.22), o la noticia recibida por María respecto de la preñez de su prima (Lc 2, 26-38). Pero siempre, este “ser portadores” va más allá del mero hecho de transmitir un mensaje, de contar una historia verdadera o de probar una verdad. La epifanía de Dios, aceptada en nosotros, se hace carne en la vida del discípulo, de tal manera que solamente puede ser transmitida desde esa “encarnación”, es decir, no por palabras de carne y sangre, no por sabiduría humana, sino por el escándalo, la necesidad de la Cruz: sólo puede ser transmitida por el *martyrion*, es decir, *el testimonio*. El discípulo, fundamentalmente, es un testigo: *Yo no lo conocía, pero he venido a bautizar con agua para que él fuera manifestado a Israel... Yo lo he visto y doy testimonio de que él es el Hijo de Dios* (Jn 1, 31ss).

5. Jesús nos pide que la luz de nuestra verdad, es decir nuestro testimonio de ella, alumbre a los hombres a fin de que estos -viendo nuestras buenas obras- glorifiquen al Padre de los cielos (Mt 5, 16ss). Aquí radica lo esencial del ser testigo: provocar la glorificación, la alabanza al Padre, por medio del gozo que arraiga en los corazones de quienes lo ven y lo oyen. El discípulo reedita, de alguna manera, el mismo misterio de la epifanía de Cristo. Por el testimonio que da, se impone como luz que provoca gozo; y *del gozo, a la gloria*. El discípulo es luz, así lo dice Jesús de Juan: *Juan era la lámpara que arde y resplandece, y ustedes han querido gozar un instante de su luz* (Jn 5, 35). La vida del discípulo ha de ser irreprochable, a fin de que esa luz interpele a las tinieblas: *Procedan en todo sin murmuraciones ni discusiones: así serán irreprochables y puros, hijos de Dios sin mancha, en medio de una generación extraviada y pervertida, dentro de la cual ustedes brillan como haces de luz en el mundo* (Fil 2, 14-15).

6. El testimonio del discípulo es la razón de su continuo despojo. Ha de anunciar, confirmar la fe en sus hermanos. Ha de trabajar por provocar el gozo fecundo en el corazón de los hombres y la glorificación del Padre que está en los cielos. Ha de disminuir para que él crezca. Su destino final, si permanece fiel a su vocación de discípulo, ya está signado: *Te aseguro que cuando eras joven, tú mismo te vestías e ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus brazos, y otro te atará y te llevará a donde no quieras* (Jn 21, 18). Y esto no se improvisa... se prepara durante toda una vida.

Oración

Ver a Dios en la criatura,
ver a Dios hecho mortal,
ver en humano portal
la celestial hermosura

Ver llorar a la alegría,
ver tan pobre a la riqueza,
ver tan baja a la grandeza
y ver que Dios lo quería.
¡Gran merced fue en aquel día
la que el hombre recibió!
¡Quién lo viera y fuera yo!

Poner paz en tanta guerra,
calor donde hay tanto frío,
ser de todos lo que es mío,
plantar un cielo en la tierra.
¡Qué misión de escalofrío
la que Dios nos confió!
¡Quién lo hiciera y fuera yo! Amén.

Jesucristo, revelación del padre

1. Toda la historia de la manifestación de Dios, que es historia de salvación para nosotros, alcanza su plenitud en Cristo. Él es quien viene en *la plenitud de los tiempos*. Él es “el revelador” del Padre. Y es él también aquél a quien apuntaba toda la revelación anterior y, por ello, es el sumo secreto que el Padre nos quiere manifestar, porque -al manifestar a Cristo- el Padre, en Cristo, se revela a sí mismo en su misteriosa plenitud.

2. Jesucristo es el *Revelador* definitivo del misterio de Dios. Él anuncia al Padre y lo da a conocer (cf. Jn 1, 18), y lo que él oyó de su Padre lo dice al mundo (Jn 3, 3.32; 8, 26; 15, 15). Porque él es el Hijo Unigénito que viene al mundo y tiene poder pleno y conciencia de su misión de revelador del Padre. Tiene autoridad y la hace sentir: *Todos estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas... Todos quedaron asombrados y se preguntaban unos a otros: ¿Qué es esto? ¡Enseña de una manera nueva, llena de autoridad; da órdenes a los espíritus impuros, y estos le obedecen! Y su fama se extendió rápidamente por todas partes, en toda la región de Galilea* (Mc 1, 22.27-28). Jesús produce asombro en quienes lo oyen y lo ven actuar. Tal fuerza para asombrar nace de su ser mismo, del hecho de ser constituido *todo poder en el cielo y en la tierra* (Mt 28, 18), y, por ello, al revelar el misterio de Dios, divide las opiniones según el corazón de los hombres (cfr. Lc 1, 35). El reflejo de su autoridad de Dios, de Hijo Unigénito, es piedra de contradicción entre los hombres (cfr. Mt 21, 42; Hch 4, 14). Jesucristo -como revelador del misterio trinitario- entrará en la vida de los hombres con una autoridad nunca vista, pero también asumirá en su propia carne el rechazo que su misma revelación obliga a develarse.

3. Al ser *Revelador de Dios* Jesucristo ilumina a todo hombre (Jo,1-9), porque él mismo es *la luz de los hombres* (Jn 1, 4ss; 8, 12). Con la presencia de Jesucristo *se disipan las tinieblas y ya brilla la verdadera luz* (1Jn 2, 8). Pero también aquí se da el drama del rechazo de la luz; esta luz que es la plenitud de la ley y los profetas es también rechazada porque su anuncio se da de manera diferente a la esperada, con pautas distintas a las imaginadas; se explicita en antinomias incomprensibles pero convocadoras. Por ello, la plenitud de los tiempos y la plenitud del mensaje de Dios es anunciado precisamente a quienes tienen menos de plenitud desde el punto de vista humano: a gente sencilla, a los que humildemente guardan sus mandamientos (Jn 14, 21), a pobres pescadores (cfr. Mt 5, 3), a ellos da el conocimiento del Padre que sólo el Hijo puede dar (Mt 11, 27): *El que me ha visto, ha visto al Padre* (Jn 14, 7-9). Más aún, este hecho lo lleva a la *alabanza*: *Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido. Todo me ha sido dado por mi Padre, y*

nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, como nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Lc 10, 21-22).

4. Al consignar estas palabras de Jesús, el evangelio dice que *se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo* (Lc 10, 21). Se trata aquí de la eclosión del gozo interno de la Trinidad que, al manifestarse a los hombres, también *mueve sus corazones en el gozo*, tal como sucedió en el hecho de la visitación (Lc 2, 39-45), el gozo de los pastores (Lc 2, 10-20), el gozo de todo aquél que se acercaba a Jesús con buena voluntad y recibía de él la manifestación de Padre, la Vida (1Jn 1, 2), un gozo que confiere valentía y es casi compulsivo, pues quienes lo viven no pueden dejar de hablar de lo que han visto y oído (Hch 4, 20), gozo que se mantiene aun en medio de la persecución y el castigo: *salieron del Sanedrín, dichosos de haber sido considerados dignos de padecer por el nombre de Jesús* (Hch 5, 41). Gozo que va más allá de los resultados humanos y sobrenaturales, aun milagrosos, y encuentra su plenitud en tener sus nombres escritos en el reino de los cielos (cfr. Lc 10, 17).

San Ignacio, a este gozo, lo llama “consolación espiritual”: “Llamo consolación cuando en el alma se causa alguna moción interior con la cual viene a inflamarse en amor de su Creador y Señor y en consecuencia cuando ninguna cosa creada sobre la faz de la tierra, puede amar en sí, sino en el Creador de todas ellas. Asimismo, cuando lanza lágrimas motivadas a amor de su Señor, ya sea por el dolor de sus pecados, o de la pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza; finalmente llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda *alegría interna* que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, *aquietándola y pacificándola* en su Creador y Señor” (EE 316). Éste sería el estado habitual de quien recibe la manifestación de Jesucristo con disponibilidad y sencillez de corazón.

Aún en medio de las tribulaciones (como el caso de la azotaina de los apóstoles) la consolación espiritual ha de mantenerse en alguna de sus formas... Incluso en la cruz no falta, al fiel receptor de la palabra reveladora, la paz profunda, que es uno de los grados de consolación.

5. Quien escucha la voz de Jesús (cfr. Jn 10, 3.27) se llena de gozo. Pero este gozo tiene una proyección hacia lo definitivo, tal como lo vivió Abraham (Jn 8, 56). Así como Jesús “se llenó de gozo en el Espíritu Santo”, así nuestro gozo por la fuerza del mismo Espíritu aprende a alzar la vista más allá del tiempo. A través del gozo, la historia de nuestra salvación encuentra acceso hacia la gloria de Dios. Y es Jesús quien nos revela la gloria del Padre, a nosotros (Jo 1,14), porque el Padre es glorificado en el Hijo (cfr. Jn 14, 13). De este modo hay que entender el cariñoso pero firme reproche de Jesús a Marta: *¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?* (Jn 11, 40). La gloria de Dios que Cristo manifiesta, como si se le escapara por una rendija (cfr. Jn 2, 11), esa gloria que nos ilumina ahora en esperanza (porque es plenitud de luz), en esperanza de contemplarla definitivamente: *En su mano derecha tenía siete estrellas; de su boca salía una espada de doble filo; y su rostro era como el sol cuando brilla con toda su fuerza* (Ap 1, 16). Cuando cese el tiempo, la manifestación de Dios será toda luz, y luz definitiva no sólo para cada uno de nosotros sino para el mundo también: *la Ciudad no necesita la luz del sol ni de la luna, ya que la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el Cordero* (Ap 21, 23).

6. Decíamos que Jesucristo es no sólo el Revelador sino también *la Suma Revelación del Padre*. La apertura divina a nuestros ojos y oídos (cfr. Nm 22, 31 y lSm 9, 15) tiene su historia de tiempos y maneras que tiende a Cristo y desemboca en él: *Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los Profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora, en este tiempo final, Dios nos habló*

por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo. Él es el resplandor de su gloria y la impronta de su ser. Él sostiene el universo con su Palabra poderosa, y después de realizar la purificación de los pecados, se sentó a la derecha del trono de Dios en lo más alto del cielo (Heb 1, 1-3). Dios nos manifiesta a Cristo. Dios nos salva por su propia iniciativa y por la gracia: esa gracia que nos concedió en Cristo Jesús, desde toda la eternidad, y que ahora se ha revelado en la Manifestación de nuestro Salvador Jesucristo. Porque él destruyó la muerte e hizo brillar la vida incorruptible, mediante la Buena Noticia (2Tim 1, 9-10). En Cristo la gracia de Dios, que es fuente de salvación para todos los hombres, se ha manifestado (Tit 2, 11), se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor a los hombres (Tit 3, 4).

Es el Verbo hecho carne, la palabra de vida (Jn 1, 4; 1Jn 1, 1) que los primeros apóstoles y discípulos han visto y oído, y han tocado con sus manos (cfr. 1Jn 1, 1): por eso son bienaventurados, por ver y oír lo que muchos profetas desearon ver y oír (cfr. Mt 13, 16; 1Pe 1, 12). Pero esta bienaventuranza apunta no tanto al hecho de que ellos hayan podido ver físicamente a Cristo, sino a que es el Padre quien se lo ha revelado (Mt 16, 17). De ahí que el mismo Jesús lo proclame claramente de una manera aparentemente contradictoria: *¡Felices los que creen sin haber visto!* (Jn 20, 29). En esta bienaventuranza entramos todos los que, no confiando en la revelación de la carne y de la sangre (cfr. Mt 16, 17), abrimos nuestro corazón a la suma manifestación del Padre, a su gran don, y nos insertamos en la historia de quienes esperan *contra toda esperanza* (Rom 4, 18), de quienes se dejan conducir por Dios hacia el lugar de la herencia, aun sin saber adónde van (cfr. Heb 11, 8), de quienes se mantienen firmes como si vieran al Invisible (cfr. Heb 11, 27).

7. El don de Cristo que nos hace el Padre es la manifestación de su amor: *Así Dios nos manifestó su amor: envió a su Hijo único al mundo, para que tuviéramos Vida por medio de él* (1Jn 4, 9). Esto es válido para todos nosotros, para quienes somos bienaventurados por no haber visto ni oído, pues la revelación de Cristo es un don del Padre y obra del Espíritu, y se comunica a todo aquél que deja que el mismo Espíritu actúe en su alma (cfr. 1Cor 14, 26.30; Fil 3, 15). El Espíritu conduce a la Verdad (Jn 16, 13). Cristo Jesús, manifestado en la carne, ha venido para todos los tiempos *iluminar a los que están en las tinieblas y en la sombra de la muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz* (Lc 1, 79). Por ello la manifestación de Jesucristo sobrepasará la historia hasta su plenitud más allá del tiempo presente. Allí se dará la definitiva *revelación de Jesucristo, que le fue confiada por Dios para enseñar a sus servidores lo que tiene que suceder pronto* (Ap 1, 1).

Oración

Verbo de Dios, eterna luz divina,
fuente eterna de toda verdad pura,
gloria de Dios, que el cosmos ilumina,
antorcha toda luz en noche oscura.

Palabra eternamente pronunciada
en la mente del Padre, ¡oh regocijo!,
que en el tiempo a los hombres nos fue dada
en el seno de Virgen, hecha Hijo.

Con destellos de luz que Dios envía,
no dejéis de brillar, faros divinos;

de los hombres y pueblos sed su guía,
proclamad la verdad en los caminos. Amén.

La epifanía de la esposa

1. La liturgia de la epifanía del Señor une tres *signos*. En la antífona de las II Vísperas se lee: “Veneramos este día santo honrado por tres prodigios: hoy la estrella condujo a los Magos al pesebre, hoy el agua se convirtió en vino en las bodas de Caná, hoy Cristo fue bautizado por Juan en el Jordán, para salvarnos. Aleluya”. Son *tres manifestaciones*: a las gentes (los Magos), al pueblo de Israel (el bautismo), a sus discípulos (las Bodas de Caná) *del Mesías, Hijo de Dios*. Sin embargo, la liturgia va más allá de una mera unión de los tres misterios: *los relaciona entre sí* en su antífona de Laudes: “Hoy la Iglesia *se ha unido a su celestial Esposo*, porque en el Jordán, Cristo ha lavado los pecados de ella, los Magos acuden con regalos a *las bodas del Rey y los invitados se alegran* por el agua convertida en vino. Aleluya”.

Los tres misterios quedan unidos en una visión esponsalicia: el esposo es Cristo, el Mesías, quien ama a su esposa, la Iglesia, y se entrega por ella (cfr. Ef 5, 25) purificándola en las aguas del bautismo, haciéndola suya. Y se habla de bodas (no ya sólo de nupcias, lo cual podría significar también una promesa: “el prometido” y “la prometida”), y se habla de *fiesta* de bodas a la que *van invitados*, que llevan regalos y que se alegran con el buen vino. Es la epifanía de Cristo, pero no sólo: el hijo del rey, el hijo de Dios que hace suyo a su pueblo y se une a él como esposo con la esposa. Es la epifanía de unas bodas, la epifanía también de la esposa, la santa y pecadora madre Iglesia.

2. A lo largo de la historia de salvación, el matrimonio es concebido como historia de estirpe y de pueblo, como historia de familia, que se basa en el precepto de Dios (Gen 1, 27ss; 2, 24) el cual, es repetido frecuentemente en el NT (cfr. Mc 10, 6; Mt 19, 4; Ef 5, 31). Se habla de *dejar* al padre y a la madre, de *unirse*. Es un ponerse en marcha que supone arrancarse para fundirse, *ser una sola carne*. Sin embargo no todo termina allí: *así fundidos*, hombre-mujer, andarán su propia vida con sus propios vaivenes entre los que no se descarta la ruptura (el adulterio) o la separación (la viudez), y ambos tienden hacia su plenitud. Todo es concebido en etapas: el noviazgo (Adán sueña a Eva antes de conocerla), la boda (tiempo de gozo y alegría) y el ir hacia la plenitud (“que veas a los hijos de tus hijos hasta la tercera y cuarta generación”). Todo esto pasa a *ser símbolo* de la historia de salvación: hay tiempo de espera, de noviazgo, antes de Cristo; tiempo de boda: la presencia terrena del Mesías prometido; un tiempo de separación: la viudez; un tiempo de camino hacia la consumación final: la expectación de la “boda final”, escatológica.

Por un lado, pues, el matrimonio es concebido como historia de estirpe y de pueblo, y por otro como historia del pueblo de Dios toma los símbolos esponsalicios para definirse a sí misma. De ahí que los conceptos neotestamentarios respecto tanto del matrimonio como de la historia de salvación queden insertos en la situación del “ya” (también escatológico) de la presencia de Jesús, tendiendo hacia el “Ya” definitivo de la consumación final.

3. La relación hombre-mujer es tomada como símbolo de la relación Yavé-pueblo y también Jesús-Iglesia. San Pablo cita al profeta Oseas (Rom 9, 25): el pueblo será llamado “amada mía”, es decir la esposa del AT: compañera (Gn 2, 23s) y ayuda

para el hombre (Gn 1, 27; 2, 18b). Israel es la novia o la esposa de Yavé (Jr 2, 2; Is 62, 5), una novia engalanada, restaurada, a la que acuden las gentes de todas partes: *Levanta los ojos y mira a tu alrededor: todos se reúnen y llegan hasta ti. ¡Juro por mi vida – oráculo del Señor– que a todos ellos te los pondrás como un adorno y los lucirás como una novia! (Is, 49-18). Levanta los ojos y mira...*, con estas palabras el Profeta se dirigirá también a Jerusalén, la novia de Dios, su pueblo, al profetizar su epifanía (Is 60, 4). El pueblo se manifiesta como novia, y a él acuden todos como a unas nupcias, a engalanar esas nupcias. Es “la amada” del Cantar de los Cantares, la que el profeta Oseas gustará de presentar repetidamente. La misma imagen se aplicará a la Iglesia respecto de Jesús: *Yo estoy celoso de ustedes con el celo de Dios, porque los he unido al único Esposo, Cristo, para presentarlos a él como una virgen pura (2Cor 11, 2), a ese Cristo que es cabeza de la Iglesia como el marido de la mujer (Ef 5, 22). Ese Cristo que Cristo es la Cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su Cuerpo... Nadie menosprecia a su propio cuerpo, sino que lo alimenta y lo cuida. Así hace Cristo por la Iglesia, 30 por nosotros, que somos los miembros de su Cuerpo (Ef 5, 21-30). Este es un gran misterio: y yo digo que se refiere a Cristo y a la Iglesia (Ef 5, 32).*

4. En las bodas de Caná, fue el primero de los signos de Jesús, manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él (Jn 2, 11). Elige un banquete de bodas y allí adelanta su hora (cf. Jn 2, 4s). En Israel era costumbre celebrar las bodas con un banquete. Y, así como quiso comenzar en un banquete, también el final será un banquete: el de las bodas del Cordero donde se alude a la alianza definitiva de Cristo victorioso con los suyos: *Alegrémonos, regocijémonos y demos gloria a Dios, porque han llegado las bodas del Cordero: su esposa ya se ha preparado, y la han vestido con lino fino de blancura resplandeciente». El lino simboliza las buenas acciones de los santos (Ap 19, 7-8). Es cumplimiento de la profecía de Isaías: El Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos sobre esta montaña un banquete de manjares suculentos, un banquete de vinos añejados, de manjares suculentos, medulosos, de vinos añejados, decantados. Él arrancará sobre esta montaña el velo que cubre a todos los pueblos, el paño tendido sobre todas las naciones. Destruirá la Muerte para siempre; el Señor enjugará las lágrimas de todos los rostros, y borrará sobre toda la tierra el oprobio de su pueblo, porque lo ha dicho él, el Señor (Is 25, 6-9).*

Las mismas narraciones de la última cena hacen referencia a la cena del Mesías, la definitiva, en relación con la muerte de Jesús por su pueblo, su Iglesia: *... hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el Reino de mi Padre (Mt 26, 29). Ustedes son los que han permanecido siempre conmigo en medio de mis pruebas. Por eso yo les confiero la realeza, como mi Padre me la confirió a mí. Y en mi Reino, ustedes comerán y beberán en mi mesa, y se sentarán sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Lc 22, 28-30). Participar en el banquete de bodas del Señor glorioso es decisivo (cfr. Mt 25, 10-13). Será el mismo quien servirá gloriosamente a su pueblo, a su esposa la Iglesia; el, que fue constituido en todo señorío precisamente por haber tomado forma de siervo (cfr. Fil 2, 6-10), él mismo será quien, en la plenitud de su gloria, se gozará en ser siervo de sus siervos, siervo de su Esposa (cfr. Lc 12, 35-38). Aquí está lo decisivo del banquete final: también allí -pero no ya en relación con el pecado (cfr. Heb 10, 18) y la muerte- Cristo se entregará como siervo a su Iglesia, la cuidará y la festejará en su banquete.*

5. Al banquete no va cualquiera sino el que es invitado, y *el invitado* es un bienaventurado: *¡Feliz el que se siente a la mesa en el Reino de Dios! (Lc 14, 15). Muchos son los invitados (Cfr. Mt 22; Lc 14, 16; Mt 20, 16). Los invitados acuden y hay ambiente de alegría: En las bodas, el que se casa es el esposo; pero el amigo del esposo, que está allí y lo escucha, se llena de alegría al oír su voz. Por eso mi gozo es*

ahora perfecto (Jn 3, 29). Se trata de la alegría anunciada ya desde antaño: *Yo desbordo de alegría en el Señor, mi alma se regocija en mi Dios. Porque él me vistió con las vestiduras de la salvación y me envolvió con el manto de la justicia, como un esposo que se ajusta la diadema y como una esposa que se adorna con sus joyas* (Is 61, 10). *Como un joven se casa con una virgen, así te desposará el que te reconstruye; y como la esposa es la alegría de su esposo, así serás tú la alegría de tu Dios* (Is 62, 5; cfr. también Sal 45).

Esta alegría que reina en el banquete tendrá también forma de *culto*, en la Jerusalén definitiva y en el tiempo nuestro de la espera. *Es natural que no ayunen, mientras tienen consigo al esposo* (Mc 2, 19). El *culto* es también *la fiesta* que provoca la presencia del novio: *Jesús les respondió: ¿Acaso los amigos del esposo pueden estar tristes mientras el esposo está con ellos? Llegará el momento en que el esposo les será quitado, y entonces ayunarán* (Mt 9, 15). La alegría reina entre los discípulos, porque Jesús está con ellos: no hay ayuno, sino banquete.

Llama la atención que quien habla de Jesús como novio es precisamente o Jesús mismo o Juan quien lo bautiza en el Jordán (cfr. Jn 3, 29ss). El Bautista, el que da testimonio de él, el que lo llama *Cordero de Dios* (Jn 1, 32-36) es quien lo llama “novio”. Fue testigo del cumplimiento de lo que le había dicho quien lo mandó a bautizar (Jn 1, 33s), vio al Espíritu bajar sobre él, oyó la voz del Padre dando garantías de que él era su Hijo: en su corazón de judío fiel que esperaba las nupcias de su pueblo con el Mesías, contempla en el bautismo del Jordán la epifanía de esas nupcias: el esposo que purifica a la esposa de sus pecados.

6. Recién recordaba el texto en el que Jesús profetiza que el esposo le será arrebatado a la esposa, a los invitados a las bodas. *Días vendrán... y entonces ayunarán* dice Marcos (2, 19ss), o *en aquellos días* según la versión de Lucas (5, 34ss). Al serle *arrebatado el novio*, la esposa llora, queda sola, viuda. Es la manifestación de *la viudez de la Iglesia* que espera la venida definitiva del Esposo. La Iglesia viuda que es perseguida por los depredadores (cfr. Mt 23, 14; Mc 12, 40; Lc 20, 47). La *Iglesia viuda* que sirve al Señor con la oración y el ayuno y que no deja de importunar e interceder por las necesidades suyas y de sus hijos (Lc 18, 3). La Iglesia viuda que da *todo lo que tenía para vivir* (Mc 12, 42; Lc 21, 2) a fin de que todo su trabajo sea *culto* en honor del Esposo a quien ella espera en su corazón. La Iglesia viuda, para quien cada uno de sus hijos son “hijo único”, con el nombre con que los dio a luz en el bautismo, y más “único” cuanto más “muerto” al Reino está... y por eso llora, por ese hijo único (Lc 7, 12).

La imagen de la Iglesia viuda se nos impone, solemne en su dolor y silencio, en la presencia de María junto a la cruz. Ella, que *estaba allí* en Caná de Galilea (Jn 2, 1), *estaba de pie* en el calvario (Jn 19, 25). En Caná, en medio de una boda, había intercedido para que Jesús adelantara su hora; aquí, silenciosa, recibe a sus hijos a cambio del Hijo... y mientras nace la Iglesia del costado abierto de su Hijo, ella da a luz a los hijos de la Iglesia, los cuales desde ese momento son suyos. Es *la hora* del “bautismo” con que Jesús debía ser bautizado (Lc 12, 50), la hora de la angustia por su cumplimiento (ibíd.), la hora de la epifanía de la Iglesia.

7. La Iglesia viuda permanece en oración (Hch 1, 14; 6, 4), predica el evangelio (cfr. Hch 6, 4), atiende a los pobres (Hch 6, 2) en espera del Espíritu que continuamente viene para hacerla fecunda con nuevos hijos, y en espera de su esposo que volverá a las nupcias definitivas. Ha aceptado, en cierta manera, estar separada de su esposo a quien espera ansiosamente: *¡Ven, Señor Jesús!* (Ap 22, 20). Ha aceptado la invitación primera a las bodas.

En cambio, no todos los invitados a la fiesta de bodas han aceptado el llamado.

Más aún: lo han rechazado y han optado por la propia fiesta cuando no por la *antifiesta*. Será o el campo, o el negocio, o la crueldad de quienes *apoderaron de los servidores, los maltrataron y los mataron* (Mt 22, 2-14). *El banquete nupcial está preparado, pero los invitados no eran dignos de él* (ibíd.). Porque no supieron valorarlo en su corazón, no quisieron, y luego no atinaron con el camino de regreso. Valoraron más su campo, sus cinco yuntas de bueyes o su propia boda (la boda consigo mismo, con sus planes, con su egoísmo) (Lc 14, 15-24). Sobre ellos ya pende la condena: *Porque les aseguro que ninguno de los que antes fueron invitados ha de probar mi cena* (Lc 14, 24). No son los amigos del esposo, y no forman parte del pueblo-novia-Iglesia que ama el Señor.

Estos hombres y mujeres no están separados, ellos también plasman una generación, una estirpe: son la *generación malvada y adúltera*, que pide señales de epifanías según los planes humanos, de epifanías esotéricas (cfr. Mt 12, 39; 16, 4); de esta generación adúltera se avergonzará el Hijo del Hombre cuando vuelva para sus bodas definitivas (Mc 8, 38). Una generación que no solamente rechaza la invitación a la fiesta, no solamente exige signos convincentes a su gusto, sino que por la pertinacia organiza su propia antifiesta: serán los que se inspiren en Herodías, que aborrecía a Juan precisamente a causa de un adulterio (Mc 6, 17), y por ello lleva a una superlativa expresión diabólica un banquete carnal; serán los seguidores de Jezabel (Ap 2, 20ss) o de la gran ramera (Ap 17, 1ss) que serán juzgados y rechazados el gran día de la boda definitiva. Ellos, siguiendo a fanáticos falsos doctores, rechazan lo que Dios ha unido (cfr. 1Tim 4, 3) y terminan prostituyendo su cuerpo, haciéndolo miembro de la infidelidad, de la venalidad de sus voluntades, de la prostitución: *el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor es para el cuerpo. Y Dios que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros con su poder. ¿No saben acaso que sus cuerpos son miembros de Cristo? ¿Cómo voy a tomar los miembros de Cristo para convertirlos en miembros de una prostituta? De ninguna manera. ¿No saben que el que se une a una prostituta, se hace un solo cuerpo con ella? Porque dice la Escritura: Los dos serán una sola carne. En cambio, el que se une al Señor se hace un solo espíritu con él. Eviten la fornicación. Cualquier otro pecado cometido por el hombre es exterior a su cuerpo, pero el que fornicar peca contra su propio cuerpo* (1Cor 6, 13-18). Aquí subyace algo más que la evidente parénesis contra la fornicación. Tomando este pecado y ponderando “la fealdad y malicia... (que) tiene en sí” (EE 57), Pablo se desplaza también hacia el símbolo: quien *no es fiel a la invitación al banquete, no es fiel al Esposo*. Por tanto, no será ya miembro del cuerpo de la esposa, la Iglesia, sino miembro de la *prostituta*, es decir, de la “anti-Iglesia”, cuerpo del anti-Cristo.

8. El *adulterio*, aun en deseo (Mt 5, 27ss), siempre ha sido considerado un pecado grave. Es castigado con severidad (Dt 22, 22), porque aparece en conexión con la ruptura de la alianza (cfr. Gen 20, 3ss). De ahí que, a diferencia de otras culturas o religiones, en Israel adquiriera una dimensión pública, puesto que atenta no sólo contra el fundamento y derecho privado del matrimonio, sino contra el derecho divino (Éx 20, 14). Es amenaza contra el fundamento de un pueblo, contra su alianza con Dios. Por ello el castigo lo hace la comunidad y, en caso de sospecha, se somete el asunto a un *juicio de Dios* (Nm 5, 11-31). El adulterio es también incompatible con la esperanza en el reino de Dios (1Cor 6, 9ss), y objeto especial juicio de Dios (cfr. Heb 13, 4). Ésta es la razón por la que toda actitud de duda o diletantismo doctrinal respecto del retorno de Cristo y del juicio (2Pe 3, 3-10) vaya acompañada de un aumento progresivo del libertinaje, del cual el adulterio, además de formar parte, es como un símbolo. “A la soberbia escondida Dios la castiga con lujuria manifiesta”, decían los Padres del Desierto: la soberbia de quien toma distancia de la boda termina por acercarlo a esas listas que Pablo llama *las obras de la carne* (cfr. Gál 5, 19ss; 1, 29ss; Ef 5, 3ss).

Es el *culto de la carne*, es decir, *la idolatría, el paganismo*, del cual se ha de distinguir claramente la comunidad (1Cor 6, 12-20; 5, 9-12). A él se llega por el proceso de mundanización (Sant 4, 4), como fue el caso de Salomón. Y porque el adulterio es figura de la idolatría es delito contra la unión de Dios y su pueblo, de Cristo con su Iglesia (Os 1—3; Jr 3, 8ss; 2, 1ss; Ez 16; 23; Is 50, 1). La alegría fugaz y fascinante de la propia fiesta, del propio plan de salvación, termina en la carencia del gozo escatológico y en una viudez ayuna de esperanza: una viudez sin hijos y sin esposo que volverá, una viudez estéril (Jr 7, 34; 16, 9; Ap 18, 23).

9. El trigo y la cizaña de la Iglesia son las vírgenes sabias y necias (Mt 25, 1ss). Así camina la historia. En medio de nuestra historia, Cristo nos manifiesta su esposa, a su Iglesia, nos invita a sus bodas nos pide que permanezcamos esperándole para participar, nos prepara el buen vino y llama a invitados aun de lejos, nos exige solamente el traje adecuado (i.e. ser purificados por el bautismo con que él santificó a la novia). Tres misterios muy grandes y entrelazados entre sí hacen falta para indicarnos esta epifanía de la Iglesia. Y, sobre estos tres misterios, señera, digna, la presencia de María, madre y figura de la Iglesia, presencia en Caná (Jo, 2-1), presencia en el pesebre recibiendo a los Magos (Mt 2, 11), presencia en el “bautismo” ansiado por Jesús, el de la cruz (Jn 19, 25ss) donde agua y vino juntos, agua de bautismo y vino de sangre, salen del costado de este nuevo Adán (Jn 19, 34) para que nazca la nueva Eva, soñada por él como carne de su carne (Gn 2, 21-24).

Así la quiso él y así la verá cuando se cumpla “su” esperanza. Porque (si nos es permitido hablar así) él también *espera*, como el padre de la parábola (Lc 15, 20) todos los días, verla llegar *embellecida como una novia preparada para recibir a su esposo* (Ap 21, 2), teniendo *la gloria de Dios*, y resplandeciendo *como la más preciosa de las perlas, como una piedra de jaspé cristalino* (Ap 21, 11). Y ella buscará un santuario donde cobijar su pudor expectante, y no lo encontrará *porque su Templo es el Señor Dios todopoderoso y el Cordero. Y la Ciudad no necesita la luz del sol ni de la luna, ya que la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el Cordero. Las naciones caminarán a su luz y los reyes de la tierra le ofrecerán sus tesoros. Sus puertas no se cerrarán durante el día y no existirá la noche en ella. Se le entregará la riqueza y el esplendor de las naciones. Nada impuro podrá entrar en ella, ni tampoco entrarán los que hayan practicado la abominación y el engaño. Únicamente podrán entrar los que estén inscritos en el Libro de la Vida del Cordero* (Ap 21, 22-27). Esto es lo que previó Isaías (60), esto es lo escondido en la estrella de los Magos. Esto es lo manifestado por los cielos abiertos en el bautismo de Jesús, en el agua y el vino del costado nupcial.

Felices los que lavan sus vestiduras (Ap 22, 14) para la boda. *El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!, y el que escucha debe decir: ¡Ven!. Que venga el que tiene sed, y el que quiera, que beba gratuitamente del agua de la vida* (Ap 22, 17). *¡Ven, Señor Jesús!* (Ap 22, 20).

Oración

Iglesia santa, esposa bella,
sal al encuentro del Señor,
adorna y limpia tu morada
y recibe a tu Salvador.

Abre tus brazos a María,
Virgen Madre del Redentor,
puerta del cielo siempre abierta
por la que vino al mundo Dios

Honor y gloria al Padre eterno,
y al Hijo eterno que engendró,
y que, por obra del Espíritu,
de la Virgen Madre nació. Amén.

El camino hacia la manifestación final

1. La historia de la salvación sigue desarrollándose en medio de los hombres. La Iglesia, esposa y viuda, virgen y madre, santa y pecadora, va en camino de las nupcias definitivas (cfr. Ap 21, 2), dando de sí todo lo que posee para vivir (Mc 12, 42; Lc 21, 2). En esta historia, el Señor se manifiesta a cada hombre y mujer, se manifiesta a su Iglesia en medio de las vicisitudes de la vida, las cuales se constituyen siempre de gracia y pecado. La espiga fértil, cargada de trigo, ha crecido junto a la débil y también junto a la cizaña. Y la duda acerca de la manifestación del Señor, acerca de su tiempo o de su autenticidad, no le es ahorrada a nadie. La *perplejidad* aborda tanto al discípulo como al enemigo, y esta perplejidad *siempre* entraña un llamado de Dios a caminar más adelante, a dejarse tocar por la manifestación de la gracia, a permitir el descondimimiento del Señor.

2. El débil y casi derrotado Herodes sintió en su corazón el llamado de la *perplejidad*: *El tetrarca Herodes se enteró de todo lo que pasaba, y estaba muy desconcertado porque algunos decían: Es Juan, que ha resucitado. Otros decían: Es Elías, que se ha aparecido, y otros: Es uno de los antiguos profetas que ha resucitado. Pero Herodes decía: A Juan lo hice decapitar. Entonces, ¿quién es este del que oigo decir semejantes cosas?* (Lc 9, 7-9). Ésta misma perplejidad se dará al final de los tiempos cuando diversas voces indicarán la proximidad del Señor glorioso en tiempos y lugares contradictorios (cfr. Mt 24, 26-30). Juan Bautista, el hombre más grande nacido de mujer, siente *la soledad de su corazón perplejo*. Teme haberse equivocado, y la claridad del anuncio recibido el día del Bautismo (cfr. Jn 1, 32-34) se transforma, ahora en la cárcel, en una duda que lo carcome: “¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?” (Lc 7, 18-23). Él también pasa por el crisol de la duda, la duda sobre toda su vida y sobre su misión. Se humilla, pregunta y acata. Agacha la cabeza... hasta el punto de serle cortada. En el Antiguo Testamento también la perplejidad aparece en los elegidos del Señor para anunciar una salvación: Elías, después de haber triunfado sobre los sacerdotes de Balaam, tiene miedo de la amenaza de una mujer, y se siente perplejo, con ganas de dejarse estar, de morir (cfr. 1Re 19). Necesita del auxilio de Dios para seguir su camino. Tampoco le es ahorrada la perplejidad de reconocer la presencia del Señor en la tormenta, el fuego, el terremoto o la brisa suave. Jonás, el cabeza dura, también tiene ganas de morir porque su perplejidad lo copa totalmente: no entiende que sus previsiones propias (por otra parte previsiones que habían surgido en un primer momento de la palabra de Dios) no sean, en definitiva, las realidades que Dios quiere. Aquí la *perplejidad* tiende a cristalizar en *amargura* (cfr. Jon 4, 3).

3. No hay que confundir la perplejidad con la duda provocada por la *curiosidad* satánica de pretender saber la identidad de Jesús para prevenirse contra él. Saber si es o no el Hijo de Dios, como lo pretendía Satanás en el desierto (Mt 4, 1-11), o los que le invitaban a que bajase de la cruz (Mt 27, 39-44), o los que pedían señales (cfr. Lc 11, 29ss), o los que le proponían cosas difíciles como el problema del tributo al César, de la mujer adúltera, el caso del levirato, etc. Frente a estos, Jesús guarda su secreto mesiánico y, a lo más, les responde con la palabra de Dios tomada de la historia de su

pueblo, o con la misma contradicción que proponen. *El perplejo* siempre tiene una apertura a la salvación de Dios; en cambio *el curioso*, no. Uno siente en su corazón la contrariedad por la búsqueda de la verdad, quizá con un cierto ánimo de asumirla (o al menos un deseo de deseo); el otro la busca para controlarla. El uno pregunta, el otro -en cambio- discute.

4. La *perplejidad y la curiosidad satánica* se encuentran en Jerusalén: los Magos y Herodes. Los que vienen de Oriente lo hacen siguiendo una estrella. Ésta desaparece luego y ellos se encuentran metidos en las intrigas de la corte. Como son sencillos, esto no los toca. Solamente están perplejos pues la estrella no se ve más: la añoran. Y su corazón se llena de inmensa alegría al volverla a encontrar cuando salen de Jerusalén (Mt 2, 10). *El gozo los libra de la perplejidad*, han soportado la prueba y, ahora, se dan el lujo de burlar al tirano (Mt 2, 16). El curioso Herodes se sobresaltó y debe haber armado tanto lío que se sobresaltó *con él a toda Jerusalén* (Mt 2, 3). Curioseosa la verdad, se estuvo informando de todo: tiempo, lugar, para finalmente ungir a los Magos como embajadores suyos a fin de informarle sobre ese niño, para *rendirle homenaje*, es decir, para destruirlo, porque -como Satanás en el desierto- pretendía la verdad sobre el secreto mesiánico a fin de matar al ungido de Dios. Herodes no pudo hacerlo, pero sí Satanás quien, ante la casi seguridad, tramó la muerte, gozó comiéndose el bocado de la carne del Hijo del Hombre sin darse cuenta (como dice un Santo Padre) que con ese bocado se tragaba el anzuelo, se comía el veneno de la divinidad que lo destruiría definitivamente (san Máximo confesor, Abad, PG 90, 1182-1186). La turbación de Herodes se convierte en una terrible furia (Mt, 2-16), la furia del espíritu del mal que durará toda la historia hasta la segunda venida del Señor.

5. El día de la segunda manifestación del Señor, día grande y terrible (Jl 2, 11; 3, 4; Mal 3, 32; Hch 2, 20), será el fin del camino. Allí no habrá ya lugar para la perplejidad. Satanás, la serpiente antigua, el anticristo, será consolidado y, luego destruido por el Kyrios de toda gloria (2Tes 1, 2). La lucha por la fe, que los hombres y mujeres pecadores pero de buena voluntad, llevan adelante todos los días, es un afianzamiento para ese día (cfr. 1Tim 6, 12-14). El día de la parusía será el día de la manifestación definitiva de Cristo. Él aparecerá en la plenitud de su poder (1Cor 1, 7; 2Tes 1, 7). Y aquí también aparecerá, se develará (será epifanía y des-escondimiento) la gloria (la doxa) celestial que hará olvidar los sufrimientos presentes (Rom 8, 18s.). Será el día de la revelación final (cfr. IPe 1, 5ss., 13; 4, 13; 5, 1), la revelación definitiva de esa gloria que ya hemos contemplado, en parte, en la transfiguración de Jesús, en Caná de Galilea, en la mañana de la resurrección.

6. El hombre que conoce momentos de perplejidad se fortalece pensando en “el día del Señor”. Quizás el momento evangélico que más nos encuadre sea el narrado en el cap. 21 de san Juan. Allí se da la “segunda llamada” del Señor. Una vez confirmados en la fe se nos pide seguir andando. En las orillas del mar de Tiberíades (evocación de la primera llamada), con una pesca milagrosa (similar a la anterior de la resurrección), un contexto eucarístico (que recuerda la multiplicación de los panes), los discípulos quizá todavía algo perplejos *re-conocen* al Señor. Y allí Pedro recibe la gracia de la memoria sobre su triple negación. Allí -como en una reedición de Mt 16- hace su triple confesión y recibe la misión y la promesa de su despojo. Cuando uno está *perplejo*, *ha de recordar siempre este momento* y repetirse a sí mismo las palabras salvadoras del Señor: *¿qué te importa? Tú sígueme* (Jn 21, 19-22). Un seguimiento que irá más allá del tiempo, más allá de la propia perplejidad, y se hará súplica humilde, cabeza gacha, obediencia casta en la petición de la Iglesia: “Ven Señor Jesús” (Ap 22, 20). Amén.

Oración

Reyes que venís por ellas,
no busquen estrellas ya,
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

Mirando sus luces bellas,
no sigan la vuestra ya,
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

Aquí paren, que aquí está
quien luz a los cielos da:
Dios es el puerto más cierto,
si han hallado puerto
no busquen estrellas ya.

14. Todas las oraciones son tomadas de la Liturgia de las Horas. (N. de la E.)

Tercera parte

Las cartas a las siete Iglesias

Presencia del señor y alegría ministerial

En este primer día, para ponernos en presencia del Señor, que nos mira y nos ama, tomaremos el comienzo del Apocalipsis, para que la visión del Señor que se le aparece a Juan nos llene los ojos y su voz penetre hasta lo más íntimo de nuestro corazón.

Como dice R. Guardini, “el Apocalipsis es un libro de consolación. No es una teología de la historia o de las postrimerías sino un consuelo que Dios ha querido colocar en las manos de su Iglesia al terminarse los tiempos apostólicos. La Iglesia tiene necesidad de él ya que vivía en la tribulación”¹⁵. ¿Cómo consuela Dios? No lo hace diciendo que “en el fondo, la tribulación no es tan terrible como parece” sino que la considera en todos sus horrores y, por encima de las realidades terrenas, nos muestra el cielo. Nos muestra a Jesucristo que aparece callando y esperando. “Lo ve todo, lo sopesa todo, desde las primeras pulsaciones del corazón hasta los últimos efectos producidos en el transcurso de los acontecimientos y lo inscribe todo en el libro de su ciencia infalible (... Cristo consuela pronunciando) la palabra que pondrá en claro todas las obras humanas en su verdadero valor, el que durará para siempre”¹⁶.

“El consuelo del Señor no aparece en forma de consejos o disquisiciones teológicas, sino en forma de imágenes y acontecimientos simbólicos que deben ser interpretados correctamente. Juan traspone toda la revelación en figuras y símbolos, siguiendo esa ley estética de la Sagrada Escritura en la que todo acontecimiento salvífico toma una figura visible, todo Verbo se hace carne. Sin esta dialéctica entre acontecimiento y visión, nuestra fe no tendría forma humana, sería irracional y espiritualista”¹⁷.

La manera correcta de entrar en estas “figuras” no es la de interpretar alegóricamente cada una o tratar de representárnoslas. Son visiones. Visiones del tipo de las que se dan en nuestros sueños, en los que una impresión o un sentimiento muy fuerte, clarísimo en su pulsión y velado a la vez, suscita figuras y formas de una gran fuerza. “En los sueños es la imaginación de la vida la que trabaja al servicio de su ímpetu oculto; en la visión es el Espíritu de Dios el que reina y da a las imágenes del mundo nuevas formas para expresar en ellas un sentido divino”¹⁸.

Guardini, desde la perspectiva del sueño, nos da la clave para leer el Apocalipsis. Toma la imagen de Juan que llora ante el libro cerrado: *yo me puse a llorar porque nadie era digno de abrir el libro ni de leerlo* (Ap 5, 4). “¿Por qué llora este hombre, con estas lágrimas tan particulares que conmueven lo más profundo de nuestro ser? Podríamos contestar con un razonamiento (...) pero esto no sería ninguna explicación viva... Todo el mundo ha soñado algo parecido a lo que sigue: había algo allí, de pie o echado, tal vez un libro sobre una mesa, pero cerrado. Un presentimiento nos induce a creer que todo, absolutamente todo, depende de que el libro sea abierto. Pero no se abre y nos desesperamos. Si alguien nos preguntara por qué lloramos, mostraríamos el libro y le diríamos: ¿Pero es que no lo ves? ¡El libro no se abre!”. En la visión sucede lo mismo. Pero lo que fluye no es la vida natural con sus impulsos, angustias y esperanzas sino la vida nueva y santa de Dios. “Es ella la que habla y se expresa en las imágenes que surgen”¹⁹.

Por eso la actitud para leer el Apocalipsis es la de “convertirse en oyente atento y dócil al Espíritu, captar las imágenes tal como vienen, penetrar en ellas tanteando sutilmente y ponerse de acuerdo con ellas (cordialmente). Entonces comprenderemos en la medida en que Dios nos lo conceda”²⁰. Leamos lo que el Señor mandó escribir a

Juan, sintiendo que esa es la imagen del sacerdote a quien tenemos el encargo de representar en la tierra: *Me di vuelta para ver de quién era esa voz que me hablaba, y vi siete candelabros de oro, y en medio de ellos, a alguien semejante a un Hijo de hombre, revestido de una larga túnica que estaba ceñida a su pecho con una faja de oro. Su cabeza y sus cabellos tenían la blancura de la lana y de la nieve; sus ojos parecían llamas de fuego; sus pies, bronce fundido en el crisol; y su voz era como el estruendo de grandes cataratas. En su mano derecha tenía siete estrellas; de su boca salía una espada de doble filo; y su rostro era como el sol cuando brilla con toda su fuerza* (Ap 1, 12-16).

La imagen del Señor es la del sacerdote (túnica y ceñidor), anciano (cabello blanco) y joven (pies de metal acrisolado), que está de pie en medio de su Iglesia desplegando su misión sacerdotal. El Señor está en la posición del juez, sólidamente de pie, cuya mirada purifica y atrae como el sol cuando brilla con toda su fuerza; cuya voz se hace oír y discierne como espada de doble filo.

Esta imagen hierática del Señor nos mete miedo. ¿Quién puede decir que lo representa? ¿Quién se imagina así cuando celebra la misa o confiesa? Pero esta imagen mayestática e inaccesible del Señor rompe todo molde cuando habla. Porque lo que dice esa voz que es *como el ruido de muchas aguas* no es ningún oráculo fulminante sino un dulce e imperioso *No temas*. Y el “sacerdote celeste” que parece un fantasma, se convierte en Jesús, el que duerme en nuestra barca, el que camina por las aguas, el que nos parte el pan de la eucaristía, el que nos dice *hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?*

El Verbo, como palabra divina, se asemeja a una tormenta sagrada -como las de las teofanías antiguas en las que Yahvéh se revela como misterio fascinante y tremendo- y como palabra humana se dulcifica hasta llegar a convertirse en esas gotitas que manan silenciosas del corazón traspasado del Señor en la cruz. Por eso al no temas el Señor agrega: *Yo soy el Primero y el Último, el Viviente. Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre* (Ap 1, 17-18). Y aún más: *No temas porque... tengo la llave de la muerte*, de tu muerte, de la de cada uno.

Viendo a este Señor, dejando que se nos haga patente su mensaje en esa tensión entre imágenes y palabras, nos podemos preguntar por nuestra alegría en el ministerio, por nuestro fervor, por nuestras tristezas y preocupaciones. La figura del Señor como símbolo sacraliza, como palabra se aproxima humanamente y humaniza. Nos podemos preguntar cómo consagrarnos, con qué sentimientos damos el perdón de los pecados, y cómo nos aproximamos a la gente en lo cotidiano. ¿Late un mismo amor detrás de todos nuestros gestos? El Señor desactivó todos los mecanismos rituales y sacralizó sólo el Amor que se da en ese *no temas* como palabra y gesto de entrega. Toda tristeza ministerial, todo cansancio, todo secarse de las fuentes del fervor, provienen de una pérdida de contacto con este Señor viviente. La gente nos siente abstractos en nuestros gestos rituales cuando no podemos decirles “soy yo, el que vive contigo, el que se alegra cuando ríes y sufre cuando lloras”. La gente nos siente innecesarios si nuestra compañía fraternal no se transforma en una buena liturgia, si no somos capaces de hacer santo el pan de cada día. Y uno percibe esto, de alguna manera, como esterilidad y va perdiendo la alegría. En esta figura del Señor -que se hace ver y nos habla- está la fuente de la alegría. Esa alegría que nos hace “presbíteros” (ancianos) jóvenes y jóvenes “ancianos” (“qué nadie menosprecie tu juventud” le dice Pablo al “presbítero-epíscopo” Timoteo). Ante él no tenemos que preocuparnos de nuestra muerte, ya que está protegida, asegurada. Él la tiene en sus manos. No será antes ni después, ni de mala manera. ¿No es acaso la preocupación por nuestra muerte -en todas sus formas: las cotidianas y la definitiva- la raíz de esa vejez que atenta contra nuestra alegría?

Carta a la iglesia de Éfeso: *La dulzura de la Cruz*

Nos preguntamos cuál es la desolación de la Iglesia de Éfeso que el Señor quiere curar. Puede ser la de una cierta bronca o agriedad de un carácter que, de tanto tener que “luchar con los malvados”, de “sufrir” y andar “descubriendo engaños”, ha perdido su primera caridad. Éfeso mastica conflictos y el Señor quiere darle a comer del árbol de la vida, de su cruz, que es dulce y suave de llevar. La primera caridad no se recupera en la edad madura como “enamoramiento” sino solo como dulzura de la cruz.

Símbolos de la infinita majestad del Señor: estrellas y candelabros

Cristo consuela a Éfeso mostrándose como el que tiene las siete estrellas en su mano derecha y se pasea entre los siete candelabros. El Señor no solo tiene las llaves de nuestra muerte sino también las *siete estrellas* que son los *ángeles de las siete Iglesias*. Por *ángeles* se entiende los obispos y sacerdotes, los hombres que tienen a su cargo las comunidades, misionados para protegerlas, dirigir las e iluminarlas. Esas “estrellas-ángeles” no sólo significan a los sacerdotes sino que lo “son” realmente. Lo mismo vale para los *candelabros de oro* -esas altas columnas portadoras de luz- entre los que *se pasea el Hijo del Hombre*: son realmente nuestras Iglesias, su vida y su realidad luminosa. Pongámonos también en presencia de nuestra comunidad eclesial, pidiendo al Señor “que se pasee” entre nuestras ovejas, y que nos dé la gracia de convertirnos para que no tenga que remover nuestro candelabro de su lugar.

Conocimiento interno que el Señor tiene de nosotros

Conozco tus obras... debo reprocharte que hayas dejado enfriar el amor que tenías al comienzo.

Con los años, el carácter de las personas, como los vinos, o se añeja o se avinagra. Un anciano alegre, al que sus hijos respetan y buscan su consejo, un abuelo, a quien los nietos visitan con alegría para escuchar sus historias, no se improvisa. Tampoco se improvisa un “viejo” cascarrabias, mañoso, molesto, hurafío..., o un viejo senil, o un viejo inmaduro... Y la preparación de lo que seremos en la tercera edad comienza ahora, con la pregunta por nuestra caridad primera.

Hay en el Apocalipsis un texto acerca del fervor primitivo que se ha extinguido en la comunidad eclesial que puede sernos de utilidad. La iglesia de Éfeso tiene muchos méritos en su haber: buena conducta, fatigas, paciencia en el sufrimiento, afectos ordenados (*no puedes soportar a los malvados*) y buena doctrina (*descubriste el engaño de los falsos apóstoles*). Pero el Señor va más a fondo y con un reproche pone a la iglesia de un golpe ante lo único definitivo: “tengo contra ti que has perdido tu amor de antes” (Ap 2, 4). La misma actitud tiene el Señor con la Iglesia de Laodicea, que es todo lo contrario de la de Éfeso. Laodicea no es *ni fría ni caliente* (Ap 3, 15). Y porque es tibia, el Señor le dice que la “vomitará” de su boca. Laodicea es vanidosa y pagada de sí misma; se cree rica: *soy rico, estoy lleno de bienes y no me falta nada* (Ap 3, 17). El Señor le hace ver su ceguera respecto de lo único importante: *¡Reanima tu fervor y arrepiéntete!* Este reproche proviene del amor: *reprendo a los que amo* y no mira tanto los pecados sino la actitud ante el Señor que viene, que llama a la puerta para nuestra “última cena”.

Podemos decir que, ante lo último, ante el juicio definitivo, ése que sólo pregunta por la caridad, virtudes y defectos secundarios pierden importancia. Ambas

iglesias tienen que convertirse y recuperar la primera caridad, el primer fervor.

Qué significa “recuperar la caridad perdida”. ¿Se trata de volver a los primeros fervores? ¿No es esto un poco ingenuo? El primer amor debe ser recuperado, pero no a golpes de “arrebatos” heroicos, como en la juventud, sino con el único golpe que hace caer un corazón maduro.

Al notar que se han perdido los impulsos de los primeros fervores uno tiende a adoptar diferentes actitudes. Algunos tratan de hacerse una “cirugía estética del alma” y para acercarse a los jóvenes se ponen en onda en cuanto a su manera de vestir y de hablar. Dejando de lado los casos lamentables, se puede decir que esto es a lo más un barniz, que oculta el verdadero desafío. Otros se atan a las prácticas externas y se endurecen en una postura “seria” que huele a fariseísmo y a renuncia. Más allá de las cuestiones de hábito -entre los de sotana y los de vaquero-, que reflejan una postura interior, lo que se juega es algo más interior, que puede verse en nuestra actitud ante el trabajo.

La pérdida del primer fervor lleva a algunos a una especie de huida fervorosa en lo que podríamos llamar “tareas secundarias”. La crisis de la mitad de la vida es una invitación del Señor a profundizar en las virtudes teologales. La huida se manifiesta como huida a las virtudes “secundarias”: unos se dan a lo social con un empeño que los aparta de las formas litúrgicas convencionales. Otros en cambio se vuelven pulcros en lo que a ritos se refiere. Pero en ambos casos esto no basta para enfrentar el verdadero desafío. La primera caridad debe sufrir una conversión: que implica “concentrarse sólo en Jesucristo”.

Se trata pues de fijar la mirada en Jesucristo *acuérdate de Jesucristo* (2Tim 2, 8). Pero en el Jesucristo que *endureció su rostro* y puso su mirada en Jerusalén. Ese Jesucristo que se encamina decididamente hacia su elevación, a la cruz y al cielo, como nos dice Lc 9, 51. Porque *si hemos muerto con él, viviremos con él* (2Tim 2, 11). Poner la mirada en nuestra propia muerte y en nuestra resurrección hace que nuestra vida cambie su centro. El eje ya no está en lo que “podríamos hacer” sino en lo que el Señor ha hecho de nosotros, integrando lo que dejamos de lado, y en lo que hará.

Hay un pasaje del evangelio que puede ilustrar mejor que nuestras reflexiones lo que queremos decir: es el pasaje en que María, presintiendo la muerte del Señor, lo unge con el perfume de nardo y seca sus pies con sus cabellos. Judas, al ver esto, se irrita y lanza el reproche agrio que toma a los pobres como excusa (Jn 12). Lo que para María es expresión gozosa de su amor a Jesús, es para Judas motivo de tristeza, mezclada de fastidio e irritación. El que ya no comparte la amistad con Jesús, no puede compartir los mismos sentimientos de la amistad. Peor aún, tiene sentimientos contrarios: de acedia. La acedia de Judas contra María Magdalena muestra la hilacha de un corazón que interpreta mal los tiempos del Señor. La actitud de Judas toca el centro de toda acedia. Judas tiene una “idea” de lo que hay que hacer, una idea que se independiza del Jesús viviente que tiene delante, cuyo tiempo está por terminar, que sigue dando lecciones con su vida misma, encaminada decididamente hacia la cruz. Esta desubicación se proyecta en María, la que ama al Señor, aquella cuyo amor la ubica en la posición correcta: la del alma que adora de rodillas y reza con lágrimas.

Anuncio y promesa de una plenitud definitiva: comer del árbol de la vida

El que pueda entender, que entienda lo que el Espíritu dice a las Iglesias: al vencedor, le daré de comer del árbol de la vida, que se encuentra en el Paraíso de Dios. El árbol de la vida es el que está plantado en la plaza de la Jerusalén celeste, en medio de la cual fluye el río de agua de vida, claro como el cristal y que brota del trono de Dios y del Cordero. A sus márgenes hay árboles de vida que fructificaban doce

veces al año, una vez por mes, y sus hojas servían para curar a los pueblos (Ap 22, 1-2).

La promesa de la vida nos ensancha el corazón, lo cual es el remedio contra la acedia, la tristeza y la ira, que lo angostan. San Ignacio hace notar en sus reglas de discernimiento que el arma que usa el demonio contra el gozo y la alegría espirituales es de orden intelectual. El demonio suscita pensamientos que son “falacias y razones aparentes”, tanto más peligrosos cuanto más verdad contienen. En la vida espiritual hay que defender el gozo contra las razones aparentes, contra los que tienen *discusiones y de vanas polémicas. De allí nacen la envidia, la discordia, los insultos, las sospechas malignas y los conflictos interminables* (1Tim 6, 4-5). Contra las “ideas” que ofuscan y angostan (angustian) el corazón, el remedio es ensancharlo afectivamente, con la sana doctrina que recuerda la caridad de Jesucristo: *atenerse a los preceptos saludables de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad* (1 Tim 6, 3). Esta doctrina no es otra que la de la dulzura de la Cruz, la única que quiere “saber” (saborear) Pablo: *no quise saber nada, fuera de Jesucristo, y Jesucristo crucificado* (1Cor 2, 2).

Ensanchar el corazón implica una aceptación reflexiva del propio carácter, incluso de los pecados, para conformarnos enteramente con el corazón del Señor. El anciano, el hombre maduro es el que no deja que las ideas que “hay en el ambiente” - exterior o interior- lleven sus emociones de las narices, sino que se anima a sentir todo aquello que conmueve su corazón y aguanta las tensiones y los diversos estados de ánimo serenamente, con una actitud de discernimiento, alegre de llevar sobre sus espaldas los sufrimientos de Cristo.

Carta a la iglesia de esmirna: *la brevedad del tiempo*

¿Cuál es la desolación de la Iglesia de Esmirna? Esmirna no se ha agriado como Éfeso: sabe sufrir bien pero puede ser que el demonio le meta miedo, como a Pedro sobre las aguas, haciéndole sentir que los sufrimientos durarán mucho. Por eso el Señor la consuela mostrando que está ahí nomás, que el sufrimiento será breve (“diez días”), que en él lo primero y lo último, la muerte y la vida, van juntos y el tiempo intermedio pasa como un suspiro. *El Señor tu Dios es un Dios compasivo, no te dejará ni te destruirá.*

Símbolo de la infinita majestad del Señor: el primero y el último, el que estuvo muerto y revivió

El Señor se presenta a Esmirna como el primero y el último, el que estuvo muerto y revivió. La Iglesia está sufriendo tribulación y el Señor la consuela mostrándose como el que posee la vida y dispone de ella como de algo propio. Y esa posesión señorea por sobre la duración de los sufrimientos haciéndolos breves, “nada” en comparación con el peso de la gloria prometida (la corona). Él es el Logos²¹ que *al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios... Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de todo lo que existe. En ella estaba la vida* (Jn 1, 1). Tanto las personas como los acontecimientos consisten en su fondo en una palabra. El Logos, como palabra creadora, está en el núcleo más íntimo de cada acontecimiento, aún de los más terribles. Sin él no existirían. Por eso es que las tribulaciones no pueden amedrentar al cristiano ni hacerle sentir que hay algo que no tiene sentido. Él es el Hijo que *da la vida al que él quiere* (Jn 5, 21). El Señor que da sentido a todas las cosas desde la eternidad -como Alfa y Omega- también quiso darles

sentido desde adentro, tomando nuestra carne y asumiendo nuestra historia humana: el es el que estuvo muerto y revivió. Él es el sumo sacerdote fiel y compasivo que:

Dirigió durante su vida terrena súplicas y plegarias, con fuertes gritos y lágrimas, a aquel que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su humilde sumisión. Y, aunque era Hijo de Dios, aprendió por medio de sus propios sufrimientos qué significa obedecer. De este modo, él alcanzó la perfección y llegó a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen (Heb 5, 7-9).

Conocimiento y juicio del Señor sobre los que son fieles

Este sumo sacerdote fiel y compasivo es quien consuela a Esmirna haciéndole sentir que conoce su *tribulación y su pobreza* a las que valora como riqueza *-aunque eres rica-*. Él conoce que lo que se dice de su Iglesia son “calumnias” y que los que se llaman judíos son en realidad “sinagoga de Satanás”. Él muestra a su Iglesia que tiene la medida de sus sufrimientos: la tribulación a la que el Demonio someterá a algunos -que serán encarcelados- durará *diez días* (un breve espacio de tiempo). La situación de Esmirna, para los ojos humanos, es un desastre: pobreza, calumnias, encumbramiento de una sinagoga de Satanás y cárcel para los que son fieles. A los ojos del Señor, en cambio, es una Iglesia inmensamente rica, que se mantiene en la verdad en medio de calumnias y que se purifica y consolida resistiendo tentaciones y tribulaciones.

Invitación a la perseverancia y promesa de una plenitud infinita

Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida. Esa corona es aquella de que habla Pablo a los Corintios: *Los atletas se privan de todo, y lo hacen para obtener una corona que se marchita; nosotros, en cambio, por una corona incorruptible. Así, yo corro, pero no sin saber adónde; peleo, no como el que da golpes en el aire. Al contrario, castigo mi cuerpo y lo tengo sometido, no sea que, después de haber predicado a los demás, yo mismo quede descalificado (1Cor 9, 25-27).*

En los que sufren tribulaciones la tentación es el cansancio. La persistencia del mal hace que uno pierda la noción del tiempo y “corra a la ventura” dando “golpes en el vacío”. Es frecuente, cuando una persecución dura mucho, que uno se vaya mimetizando con el enemigo. El ámbito de la guerra -que es guerra de Dios- se reduce al ámbito de las escaramuzas en las que nos mete el enemigo. No se mira la meta ni la propia estrategia de carrera sino al contrincante ocasional que el enemigo manda para desgastarnos en un tramo difícil. Una señal es que uno maltrata y termina pegando a gente que no tiene nada que ver -a enemigos menores- con una fuerza que tendría que reservarse para el verdadero enemigo. Como el Amo tarda en llegar, uno se convierte en el mayordomo que *se dedica a golpear a sus compañeros, a comer y a beber con los borrachos, cuando la vocación es ser el servidor fiel y previsor, a quien el Señor ha puesto al frente de su personal, para distribuir el alimento en el momento oportuno (Mt 24, 45-50).* Contra esta tentación el Señor promete la *corona de la vida*, esa que los ancianos *arrojan* incesantemente ante el trono del Cordero (Ap 4, 11). Esas coronas simbolizan el gobierno del mundo que viene de Dios y debe volver a él. El príncipe de este mundo usurpa ese poder y a los que no logra reclutar ni vencer trata de hacerlos pelear en su campo y con sus armas, de modo que combatan como si la lucha fuera suya. Aunque uno quiera la corona para arrojarla a los pies del trono del Cordero, cuando la lucha se estira, se cuelan actitudes que revelan una ambición “transitoria” pero extendida. Son señales de esta infidelidad: chismear acerca del enemigo en vez de rezar y buscar la voluntad de Dios para la propia vida; pelear espacios a los amigos en vez de enfrentar al enemigo; discutir quién es el mayor en el batallón en vez de agruparse en torno al jefe del ejército y servir a los iguales; preocuparse por la cizaña en

charlas de café en vez de agachar el lomo para cuidar el trigo de la propia parcela; en las treguas adoptar el mismo estilo del enemigo: ser un vago pero de una causa grande; aprovechar la guerra para realizar negocios propios... El Señor nos invita a ser fieles hasta la muerte en lo grande y en lo pequeño.

Carta a la iglesia de pérgamo: *la verdad como fidelidad combativa*

La desolación de Pérgamo proviene de una especie de gula y de lujuria espiritual que la lleva a comer y saborear doctrinas extrañas. Hay división en ella que, por un lado “tiene” mártires que han sido totalmente fieles y por otro lado, “mantiene” a los que profesan falsas doctrinas. El Señor la consuela amenazándola con la Verdad, con la palabra como espada que sale de su boca. Y la invita a comer el maná escondido, a alimentarse sólo con el pan de la Verdad, a saborear su relación de intimidad y exclusividad con el Señor y no caer en la mundanidad espiritual. Mantener es propio de los superiores. La carta a Pérgamo se dirige a los que la conducen y les muestra el escándalo que provocan en sus súbditos fieles al no combatir decididamente a los que usan la Iglesia para sus intereses.

Símbolo de la majestad infinita del Señor:
la espada aguda de dos filos

Cristo se manifiesta a la Iglesia de Pérgamo como *el que tiene la espada aguda de dos filos*. Hay otro texto del Apocalipsis en que el Señor se muestra así:

Luego vi el cielo abierto y apareció un caballo blanco. Su Jinete se llama Fiel y Veraz; él juzga y combate con justicia [...] Lleva escrito un nombre que solamente él conoce y está vestido con un manto teñido de sangre. Su nombre es: La Palabra de Dios [...] De su boca sale una espada afilada, para herir a los pueblos paganos. Él los regirá con un cetro de hierro y pisará los racimos en la cuba de la ardiente ira del Dios todopoderoso. En su manto y en su muslo lleva escrito este nombre: Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19, 11-16).

El Señor combate con la espada de doble filo, su palabra, que es la verdad. Una característica de la verdad es la fidelidad (emeth) y en torno a la fidelidad se juega la suerte de la Iglesia de Pérgamo. Ella es fiel al nombre del Señor, tiene un mártir, Antipas, el testigo fiel, como modelo salido de la comunidad. Y su tentación es ser infiel en algunas cosas: *tiene adictos a la doctrina de Balaam y de los nicolaítas*. El Señor quiere una fidelidad total y la Iglesia negocia con algunas doctrinas de moda, como hicieron los israelitas que fueron inducidos a la idolatría por medio de las hijas de Moab (Nm 31, 16). Satanás ataca a la Iglesia por su parte más débil (cuestiones de carne inmolada a los ídolos y fornicación) pero lo que está en juego es la integridad de la fe, la verdad plena a la que hay que ser fiel.

El Señor es el fiel y el veraz y sin embargo pareciera que su palabra carece de poder, pues su pueblo se deja endulzar los oídos con otras doctrinas. Guardini dice que la verdad constituye el fundamento de la existencia y el pan del espíritu, pero en el espacio de la historia humana está separada del poder. La verdad vale, el poder coacciona. La verdad carece de potencia inmediata y tiene menos poder cuanto más noble es. Las verdades inferiores tienen todavía cierta potencia porque confirman de alguna manera las tendencias y necesidades; recordemos, por ejemplo, las que atañen a nuestras necesidades vitales inmediatas. Cuanto más elevada es una verdad, menor es su

fuerza dominadora y el espíritu ha de abrirse con más libertad para captarla. Cuanto más noble es una verdad, más fácilmente es relegada y aun ridiculizada por las realidades groseras; y ha de contar más con la caballeridad del espíritu.

Esto vale para la verdad en general pero más particularmente para la verdad santa. Esta corre siempre el riesgo del escándalo. Al entrar en el mundo deja su omnipotencia en su umbral para presentarse en la debilidad de la “forma de esclavo”. Y eso no ocurre solamente porque, siendo la de jerarquía más elevada, ha de ser, según la ley de que acabamos de hablar, la menos potente, sino porque viene de la gracia y el amor de Dios para invitar al hombre pecador a la conversión, con lo cual le invita también a revolverse contra ella (...) Pero un día la verdad y el poder formarán una unidad. La verdad tendrá tanto poder cuanto vale y se merece. Cuánto más elevada esté en la esfera de lo inteligible, más potente será su reinado (...) Ahora puede subsistir la mentira, porque la verdad es débil; de la misma manera que puede existir el pecado, porque Dios deja a nuestra voluntad un espacio incomprensible en el cual ésta puede rebelarse contra él. Pero en cuanto la verdad se convierta en potencia la mentira no podrá existir porque todo estará lleno de verdad. La mentira será alejada del dominio del ser y no subsistirá más que bajo una forma inexpresable: la condenación. Pero, ¡qué liberación para aquel que quiere la verdad y para aquello que, en nuestro interior, tiende hacia la verdad! Será una experiencia parecida a la del hombre que está a punto de asfixiarse y que llega súbitamente al aire libre. Todo el ser florecerá, será libre y hermoso. Hermoso puesto que la belleza es el esplendor de la verdad que ser torna realidad. He aquí la victoria que alcanzará Cristo mediante “la espada de su boca”.

Promesa de plenitud en una comunión plena con el Señor: maná escondido y piedrita blanca con el nombre nuevo

Al vencedor le daré el maná escondido y la piedrita blanca con el nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe.

El maná escondido es Jesús mismo que se entrega al hombre en la eucaristía, beatificándolo. La verdad de Dios es el pan del alma. En la forma de este pan, el Señor se entrega de forma misteriosa y total, creando una relación de comunión íntima con el que le es fiel.

El nombre nuevo es también señal de una relación personal. Una característica del Apocalipsis son las multitudes, las masas apocalípticas de gente, de santos, de ángeles: *oí la voz de una multitud de Ángeles que estaban alrededor del trono, de los Seres Vivientes y de los Ancianos. Su número se contaba por miles y millones* (Ap. 5, 11).

Estas masas no hacen que se pierda de vista al individuo. Las cartas van dirigidas personalmente a cada Iglesia y el Señor habla en singular: al que venciere, mantente fiel, arrepíentete, conviértete... El pasaje de la piedrita blanca con el nombre nuevo, que sólo conocen Dios y el alma que la recibe, es de una gran intimidad. Sucede a veces que una persona, inspirada por el amor, da a otra un nombre particular, que expresa lo que le gusta y lo que ama en ella. De seguro que no querría que este nombre se hiciese público: sólo debe existir entre él y la persona amada. La piedrita lleva inscrito el nombre con el cual Dios creador expresa el ser -irrepetible, personal, único- del hombre amado. Ésta es la intimidad apocalíptica, en la que cada miembro de las multitudes inmensas tiene su trato personal con su Señor.

La fidelidad siempre es personal: tiene nombre propio, gestos y códigos únicos para cada persona. Las personas son el valor más alto y por encima de ellas no existe ningún reino ideal de valores. Por eso, el que no es fiel a personas concretas, en el fondo, aunque sea bajo pretexto de servir a “ideales”, se es fiel a sí mismo -como

persona que se juega por los ideales que ve o proyecta-. Lo único que cura la infidelidad –idolatrías- es la relación personal con el Señor, en la eucaristía -donde se nos entrega él mismo en persona y en la oración, esa oración en la que nos dejamos nombrar por el nombre que nos pone el Señor, nombre que es el de nuestra misión indisolublemente ligada a nuestro nombre propio.

Carta a la iglesia de Tiatira:
*guardar las obras de dios y no vender
la heredad*

La desolación de Tiatira está en lo súbditos, que “toleran” a la falsa profetisa Jezabel y se le “ahijan”. La imagen de Jezabel nos recuerda a Nabot, que muere mártir por no vender su heredad. El Señor consuela mostrando que el verdadero poder no se da a los que negocian con los poderes de turno sino a los que “guardan sus obras hasta el fin”.

Símbolo de la infinita majestad del Señor: Hijo de Dios, ojos como llama de fuego y pies de metal precioso

Cristo se presenta a Tiatira como el Hijo de Dios, cuyos ojos son como llama de fuego y cuyos pies parecen de metal precioso.

No se puede mirar de frente a uno que tiene ojos como llamas de fuego. Sólo se puede adorarlo y dejarse mirar por él que es quien “sondea los riñones y los corazones y dará a cada uno según sus obras”. El Señor es el Vidente: todas las cosas están delante de él, son vistas y juzgadas por él.

Jezabel es la gran Ramera, que seduce y enseña a fornicar y a adorar ídolos (Ap 17). Es la que se *se emborrachaba con la sangre de los santos y de los testigos de Jesús* (Ap 17, 6) como sucedió con el martirio de Nabot, el hombre fiel que no vendió su viña (1Re 21). En el Apocalipsis se oponen las dos mujeres: la que da a luz al Hijo y la que se embriaga con su sangre, la Esposa y la prostituta, la que sirve al Señor y la que sirve a la Bestia. Mujeres que se proyectan en ciudades: Jerusalén y Babilonia, la que baja del Cielo como una novia y la que es incendiada y hundida en el mar (Ap 18, 21).

Los pies acrisolados recuerdan la estatua que soñó Nabucodonosor, cuyos pies eran mezcla de arcilla y hierro, señal de fragilidad y división (Dn 2, 41-43). Las “obras del Señor” deben ser guardadas indivisas y con fidelidad. Al que las guarde así, el Señor le dará poder sobre las naciones a las que regirá con cetro de hierro como quebrantan las piezas de arcilla.

Estos símbolos nos hacen ver que el Señor habla a Tiatira acerca de su reino. El reino él lo ha recibido de su Padre y no tolera divisiones ni sectarismos. El Señor lo escudriña con sus ojos como llamas de fuego y lo mantiene íntegro y firme. Por eso no impone otra carga que *conservar firmemente lo que ya poseen, hasta que yo vuelva*.

Carta a la iglesia de sardes:
la pertenencia y el rescoldo de la fe

La desolación de Sardes es la de la Iglesia que ha pecado gravemente, ha negociado, mantiene el nombre pero está muerta por dentro.

Símbolos de la majestad del Señor: los siete espíritus y las siete estrellas

El Señor consuela a Sardes mostrándose como el que tiene los siete espíritus y las siete estrellas. Estos espíritus y estrellas son las iglesias mismas, su realidad espiritual y luminosa, que está en las manos del Señor. El Señor apela a la pertenencia. Para ello le recuerda la hora de la muerte y el juicio, la memoria de la palabra que le fue predicada, volver a los que han permanecido fieles y promete mantenerse fiel. El Señor mira el rescoldo que siempre queda en el corazón cristiano, no apaga la mecha que aún humea.

Reanimar la pertenencia. Hacer presente nuestra muerte

Permanece alerta y reanima lo que todavía puedes rescatar de la muerte... Porque llegaré como un ladrón. Estas frases nos recuerdan las parábolas escatológicas. Estén preparados, ceñidos y con las lámparas encendidas. Sean como los hombres que esperan el regreso de su señor, que fue a una boda... si el dueño de casa supiera a qué hora va a llegar el ladrón, no dejaría perforar las paredes de su casa. Ustedes también estén preparados, porque el Hijo del Hombre llegará a la hora menos pensada (Lc 12, 35-40; cfr. Mt 24, 42 ss.).

Hacer presente el juicio

El Señor invita a examinar nuestras obras y no las apariencias (*aparentemente vives, pero en realidad estás muerto... veo que tu conducta no es perfecta delante de mi Dios*). El Señor es nuestro abogado ante el Padre y se jugará por nosotros, pero necesita mostrar obras de caridad que pesen en el juicio: *Porque tuve hambre y me diste de comer...*

Recordar la palabra

Recuerda cómo has recibido y escuchado la Palabra. Esta frase nos recuerda la carta de Pablo a Timoteo: Por eso te recomiendo que reavives el don de Dios que has recibido por la imposición de mis manos... Toma como norma las saludables lecciones de fe y de amor a Cristo Jesús que has escuchado de mí. Conserva lo que se te ha confiado... Acuérdate de Jesucristo, que resucitó de entre los muertos (2Tim 1—2).

Volver a los fieles

Suele suceder que en el camino de la infidelidad no sólo se traicionan ideales sino personas concretas. Quedan en el camino los que nos predicaron la fe, los que nos formaron bien, los que se mantienen fieles al Señor. Y a veces no sólo quedan de lado sino que los combatimos ferozmente, cargando sobre ellos la culpa que no nos animamos a asumir. El Señor señala a Sardes que hay en ella algunos que han mantenido vivo el rescoldo de la fe y que son sus compañeros, los *que no han manchado su ropa*. Las vestiduras blancas hay que ir a pedírselas a ellos: al “resto de Israel”, ese resto que es el pueblo fiel de Dios en su conjunto y algunos hombres santos que lo personifican. *¿Quiénes son y de dónde vienen los que están revestidos de túnicas blancas?. Yo le respondí: Tú lo sabes, señor. Y él me dijo: Estos son los que vienen de la gran tribulación; ellos han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios y le rinden culto día y noche en su Templo. El que está sentado en el trono habitará con ellos: nunca más padecerán hambre ni sed, ni serán agobiados por el sol o el calor. Porque el Cordero que está en medio del trono será su Pastor y los conducirá hacia los manantiales de agua viva. Y Dios secará toda lágrima de sus ojos (Ap 7, 13ss).*

Recuperar el respeto

Recuperar la pertenencia y la propia historia significa recuperar el respeto. Sardes ha perdido el respeto por sí misma y es la más indigna entre las otras iglesias. Puede ayudarnos a meditar un poco sobre el respeto.

Una señal de que un sacerdote ha madurado bien, se ha convertido en “presbítero” sin perder juventud ni alegría en su ministerio puede verse reflexionando acerca del respeto. Respeto viene del latín *re-spicere*, mirar dos veces. Lo tomamos tanto como actitud de los demás ante el sacerdote -cuando lo miran dos veces, es decir, cuando se nota su presencia, cuando se lo busca para pedir consejo, cuando se lo imita- como a la actitud del propio sacerdote, ante sí mismo, ante los demás, ante las cosas y ante Dios.

El que “respeto” mira dos veces antes de hablar y de actuar, pondera, aguanta... no se deja llevar por la emotividad. El respeto es lo contrario de esa tentación de los ancianos que suscitan menosprecio porque se los ve fundamentalmente “chochos”, sumidos en su inundo, arrastrados por sus estados de ánimo cambiantes. Pero también es lo contrario de aquellos que hacen la farsa del respeto: los que en su ancianidad siguen metidos en las luchas por el poder, los que hablan mal de todo el mundo y no se juegan sino por sí mismos, los que adoptan una pose respetable pero en el fondo siguen a merced de las tentaciones primarias o han sucumbido a las dos más espirituales: la de la vanagloria y el orgullo. “Tienes nombre de vivo pero estás muerto”.

Nos centramos ahora en el respeto ante los demás, mirando especialmente la actitud ante los más jóvenes, puesto que en la relación padre-abuelo/hijos es donde mejor se muestra si el anciano ha superado la crisis o si ha huido de ella.

Se puede engañar a los demás respecto de la relación que uno tiene con Dios. Una postura piadosa, una liturgia celebrada con cara de unción, el breviario abierto y entre las manos cuando alguien entra en la pieza, pueden ser posturas adquiridas, máscaras que se han pegado tan bien al rostro que hasta la propia persona se cree piadosa y respetable.

Se puede tener un aire digno ante las cosas, manejando las propias avideces con moderación (lo cual a veces no es virtud sino miedo a la enfermedad y un seguimiento hipocondríaco de los consejos médicos), sublimando la sensualidad y refinándola exquisitamente de modo que se acarician almas en vez de cuerpos y el franeleo toma el nombre de dirección espiritual. También se puede llegar a saber sobrellevar las propias ñañas de la vejez con donaire, tener modales pausados y no mostrar las emociones ni dejar que se trasluzcan los estados de ánimo. Un ánimo parejo puede ser también una máscara, o más que máscara una coraza y no sólo externa sino de esas que sofocan toda tormenta interior antes de que nazca.

Pero en la relación con los más jóvenes, con los hijos, es donde la “respetabilidad” no puede ser fingida. Existe en los jóvenes una especie de sexto sentido ante los mayores que hace que a algunos se los respete y se los sienta cercanos, se los trate con cariño, se los busque y se les pida consejo, se les abra el corazón en confesión y dé gusto sentarse a su mesa. En cambio a otros, los jóvenes se les burlan o los ignoran, ni se les pasa por la cabeza acercarse espontáneamente, se los respeta sólo formalmente... Aunque no lo formulen matizadamente hay una tendencia a la cercanía o a alejarse que sale por los poros de la piel.

Se “pesca” al que no quiere soltar la manija, al que le interesa cuidar su imagen, al que no se juega ni muestra el corazón cuando se da una charla más personal, al que es egoísta, al que miente, al que dice a todos que sí para no quemarse cuando en realidad está chamuscado por entero... En el fondo lo que se “pesca” es al que no quiere transmitir ninguna herencia. Y esto se debe a que no la posee. Solamente la ha administrado y para su provecho, por eso no tiene nada que transmitir y si pierde la

administración se queda sin nada. Es el que se cree vivo del Apocalipsis pero en realidad está muerto. Dios no se ha interiorizado en su corazón. Lo sigue viendo con mentalidad adolescente, como alguien exterior, que le perdonará sus “pecados” o pecaditos -todos tenemos-, pero no ha descubierto al Dios que le reclama su corazón.

Pablo, en su relación con Timoteo, es el prototipo del anciano, que está a punto de ser *derramado como una libación* (2Tim 4, 6) que sabe dejar su herencia a un joven. Pablo comienza su carta diciéndole: *al acordarme de tus lágrimas* (cuando se despidieron en Éfeso), *siento un gran deseo de verte, para que mi felicidad sea completa* (2Tim 1, 4). Pablo es el anciano, que en el atardecer de su vida, en el que todo es lucha y persecuciones, mantiene dos cosas: su vocación, la fe incommovible en Aquel que lo llamó *para anunciar la promesa de Vida que está en Cristo Jesús*, y su paternidad: Timoteo es *su hijo muy querido, de quien se acuerda de día y de noche* en sus oraciones, a quien exhorta a mantenerse fiel.

La alegría es el signo de que nuestro corazón está ante su bien. Y el bien último de nuestro corazón no consiste en el dominio de ninguna situación -de lo que se dice o se hace en nuestro ambiente, o de lo que sucede en nuestro interior- sino en el amor a las personas concretas -el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, nuestra Señora y nuestros prójimos- por encima de las cuales no existe ningún reino ideal de valores que merezca nuestros afanes. Por eso, cuando nos preguntamos por nuestra alegría ministerial, no tenemos que hacer la pregunta en términos de eficacia ni de ascética ni de cantidades sino que tenemos que mirar las fuentes de la alegría que son los corazones. Y las preguntas pueden ser dos, si estamos ya listos para “ser derramados en libación”, si nos vamos convirtiendo en hostia pura inmaculada y santa para entrar en nuestro Dios, y si estamos cuidando bien nuestra herencia -los hijos que nos han sido dados-, preparándolos para recibir la antorcha

Carta a la iglesia de Filadelfia: *no perder la corona*

La carta a Filadelfia respira victoria por todos los poros, la única advertencia es la de “no perder la corona”. Aunque parezca mentira tenemos cierta resistencia a la consolación. Cuando abunda nos asusta, vienen los falsos temores. Pero no se trata de tener coronita sino de que resplandezca la gloria de Dios.

Símbolos de la majestad del Señor: el Santo y el Veraz, la llave de David

El Señor consuela a Filadelfia empujándola a una apertura total. La santidad y la verdad abren todas las puertas y el Señor es el que tiene esa llave, la que abre legítimamente la puerta de la Gloria.

No perder la corona

Corran, entonces, de manera que lo ganen (el premio, la corona), dice Pablo. El Señor abre un camino victorioso a Filadelfia: nadie podrá cerrar la puerta que el abrió - esa puerta que es él mismo *Yo soy la puerta* (Jn 10, 7), puerta abierta al apostolado como le sucedió a Pablo en su marcha expansiva (Cfr. Hch 14, 27; 1Cor 16, 9; 2Cor 1, 12; Col 4, 3)-; los enemigos son puestos a los pies de Filadelfia; se le promete “protección en la tribulación”. Dentro del conjunto de las Iglesias, Filadelfia es modelo de gozo y de éxito apostólico. Junto con Esmirna son las dos Iglesias enteramente fieles. Pero mientras a Esmirna le toca aguantar con fortaleza y paciencia (*hypomoné*), a

Filadelfia le toca ir al frente, vencer, reinar. Y esto también tiene sus tentaciones. Como les pasó a los apóstoles, que de tanta alegría ante el Señor resucitado no terminaban de creer y se quedaban perplejos, dudando o mirando al cielo, cuando lo que tenían que hacer era salir a evangelizar. La puerta que abre el Señor no se puede cerrar, pero hay que entrar y salir por ella y no quedarse estático por falsa humildad. Hay que negociar los talentos, poner la lámpara en el candelero, no esconder la ciudad iluminada. Practicar las buenas obras para que los hombres crean. Salir del cenáculo donde estamos encerrados por miedo al qué dirán. Lo que el Señor corona no se puede “desacralizar” ni “secularizar”. Lo que el Señor establece como columna no se puede mover, hay que “mantenerlo firme” y no salir del Santuario (para hacer “turismo religioso”). Los nombres de Dios se graban todos en Filadelfia, que significa “amor de hermanos”, pues en ese amor se resume todo lo escrito en la ley y los profetas y es el único signo que podemos dar para que el mundo crea.

Aun con “poco poder”, Filadelfia no se achicó cuando el Señor le abrió la puerta. Ante los mentirosos, el Señor la exhorta a confesar la verdad, a no tener falsa piedad. Sin tapujos tiene que tenerlos a sus pies y decir que ella tenía razón, que el Señor la ha amado todo el tiempo en que fue perseguida. Y en los castigos que sufran los demás no tiene que tener vergüenza de que el Señor la proteja. Es que Filadelfia es la Iglesia del amor entre hermanos y esto no se puede disminuir ni ocultar. Al contrario, tiene que brillar en toda su pureza y con toda su fuerza. Lo que es amor es amor y punto. Está totalmente protegido y garantizado por el Señor. Otras cosas, como la paciencia de Éfeso, su capacidad de discernimiento, son relativas. También lo son los pecados de Pérgamo -que mantiene una división por no jugarse-, de Tiatira -que tolera por conveniencia a los falsos profetas-, de Sardes -que se hace la viva pero está muerta... Pero el amor entre hermanos, la caridad primera, es absoluta y el Señor la bendice con todos los premios. No hay lugar para posturas intermedias ante Filadelfia: el que no la ama y la sigue la envidia. El Señor está con ella, quién la criticará. Habrá tenido sus pecados y sus fallas, pero el Señor ni se los nombra. Ella poseerá todo: el nombre del Padre, el nombre de la Esposa, la nueva Jerusalén y el nombre íntimo de Jesucristo.

Carta a la iglesia de Laodicea: *la verdadera amistad*

La desolación de Laodicea (*laon, dike* = juicio de los pueblos) radica en su tibieza. Que en el fondo esconde un gran egoísmo, fruto quizás de no haber saboreado la verdadera amistad. El Señor la consuela mostrando que su amistad es fuerte, tanto para corregir como para premiar.

La iglesia “light”

Laodicea es la iglesia “light”. El Señor amenaza a Laodicea con vomitarla de su boca. La reprende duramente porque “la ama”, porque quiere venir a “cenar” con ella y sentarla con él en su trono. Se ve que Laodicea es una iglesia querida, el Señor la quiere “consigo”: “cenaré con él y él conmigo”, le concederé “sentarse conmigo en mi trono”. La reprende porque la ama.

La palabra “vómito” es una de esas que se graban en la memoria. El Señor refuerza su condena diciendo algo terrible: “ojala fueras frío o caliente”. El vómito implica un engaño. Se vomita lo que se comió con ansia y en cantidad y resultó que estaba malo. Como cuando a uno le dan un mate al que se le da un buen sorbo,

confiado, y resulta que estaba tibio. Uno se tragó algo (a alguien) que se hizo pasar por bueno y luego el estómago lo rechaza. El estómago del Señor es bueno y resulta difícil pensar que pueda vomitar algo el que se animó a beber hasta hiel en la Cruz. Estos reproches se hacen a alguien muy querido. Sólo a un gran amigo uno le puede decir “prefiero tu odio a tu tibieza”. De un extraño nos llama la atención un odio exagerado o un agradecimiento grande. En cambio en los amigos lo que llama la atención es la tibieza. Ese es el gran pecado contra la amistad. La actitud de tibieza esconde a un “oportunista”. El oportunista es el “eterno perplejo”, aquél que siempre está en duda si jugarse o no. Siempre espera (porque está haciendo sus cálculos). Es irreprochable: “no se molesta” por nada. Es un egoísta que ama las cosas (“soy rico, nada me falta”) y se sirve de las personas, en vez de amar a las personas (“si alguno me abre la puerta...”) y servirse de las cosas (te aconsejo que me compres oro acrisolado, para que te enriquezcas, vestidos blancos para que te cubras, colirio para que recobres la vista).

La tibieza es lo contrario del testimonio. Por eso el Señor se presenta como el Amén, el “testigo fiel y veraz”, el que no deja lugar para la perplejidad porque ha sembrado buena semilla en su campo, él es el “principio de las creaturas de Dios”. Por eso no soporta las máscaras y falsedades, las dudas eternas de los que no se dejan corregir (amar).

Nos tenemos que preguntar cuáles son las señales de que el Señor nos vainita de su boca, porque se trata de dejarse corregir ahora y no esperar al juicio final.

Vomitando la gracia

Una señal es la de recaer en las mismas faltas sin verdadero arrepentimiento: “el perro vuelve a su vómito”. Nos sentimos cómodos en la tibieza del vómito. No aguantamos la gracia y apenas el Señor nos llena el alma con su amor, que recibimos gustosos, nos empachamos y lo vomitamos para volver a empezar. Nuestra alma regurgita las “falsas doctrinas” y no tolera la verdadera. Apenas nos dicen una palabra fuerte saltamos como señora que se hace la fina.

Vomitando a los que dan testimonio

Otra señal es rodearse de tibios y alejarse de los que nos pueden corregir. El tibio no soporta el testimonio de los santos: “el fuego que sale de su boca y devora a los enemigos” (Ap 11, 5). El que no reza sus broncas las vomita (proyecta) en los demás.”

Vómito demoníaco

Todo vomitar las cosas de Dios tiene su raíz en el vómito del Demonio: “La serpiente vomitó de su boca detrás de la Mujer como un río de agua para arrastrarla con su corriente. Pero la tierra vino en auxilio de la mujer; abrió la tierra su boca y se tragó el río vomitado de la boca de la serpiente. Entonces, despechada la serpiente contra la Mujer se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos..., los que mantienen el testimonio de Jesús” (Ap 12, 15-17).

Vomitando la gracia es lo contrario de “mantener el testimonio”. Vomitar contra los otros es lo contrario de acusarse a sí mismo para ser justificado por el Señor.

15. R. GUARDINI, I, El Señor II, Madrid, 1958, págs. 315 ss.

16. Ibid. págs. 317-318.

17. Cfr. H. U. Von BALTHASAR, Revelación y belleza, en: Verbum Caro, Madrid, 1964, pág. 153.

18. El Señor..., pág. 321.

19. *Ibíd.* págs. 322-323.
20. *Ibíd* pág. 324.
21. “Palabra” en griego (N. de la E.).

Cuarta parte

Nuestra carne en oración
No se avergüencen de su propia carne (Is 58, 7)

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria (Mt 25, 31). Porque vendrá y nosotros lo esperamos. Cuando vuelva el Rey... (Lc 19, 15). Son muchas las parábolas de Jesús en las que se nos habla de esta “venida”. Vendrá en gloria... pero esa gloria no borrarán la otra realidad la primera, cuando fue *manifestado en carne* (2Jn 7). El Señor no es sólo espíritu: *Tóquenme y vean. Un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que yo tengo* (Lc 24, 39). Y este Señor resucitado vendrá, al fin de los tiempos, en carne. Se acercará a nosotros, de quienes dice la Escritura que toda carne verá la gloria de Dios (cf. Is 60) y se acercará en carne gloriosa. Ese Verbo que *se hizo carne* (Jn 1, 14) no nos va a juzgar no según las pautas de una ética abstracta o meramente “espiritual”, sino en base a la misma pauta que surge del camino que él hizo y que él mismo nos trazó. Nos va a juzgar sobre si supimos acercarnos a “toda carne”, reconociendo en ella al Verbo de Dios.

El Verbo hecho carne redime la carne de pecado por medio de su pasión, es decir, asumiendo el dolor de toda carne. Jesús se acerca bien a toda carne dolorosa, paga la hipoteca con su propia carne (cfr. Col 2, 14). No *sigue de largo* (Lc 10, 31ss), es el buen samaritano. Nosotros seremos juzgados sobre este acercarnos bien a toda carne dolorosa, sobre el “hacernos prójimos” de toda carne.

Muchos no se acercaron: dieron un rodeo como el levita o el sacerdote de la parábola (Lc 10, 31ss). Otros se acercaron mal, intelectualizaron el dolor se refugiaron en lugares comunes (“la vida es así”), o embotaron su mirada con preferencias selectivas, o engrosaron la jauría de quienes le ponen cosmético a la vida... Y así podríamos seguir describiendo actitudes.

Acercarse bien a toda carne sufriente es abrir el corazón, dejarse *conmover*, tocar la llaga, cargar al herido; es también pagar los dos denarios y finalmente salir garante de lo que se gaste de más. Seremos juzgados por esto. Y para poder “entender” todo lo que esto significa (porque la real significación se capta con la inteligencia, con el corazón y con las actitudes) hay que permitir que crezcan en nuestra vida maneras de pensar, de sentir y de proceder que impliquen:

- amar la justicia con sed de desierto,
- preferir la riqueza de la pobreza más que la pauperización que produce toda riqueza mundana,
- abrir el corazón con mansedumbre más que afilarlo con la agresión,
- amasar la paz, valor superior a toda guerra y a todo irenismo prescindente,
- animarse a la mirada pura, la que sale del corazón puro, evitando caer en la rapiña ávida que atesora (Mt 23, 16 ss).

Y todo esto, en concreto, acercándonos bien a la carne, a la carne que tiene hambre y sed, a la carne que está enferma y herida, a la carne que está purgando su falta en la prisión, a la carne que no tiene con qué vestirse, a la carne que sabe del amargo corroer de la soledad nacida del menosprecio.

Cuando vuelva el Rey... El mismo Rey glorioso es el *Cordero degollado*, el que se animó a acercarse a toda carne sufriente. Y, al final de los tiempos, solamente tendrá acceso a la contemplación de la realeza de esta Carne glorificada, quien supo reconocerla y acercarse bien cuando su gloria estaba oculta en la suciedad y la llaga, que provocan el alejamiento e incluso el desprecio, cuando su gloria estaba oculta *acampando entre nosotros* (Jn 1, 14) en la persona de los hermanos. *Les aseguro que*

cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo... Les aseguro que cada vez que no lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron conmigo (Mt 25, 40ss.).

Lo que se propone es una direccionalidad de vida. Y, si contemplamos al Verbo oculto en toda carne, nosotros —carne también— seremos colmados de contemplación toda carne verá la gloria de Dios. Se trata de preparar nuestra carne para esta visión, nuestra carne que será glorificada, la misma con la que nos animamos a contemplar al Verbo de Dios en el prójimo: *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida...* (1Jn 1, 1).

Preparar nuestra carne para esta contemplación -además de servir al prójimo- supone ponerla en presencia de Dios, someterla a la acción del Verbo y del Espíritu para gloria del Padre; encaminarla hacia el servicio que deshilacha y cansa: tornarla pobre, caminante, en éxodo... Todo esto que supone el poner nuestra carne “en presencia de Dios” es orar. La oración será la que nos va a guiar por el camino, fácil y difícil a la vez, de reconocer al Verbo en toda carne sufriente y de entregar nuestra carne a la voluntad de Dios para vivir *según el Espíritu*. La oración es la que nos preparará los ojos para la contemplación de la persona del Verbo venido en carne, gloriosa, cuando nos juzgue sobre el haberlo reconocido precisamente en la carne.

Para orar y profundizar

Un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y se conmovió. Entonces se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al dueño del albergue, diciéndole: Cuidalo, y lo que gastes de más, te lo pagaré al volver. ¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado por los ladrones? (Lc 10, 33-36).

Abraham: alejarse bien.

Ponerse en camino de oración

Poner nuestra carne en camino de oración implica saber salir de sí mismo y de lo propio. Saber salir bien, lo cual no es huida ni dispersión, sino verdadero “éxodo” hacia el Padre, hacia la tierra prometida, hacia la descendencia... y esto, muchas veces, equivale a un exilio forzado: *Junto a los ríos de Babilonia, nos sentábamos a llorar, acordándonos de Sión. En los sauces de las orillas teníamos colgadas nuestras cítaras (Sal 137, 1-2).* En la salida de sí mismo se da el encuentro con la carne de nuestros hermanos, a la que nos acercamos por, el servicio y en torno a la cual se dan conflictos que debemos llevar a la oración.

Abraham es el prototipo del que sale de sí mismo, de su tierra, y camina “de acampada en acampada” (Gn 13, 3) hacia la tierra prometida. Torna su carne exiliada, caminante, pobre, en éxodo. Aun en la vida nómade, sin posesión permanente, se dan conflictos en torno a la posesión, a la posesión de la tierra, en tomo a esa dimensión de “sedentario” que también toda vida nómade conoce: es el deseo de aprisionar el camino en un oasis, de cantar canciones de la patria en medio del exilio, de aproximar el horizonte en la ilusión de poseerlo con la miopía de nuestra mezquindad. Me hace acordar a esos curas que, cuando los nombran en un puesto directivo lo primero que hacen es remozar la oficina, cambiar las secretarías, alfombrar el piso, encortinar y ponerse todos los aparatos de un ejecutivo: se arman un hábitat. Todo esto genera conflicto: un conflicto en torno a la posesión. Le sucede a Abraham, nuestro padre en el

salir de sí mismo para recibir el don de Dios: *no había espacio suficiente para que pudieran habitar juntos* (Gn 13, 6). Para que no haya conflictos, Abraham invita a Lot a “alejarse bien”: *¿No tienes todo el país por delante? Sepárate de mí* (v.9). Y lo deja elegir la mejor parte, pues la suya se la reserva el Señor, que lo recompensará abundantemente: *Levanta los ojos, y desde el lugar donde estás, mira... toda la tierra que alcanzas a ver, te la daré* (vv. 14-15). La promesa de la tierra se perpetúa en el tiempo: la descendencia (v. 16).

El que se pone en éxodo de sí mismo ha hecho, de movida, una opción: prefiere el tiempo al espacio. Ha jugado al tiempo... y éste se abre, siempre, en el horizonte de la eternidad: no conoce “contenciones”. Pero este andar en el tiempo esconde también sus trampas... y sucede que a veces camuflamos el espacio bajo especie de tiempo. Creemos “andar en éxodo”, en la dimensión del tiempo, que siempre es dominio de Dios (es “el Mensajero de Dios” decía el Beato Pedro Fabro) y, sin tomar plena conciencia, armamos recintos de posesión: el “momento”, vivido como algo absoluto o con cierta dosis de definitividad, no es más que la transformación de tiempo en espacio. Allí ya no está Dios, acampamos nosotros: es nuestra oficina de ejecutivos engañosamente disfrazada de camino peregrinante. Nos movemos ya “sedentarios”... en nuestro dominio. Y -como toda reducción de realidades- es violenta y forzada... nuestro espacio, en el que nos creemos señores que andamos en camino, no es otra cosa que laberinto. Creemos estar en el tiempo del camino... y no hacemos más que dar vueltas en el “momento” de la instalación con ansias inconscientes de futuribles Ariadnas²² que nos liberen: es el remordimiento que se acaracola en la ficción del camino.

Los límites de nuestra carne son origen de todo conflicto que se agudiza por la posesión del espacio. Yavé va enseñando a Abraham a salir de su hábitat, renunciando a la posesión de la tierra por la que camina, la cual le es dada enteramente en la promesa. Lo que espacialmente es exilio conlleva la fuerza de la patria en la promesa, lo cual lo vuelve a Abraham un caminante siempre abierto a nuevas acampadas.

Lot elige la mejor parte, pero junto con la posesión de la tierra hereda su contradicción: “los habitantes de Sodoma eran muy malos y pecadores contra Yavé” (03). También la mujer de Lot queda atrapada por el espacio: no sabe alejarse bien y mira “atrás” convirtiéndose en un poste de sal (Gn 19, 26). Sobre este “mirar atrás” hay mucho que hablar. La Escritura nos lo pone ante los ojos en la mala nostalgia del pueblo de Israel en el desierto: los ajos y las cebollas de Egipto (Éx 16, 3; 14, 11-12) y Jesús mismo lo proclama como signo de ineptitud para el Reino (cfr. Lc 9, 62). Es otra manera de “sedentarizarse”, esta vez por medio de la memoria. Esta sufre una metamorfosis maligna: en vez de ser el punto de referencia continuo de la elección gratuita de Dios (los “acuérdate” del Deuteronomio (cfr. Dt 5, 15; 8, 2ss; 32, 7), etc.) o celebración cotidiana de la pasión y resurrección de Jesucristo (cfr. Lc 22, 19; Cor 11, 24-25) se transforma en nostalgia seductora que reclama una vuelta hacia atrás: aquí se originan los diversos tipos de lamentos de aquellos nómades que no aceptan ser nómades en el Señor. San Juan de la Cruz nos hablará de la purificación de la memoria.

Abraham se acerca bien a la persona de Lot y le deja la tierra. Lot, en cambio, por cierta mezquindad o gula terrenal en la que proyecta su ambición de futuro -y su mujer la nostalgia por el terreno perdido- queda sujeto a las tribulaciones de la carne, de ese “espacio” en el que están Sodoma y Gomorra, cuyo pecado era pecado de la carne justamente.

Para orar y profundizar

Mientras iban caminando, alguien le dijo a Jesús: ¡Te seguiré adonde vayas!. Jesús le respondió: Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, pero el

Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza... Otro le dijo: Te seguiré, Señor, pero permíteme antes despedirme de los míos. Jesús le respondió: El que ha puesto la mano en el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios (Lc 9, 57-58.61-62).

El sometimiento de nuestra carne: *El camino obediencial de la oración*

Dice una teóloga de nuestro tiempo que “en el fondo todo diálogo con Dios es una situación de precariedad, una compensación para una comunicación y un acuerdo más profundo. Si no hubiéramos pecado resultaría obvio para nosotros amar a Dios y responder a sus palabras”. Precisamente después del pecado original se da una pregunta de Dios al hombre: ¿dónde estás? (Gn 3, 9). Aquí comienza la historia de este diálogo que nosotros llamamos oración. En la oración Dios nos da a posibilidad de acercarnos nuevamente a él, porque él pregunta por nosotros, nos llama. Acabamos de ver que ese acercamiento tendrá que darse por el camino de la carne (cfr. el buen samaritano que “se acercó”, el mismo Verbo de Dios que se acercó y “se hizo carne”).

En el acercamiento del Verbo de Dios se da, fundamentalmente, un núcleo de obediencia: *Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz (Fil 2, 6-8).* Esta misma obediencia -referida a la encarnación- se expresa en forma de oración en la carta los Hebreos citando el Salmo 40: *Entonces dije: Aquí estoy, yo vengo –como está escrito de mí en el libro de la Ley– para hacer, Dios, tu voluntad. (Heb 10, 7).* Se trata del “aquí estoy” de Abraham (Gn 22, 1) que llega a su plenitud en el *pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya (Mc 14, 36)* de Getsemaní: en ambos casos la carne es requerida para ser despojada, para pasar por el crisol del menosprecio, del peregrinar, del desprecio, de la humillación. Es la línea obediencial del mandato primero de *ganarás el pan con el sudor de tu frente* del primer diálogo con Dios. Y aquí, el pan que se gana, pasa por el sudor obediencial de la humillación y el despojo. *Adán ¿dónde estás?... Aquí estoy Abraham, heme aquí... Abba –Padre– todo te es posible: aleja de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

Si observamos atentamente vemos que esta oración está ligada íntimamente a la obediencia de una misión. En la oración Jesús descubre (digámoslo así) o más bien re-explica su propia misión: Mc 1, 38; Lc 4, 42-43; Mc 6, 46; Jn 6, 15 y Getsemaní como vimos recién. En la oración san Pablo encuentra la eficacia de su misión apostólica (2Cor 1, 11; Rom 10, 1; 2Tes 3, 1; Rom 1, 10). Por ello reza incesantemente (Rom 1, 10; Col 1, 9; 2Tes 1, 3; 2, 13). Incluso se recurre a la oración para descubrir la misión que Dios quiere en las dificultades, como es el caso de Hch 4, 24-30, donde la comunidad no pide ni el castigo de los perseguidores ni que la persecución cese, sino el coraje de ser obediente en la misión, es decir, de anunciar abiertamente a Cristo aun en la persecución.

Esta capacidad de buscar, descubrir, perfilar, reformular la misión y ser obediente a ella, sólo se da y crece en la oración. Sin embargo, la actitud de oración no es algo suelto. Está bien enraizada: se basa en una experiencia de solidez previa a ella. Es como un “ritornello” obstinado, constante, aun en medio de las dificultades: la confianza en Dios (Job 16, 19-20; 17, 3; 19, 25) es *junto a ti una fianza a mi favor (Job*

17, 3). En medio de las protestas y las disconformidades y las discusiones con Dios (cfr. Jr 20, 9) hay, en lo profundo del alma creyente, una fidelidad que no permite dejar la misión, un amor a la Palabra que ningún “mientes” logra destruir (Jr 20, 9b). Cuando, en el hombre y la mujer de oración, hay dolor y, por lo tanto, lamento, existe por debajo confianza de alegría, de fe, de esperanza renovada (Jr 12, 23; 15, 16; 17, 14). Es la zona indestructible de fidelidad que nos da una inexplicable serenidad. Esta base es una experiencia clave para los diversos modos de oración y para el discernimiento de los espíritus.

Es el recurso al convencimiento de que *la esperanza no defrauda* (Rom 5, 5). Cuando un hombre o una mujer ha perdido esta referencia, entonces pierde estabilidad; su oración es cada día más “ilusión”, su carne se “espiritualiza” de modo inmanente (se psicologiza), su obediencia se convierte en capricho: *¿Con quién puedo comparar a esta generación? Se parece a esos muchachos que, sentados en la plaza, gritan a los otros: ¡Les tocamos la flauta, y ustedes no bailaron! ¡Entonamos cantos fúnebres, y no lloraron!. Porque llegó Juan, que no come ni bebe, y ustedes dicen: ¡Ha perdido la cabeza!. Llegó el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: Es un glotón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores* (Mt, 11 16-19). A esta generación Jesús la califica de “adúltera” (Mt 12, 39; 16, 4) porque ha perdido la orientación que da la fidelidad, no tiene la base sólida de la esperanza a la cual referirse en cualquier duda o sufrimiento o persecución... simplemente se guían por el juego del capricho, por el “me gusta” o “no me gusta”. No hay oración, no hay obediencia, no hay oblación de la carne... y por ello la generación de estos hombres y mujeres no sabe reconocer al “Verbo venido en carne”. Se fabrican su propia misión porque su corazón está tan inmortificado que es incapaz de recibir una misión del Señor y adorarlo en una inmolación obediencial. Son los que “se realizan” a sí mismos. Solterones y solteronas cualificados... pero nunca consagrados a una misión encomendada y por la cual están dispuestos al despojo, comenzando por el despojo que produce la oración.

La dimensión obediencial de la oración afecta a la propia vida, hiere la propia carne. Me explico. La concepción más habitual de la plegaria es que “pedimos cosas a Dios” o “pedimos que cambie situaciones que nos resultan adversas”... Esto es verdad, y también esto sucede, y el mismo Señor nos incita a que lo hagamos. Pero hay algo más que se mueve en el mismo nivel de esa seguridad de la esperanza -como base de la oración- a la que me referí arriba. La oración toca nuestra carne en su mismo núcleo, nos toca el corazón. No es Dios el que cambia, sino que somos nosotros quienes -por la obediencia y el abandono en la oración- cambiamos.

Elías sale a la búsqueda de Dios, tiene miedo, quiere morir... Se encuentra con Dios y su corazón es cambiado (1Re 19). También es el caso de Moisés cuando intercede por su pueblo. No es Dios quien cambia de opinión, sino Moisés. Conocía al Dios de la cólera, ahora conoce al Dios del perdón; ha descubierto el verdadero rostro de Dios para ese momento de su pueblo: rostro de fidelidad y de perdón, y ha sabido leer, en medida justa, el pecado del pueblo. Por ello, la oración es el lugar privilegiado de la revelación de Dios, donde se opera el pasaje de aquello que se piensa de Dios a aquello que él es verdaderamente. Por la oración uno crece en esa fe silenciosa ante el misterio: *¡Soy tan poca cosa! ¿Qué puedo responderte? Me taparé la boca con la mano* (Job 40, 4); *Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos* (Job 42, 5). Cuando Dios envía su ángel a Elías para que siga andando (cfr. 1Re 19) o cuando el pertinaz Jonás ve todo negro, siempre la respuesta del Señor es la misma *vuelve por el mismo camino* (1Re 19, 15), no como quien quiere un retornismo estático o un restauracionismo al modo de los románticos, sino dejando que la respuesta de Dios se clave en el descorazonamiento que nace del sentimiento de la inutilidad de la propia

misión, y así se abran nuevas posibilidades hacia el futuro. Elías vuelve sobre sus pasos, y por ese camino es fecundo, convoca a Eliseo. La oración, al despojarnos en la obediencia, nos hace sentir que estamos en tensión entre lo acabado y lo que comienza... Porque para un hombre y mujer de oración siempre se acaba algo y se comienza otra cosa... nunca le queda nada para sí.

Para orar y profundizar

Se alejó de ellos, más o menos a la distancia de un tiro de piedra, y puesto de rodillas, oraba: Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz. Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya. Entonces se le apareció un ángel del cielo que lo reconfortaba. En medio de la angustia, él oraba más intensamente, y su sudor era como gotas de sangre que corrían hasta el suelo (Lc 22, 41-44).

David: abandono en dios, contra los intentos de controlar

La figura de David, huyendo, tal como la narran los capítulos 15 y 16 del 2º libro de Samuel, nos ayudará a adentrarnos en lo que significa ponerse en situación de precaridad, de abandono en Dios. David está en éxodo y, en esta humillación de David perseguido por su propio hijo resplandece en un primer plano la humildad del Rey. Su señorío descuella en el carácter sagrado de la fuga, de su éxodo. Procesionalmente, en calma, con el corazón abandonado al designio de Dios. Los cautivos llevados a Babilonia (cfr. Sal 14, 7; 77, 61).

Detrás del rey salió todo el pueblo, y se detuvieron junto a la última casa (15, 17) Todo el mundo lloraba a gritos, mientras el pueblo iba avanzando. El rey permanecía de pie en el torrente Cedrón, y todo el pueblo desfilaba ante él en dirección al desierto (v. 23).

El exilio no es una fuga. Es un camino penitencial y litúrgico en el que se muestra la lealtad de los servidores fieles y la dignidad del Rey que no se apresura. Dirige todo y no se pierden la prudencia ni el juicio real: a uno deja que lo sigan, a otros los hace volver. Esto se llama conducir... no controlar.

Además el rey no usa a Dios: *lleva de nuevo el Arca de Dios a la ciudad (v. 25)*. David no identifica su suerte, (se entiende, su suerte inmediata) con la del Arca. Al dejarla, con un gesto de grandeza, juega al tiempo y prepara su vuelta si a Dios le place... y si no *¡que haga conmigo lo que más le agrade!* (v. 26).

Por otra parte su exilio es mesurado, no se deja correr, asume los límites y -en la medida de lo posible- los integra en la esperanza de un posible retorno: “yo me detendré en las llanuras del desierto”. Se va retirando sólo lo necesario. Conoce de repliegues en Dios, sabe dejar sitio a Dios. Jesús también en aquel momento crítico en el que se acercaba su “hora”: no se mostraba en público, pasaba las noches en Betania. Su libertad estaba puesta al servicio del designio de Dios. No se resistía a lo que Dios quisiera, pero no perdía eso que él mismo llamaba “prudencia” y que no es otra cosa que poner los medios en la medida en que Dios quiere... y dejar actuar a Dios. David cuida de su pueblo, no lo abandona. No incendia la ciudad, no quema la historia: deja algunos que contrapesen a los que influyen mal a Absalón (vv. 30-36). El abandono total en Dios es su horizonte, y eso le da grandeza de ánimo... pero no es un abandono quietista sino un abandono de siervo inteligente que sigue poniendo sus talentos al servicio de su Señor: en este caso al servicio de la voluntad de su Dios que quiere

despojarlo a él... y no a su pueblo.

En el camino David es maldecido (16, 5-14). En medio de las piedras y de los insultos no se deja aplastar por la situación. Tiene fe en que Dios lo ha amado y sigue amándolo. No se lamenta. No se compadece de su prueba a lo más la muestra a su Dios para que la cure. Su comportamiento en la humillación logrará cambiar la situación. Sabe ver la mano de Dios en los signos más contrarios. Distinto es el caso de Saúl: cuanto más quiere controlar los designios de Dios menos lo logra. Y lo mismo le sucede a David en otra situación: cuando el censo (2Sm 24). Lo realiza con espíritu de control... y se olvida que tocar al pueblo debía ser un acto sagrado. En este díptico aparece la contraposición entre abandono y control.

Los intentos de controlar y dominar nuestra entrega a la misión que Dios ha dado van tomando, con el tiempo, la forma de la magia (recordemos a Saúl consultando a la pitonisa). En nuestros días esta magia adquiere diversas formas: va desde el autocontrol de tipo primaveral y bucólico de la New Age, pasa por los diversos tipos de ideologización y cataloguización del camino y termina en los intentos de psicoanalizar y sociologizar el misterio.

Al querer controlar nuestro abandono se pierde la ternura de la relación filial. Ni las ideologías, ni el equilibrio inmanentista ecologizante de nuestro ser ni la psicoanalización o sociologización del misterio saben de ternura. Más bien conocen el arte de la manipulación... no de la caricia. Y es en el mayor abandono cuando Jesús pronuncia la palabra “Padre” con esa ternura humana llevada al límite, que equivale a la manera como el Señor la pronuncia en el cielo.

Para orar y profundizar

El rey salió a pie con toda su familia... Todo el mundo lloraba a gritos, mientras el pueblo iba avanzando. El rey permanecía de pie en el torrente Cedrón, y todo el pueblo desfilaba ante él en dirección al desierto. Pero el rey dijo a Sadoc: Lleva de nuevo el Arca de Dios a la ciudad. Si el Señor me mira favorablemente, me hará volver a ver el Arca y su morada. Y si dice: No me complazco en ti, aquí me tiene: ¡que haga conmigo lo que más le agrade! (2Sam 15, 16-26).

El exilio de toda carne: *La oración de la carne exiliada*

Adán, después de su primera oración, comenzó su camino de exilio. Salió del paraíso, un largo camino, para luego -por la misericordia de Dios- poder regresar a él. La historia del exilio es releída -en connotaciones trágicas- por el autor da la carta a los Hebreos. Allí se subraya de manera especial la nostalgia por la patria perdida y todo el sacrificio que hicieron estos hombres y mujeres por permanecer fieles a esa nostalgia: *reconociendo que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. Los que hablan así demuestran claramente que buscan una patria; y si hubieran pensado en aquella de la que habían salido, habrían tenido oportunidad de regresar. Pero aspiraban a una patria mejor, nada menos que la celestial (Heb 11, 13-16).* Y estos exilados, a fin de salvaguardar su nostalgia, *se dejaron torturar, renunciando a ser liberados, para obtener una mejor resurrección. Otros sufrieron injurias y golpes, cadenas y cárceles. Fueron apedreados, despedazados, muertos por la espada. Anduvieron errantes, cubiertos con pieles de ovejas y de cabras, desprovistos de todo, oprimidos y maltratados. Ya que el mundo no era digno de ellos, tuvieron que vagar por desiertos y*

montañas, refugiándose en cuevas y cavernas (Heb 11, 35-38).

Nuestra carne, en camino, siente la nostalgia de la patria, y la hace consciente, la explicita en la oración, en la presencia del Señor glorioso, Señor de esa patria que esperamos. Mientras tanto, entre sentimiento e inconsciencia, entre gracia y pecado, entre acatamiento y rebeldía, nuestra carne siente el exilio al que es sometida, el camino que es obligada a andar, y lucha por sí misma, por defender esta esperanza. El día en que la nostalgia se apaga, entonces nuestra carne ha dejado de orar, ha optado por esta patria, ha preferido la liberación del exilio a precio de negociaciones que la eximan de seguir andando en tierra extraña. Se cansó de buscar a Dios. Ese día, la gracia más grande que podamos recibir es la que fue dada a Elías: que nos toque un ángel en medio de esa depresión somnoliente: *¡Levántate, come, porque todavía te queda mucho por caminar!* (1Re 19, 7).

El hombre o la mujer que conscientemente se hace cargo de su exilio padece una doble soledad. Por una parte, siente la soledad respecto de los demás hombres, es fundamentalmente un extraño en camino. Por otra parte, le es dado saborear la amargura de la soledad ante Dios. Se trata de la doble soledad del orante. Fundamentalmente el orante es un marginado, doblemente marginado (de Dios y de los hombres) y, a la vez, no puede prescindir ni de Dios (porque lo busca y se siente buscado por él), ni de los hombres (porque su misión lo pone en servicio de sus hermanos a quienes busca amar como a sí mismo). Jeremías sintió esta experiencia hasta los tuétanos. Por anunciar lo que Dios le mandó terminó siendo objeto de litigio y contradicción para todo el pueblo (15, 10). Y, en la soledad de esa contradicción, se lamenta con Dios que lo dejó solo, incluso llega a maldecir el día en que nació, pero no puede negar esa seducción nostálgica del rostro de Dios que le arde hasta los huesos: *Me has seducido... todos se burlan de mí* (cfr. 20ss). Es la oración de un hombre que se jugó entero y quisiera que, al menos, Dios estuviera de su parte... Pero, en la vida, a veces parece que Dios también se nos pone de la otra parte (Jr 20, 7-18).

El servidor de Dios siente como si la doble soledad fuera la misma: se trata de la profunda experiencia del exilio. La realidad parece burlarse del creyente. ¿Dónde está la palabra de Dios? Que al menos se cumpla de una vez (cfr. Jr 17, 15). Parece que Dios no ha cumplido su promesa cuando lo eligió: *estare para protegerte* (Jr 1, 8). Parece que Dios no tiene palabra (cfr. Jr 15, 18; Job 6, 15-20). Esta burla de los acontecimientos y de las personas, burla por haberse confiado a Dios, llega a su grado máximo en el calvario: *Tú, que destruyes el Templo y en tres días lo vuelves a edificar, ¡sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!... ¡Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo! Es rey de Israel: que baje ahora de la cruz y crearemos en él. Ha confiado en Dios; que él lo libre ahora si lo ama* (Mt 27, 39-44). En este silencio de Dios nuestra carne nuevamente es sometida a un cambio: descubrimos que el diálogo obediencial de la oración no es un “negocio”, sino que la promesa y la fidelidad de Dios es muy distinta de lo que nosotros nos imaginamos... También por este camino nuestro corazón va cambiando.

La experiencia del silencio de Dios y del silencio de los hombres es la experiencia del exilio de sí mismo. Somos despojados de toda posesión, estamos *junto a los ríos de Babilonia*, las guitarras colgadas de los sauces y la pena no nos permite articular las canciones de Israel (Sal 137, 1). Este exilio de sí mismo también tiene su forma culmen en la pasión del Señor: la oración de Getsemaní. Es la más humana y la más dramática de las plegarias de Jesús (cfr. Mc 14, 32-34; Mt 26, 36-46; Lc 22, 40-46). Hay súplica, tristeza, angustia casi una desorientación (Mc 14, 33ss). Se trata de la tristeza de un exiliado, lejos del Señor. Es la culminación de la tristeza de Jonás, quien no entiende el plan de Dios (Jn 4, 9). *Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27,

46). El orante, sintiendo este exilio, entra por los senderos de una singular purificación. El corazón se pregunta y se repregunta... pero los interrogantes no bastan en esta noche oscura, y sin embargo se esfuerza por comprender algo. Las posturas, las palabras, los pensamientos, se van alternando en forma contradictoria: se pasa por el cansancio y la resignación (Job 29, 4), o se cae en la ironía con gran amargura (Job 7, 20), o se procura hacer razonar a Dios (Job 10, 8), o se asumen posturas de desconfianza (Job 10, 2)... Pero detrás de todo esto, el hombre que se siente en exilio recuerda su patria, deja que su corazón añore, no negocia, no vuelve atrás... sino da un paso adelante y se pone a buscar a Dios más allá de los refugios convencionales. Parte de su soledad, de su exilio, de ese silencio que no comprende, de su mundo lleno de dolor.

Es el momento en que Dios interviene no precisamente respondiendo sino interrogando, y conduce al hombre por nuevos caminos para librarlo de falsas pretensiones. Nuevamente aquí se desea verdad: no es Dios quien debe cambiar sino el hombre, ésta es la intención profunda de la oración. Es más, la oración es el lugar privilegiado del exilio, allí se da la revelación, es decir, el pasaje de aquello que uno piensa de Dios a aquello que él es verdaderamente. En la purificación del exilio, de la noche oscura, Dios nos conduce. A través de la crisis se llega a la conversión. El exilio de toda carne, el sentirse sin patria, sin padre ni madre, ni perro que le ladre, el exilio de sí mismo (porque uno no puede acomodar su corazón a nada: todo es disonancia), el exilio de los hombres y de Dios (porque todos callan), desemboca en la conversión más honda de la carne. Ésta se hace llaga y allí es “curada”, “tocada” por Dios.

Para orar y profundizar

Junto a los ríos de Babilonia, nos sentábamos a llorar, acordándonos de Sión. En los sauces de las orillas teníamos colgadas nuestras cítaras. Allí nuestros carceleros nos pedían cantos, y nuestros opresores, alegría: ¡Canten para nosotros un canto de Sión!. ¿Cómo podíamos cantar un canto del Señor en tierra extranjera? (Sal 137, 1-4).

Moisés y el pueblo:

Intercesión vs. Murmuración

(Éx 32, 1-35)

Hemos visto cómo en el exilio nuestra carne siente nostalgia de la patria, nostalgia que a veces se hace mala y se retrotrae a los ajos y cebollas de Egipto, se vuelve atrás y pierde la esperanza. ¿Cómo caer en la cuenta cuando cambiamos de dirección (cuando somos “hombres de retroceso”, Hebr 10,39) y cómo distinguir la buena de la mala nostalgia: la que se siente “salvada en esperanza” de la que se quiere salvar por la recuperación romántica de la memoria transformada en recuerdo? La señal de la mala nostalgia es la murmuración y la búsqueda de un triunfalismo que se fabrica dioses falsos: *Fabrícanos un Dios que vaya al frente de nosotros, porque no sabemos qué le ha pasado a Moisés, ese hombre que nos hizo salir de Egipto (32, 1)*. En todo triunfalismo se oculta la posesión de un ídolo a quien se adora. El Dios de la memoria ha sido metamorfoseado por el recuerdo de un dios hecho a nuestra medida.

Moisés es el prototipo del orante que está en soledad ante Dios, meditando y recibiendo la Ley para un pueblo que ya lo ha reemplazado. A veces el orante se percata de que “llega tarde”, como si su mensaje de salvación encontrara a los hombres ya salvados... pero a su medida, barateando el don por el negocio. Lo interesante de este pasaje es que Dios mismo propone a Moisés el negocio de cambiarle ese pueblo de dura cerviz por otro pueblo mejor. Es como si Dios se adelantara a la cólera de Moisés, que en otras oportunidades le había expresado ya su cansancio ante la dureza de corazón del

pueblo y le ha pedido que lo deje morir. Al proponerle Dios el cambio de pueblo, Moisés reacciona e intercede por Israel.

La grandeza de alma de Moisés se muestra aquí, ya que renuncia al sueño de todo conductor: rechaza tener un pueblo a su medida. Es él quien recuerda a Dios su promesa y le dice que no puede negociar (que no puede transformar la salvación en triunfalismo), que se burlarán de él sus enemigos, que se acuerde de Abraham, de Isaac y de Israel. Es como si Dios se deslizara, fuera tentado de cambiar de ser: del Dios de la memoria fiel al Dios de un recuerdo. Y Moisés le dice que lo quiere como el Dios de la memoria (v 11ss).

La intercesión es un diálogo de amor y sólo así se comprende este “cambio de roles” en que cada interlocutor usa los argumentos que tendría que usar el otro. Este mismo cambio puede ayudar a entender el difícil pasaje de Caná, en que María, la intercesora, interpreta los sentimientos más hondos de Jesús, el cual parece hablar contradiciéndose con lo que serán sus acciones. El intercesor es un orante que ha comprendido los sentimientos más hondos de Dios y se aferra a ellos, pese a contrarias apariencias, pese a que el mismo Dios le hable de manera distinta en los acontecimientos.

Se puede pensar en la pedagogía divina para convertir a su siervo en el intercesor: cambiando roles, exagerando la contradicción disuelve la cólera y el reproche de Moisés, y le hace salir lo mejor de su corazón de hombre de Dios: que él no se avergüenza de su carne, que no está allí por obligación (cumpliendo una función) sino que quiere a sus hermanos como a sí mismo. Que se ha jugado por ese pueblo y que cada día se parece más a Dios porque, aunque le seamos infieles, *él es fiel, porque no puede renegar de sí mismo* (2Tim 2, 13).

Este diálogo de intercesión se da frente a la llaga más profunda: la dura cerviz de ese pueblo que no cambiará y a la que Moisés igual elige: eligió el oprobio con su pueblo (cfr. Heb 11, 25).

En este trasfondo de intercesión hay que leer el castigo que Moisés inflige luego al pueblo: la rotura de las tablas de la ley, la matanza que hacen los levitas y la segunda intercesión, en la que los roles vuelven a su lugar: ahora es Moisés quien se ofrece a ser borrado del libro en lugar de su pueblo (Éx 32, 32) y Dios el que lo confirma en su misión y en el modo de conducir y de castigar que tuvo.

Para orar y profundizar

Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado con sus discípulos. Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús le respondió: Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía. Pero su madre dijo a los sirvientes: Hagan todo lo que él les diga (Jn 2, 1-5).

La indigencia y el límite

Cuanto más somos llamados a la grandeza tanto más sentimos la indigencia y el límite de nuestra propia carne. Abraham había sido fiel. Había empezado a caminar por obediencia y sin saber adónde iba (Heb 11, 8). Sin embargo, cargado de promesas, siente el dolor de su propia indigencia, el límite, contradictorio casi, con todo lo prometido: no tengo hijos y me heredaré un siervo (Gn 15, 2-3). La rebeldía, y luego la oración en forma de queja o lamento, son la reacción normal cuando nuestra carne

“siente” el límite, la indigencia. Esta experiencia, por otra parte cotidiana, nos va preparando para la experiencia final cuando palpemos -con certeza ineludible de la realidad- que estamos ante nuestro último límite. *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allí. El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó: ¡bendito sea el nombre del Señor!* (Job 1, 21). Aquí, esa base sólida de la esperanza (de la que hablábamos en las meditaciones anteriores) toma forma de resignación ante lo imponente del límite.

Este límite nos lleva también por el camino de la noche oscura a la que me referí anteriormente. Si bien Job se basa en cierta resignación, su oración -porque toca el límite y la indigencia de toda carne- surge de lo más profundo de la amargura y de la angustia (10, 1; 7, 7-21; 9, 28-31; 10, 1-22; 13, 20; 14, 22; 30, 20-23). Junto a esto, así como se daba la burla de los demás en la experiencia de éxodo de sí mismo, así ahora se da el aparente bienestar de los malos. ¿Por qué ellos pueden gozar libremente, por qué pueden reírse de Dios? Esta pregunta nos hiere el límite, nos hace sentir enfermamente indigentes, cuando no idiotas o tontos ante la vida.

Pero sólo la oración da fuerzas para superar la prueba: *permanezcan despiertos y oren para no caer en la tentación, porque el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil* (Mc 14, 38). La carne es débil. Es el sentimiento del límite de toda carne, de nuestra indigencia. Así lo sentía hondamente san Pablo: *Y para que la grandeza de las revelaciones no me envanezca, tengo una espina clavada en mi carne, un ángel de Satanás que me hiere. Tres veces pedí al Señor que me librara, pero él me respondió: Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad. Más bien, me gloriaré de todo corazón en mi debilidad, para que resida en mí el poder de Cristo. Por eso, me complazco en mis debilidades, en los oprobios, en las privaciones, en las persecuciones y en las angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte* (2Cor 12, 7-10). Aquí Pablo pide la liberación del impedimento del límite, de la indigencia, y se encuentra con la lógica de cruz: Dios se hace presente en la *debilidad*.

Nuestra carne llagada es “puerta” para la manifestación de Dios. Simplemente hay que reconocerla como tal y “dejar lugar” con la oración, a la manifestación de la fuerza. Nuestro límite, nuestra indigencia, puede ser convertido -por medio de la oración- en cruz. Éste es el meollo de la lógica paulina. Y, al hablar de límites, Pablo comienza hablando de una experiencia de tentación, es decir, como que “le abofetea” y sigue hablando de otros límites más externos. Todo es lo mismo. Lo malo está cuando un hombre o mujer se fija sólo en los impedimentos externos: entonces no ora, se queja. Entonces deja de ser servidor del evangelio, se transforma en víctima. Se canoniza a sí mismo. Y allí queda borrado todo límite: se aprende a disimular el límite con el incienso de la propia canonización. La víctima no es Cristo, soy yo. Es el comienzo de toda blasfemia... y la blasfemia es el más alto grado de antioración. “Cuando un hombre no habla con Dios, entonces habla con el Diablo” decía León Bloy. No hay términos medios en la experiencia del límite y la indigencia: o se ora o se blasfema. Y una carne acostumbrada a la blasfemia, que no sabe del pedir auxilio para su propia llaga y pecado, es una carne incapaz de auxiliar la llaga ajena. Se alejará mal del otro. Nunca será prójimo más que de sí mismo. Incluso si consagra su vida a Dios, lo hará para proteger esa proximidad consigo mismo, profundo egoísmo, que lo defiende de todo éxodo, de todo extrañamiento, de toda llaga, de toda indigencia, de todo límite. Es la asepsia del fariseo: ni virus ni vitamina...

San Juan de la Cruz, en el momento del pasaje de la noche de los sentidos a la noche del espíritu, nos habla (a propósito de la declaración del último verso de la primera canción) de tempestades y trabajos. Y señala -además del desfachatado espíritu

de fornicación (a quien él llama el ángel de Satanás)- el espíritu de blasfemia (la autosuficiencia) y el *spiritus vertiginis*, donde el alma es vaiveneada por todo viento de duda y escrúpulo y obsesión e inseguridad. Tres límites, tres llagas, tres indigencias en el momento de mayor purificación. Lo que pasa es que la oración es apertura al don de Dios y, por ello mismo, ha de sentir la necesidad de ese don en su propia carne.

Para orar y profundizar

Tres veces pedí al Señor que me librara, pero él me respondió: Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad. Más bien, me gloriaré de todo corazón en mi debilidad, para que resida en mí el poder de Cristo. Por eso, me complazco en mis debilidades, en los oprobios, en las privaciones, en las persecuciones y en las angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2Cor 12, 8-10).

Job: la oración desde las llagas

Job es el prototipo del hombre que ha tocado el límite del sufrimiento, a quien las palabras de los sabios no lo satisfacen, y por eso quiere hablar cara a cara con Dios. Si Job hubiese podido ver a Jesús en la cruz, hubiera encontrado a su interlocutor válido: sólo Jesús es respuesta a Job, la respuesta de un Padre misericordioso, herido de misericordia. En las llagas de Jesús se puede pensar que el Padre tiene la “enfermedad” de la misericordia: el don de sí sin medida del Padre, que es el Hijo, al quedar llagado para siempre, nos abre acceso a una dimensión de la misericordia paterna que para nosotros sólo puede expresarse como “enfermedad” en el sentido de algo a lo que el Padre no se puede resistir, de lo cual no se puede defender.

Por ello nuestra carne llagada por el pecado (carne de hijos pródigos) es puerta para entrar en la carne llagada por amor (la carne de Jesús) que nos abre acceso al Padre de toda carne, el cual hace llover sobre justos y pecadores y que cubre de besos y abrazos al hijo que retorna.

En el capítulo 13, Job se hace consciente de que su diálogo es con Dios y no con los hombres: *todo esto lo vi con mis propios ojos* (lo que le quieren hacer ver los sabios)... *Pero yo quiero hablarle al Todopoderoso, mi deseo es discutir con Dios. ¡Ustedes lo encubren todo con sus mentiras, médicos inútiles son todos ustedes!* (v. 1-4).

Job reza poniendo en peligro su vida (v. 14) y por eso tiene derecho a hablar: *Dejen de hablarme, soy yo el que hablaré* (v. 13). El sufrimiento del hijo da derecho a la oración; Dios no puede quedar en silencio: *Luego llámame, y yo te responderé, o hablaré yo, y tú me responderás* (v. 22). El hombre no tiene derecho a que Dios le responda sus preguntas puesto que *hablaba sin entender, de maravillas que me sobrepasan* (42, 3). Pero sí tiene derecho a que Dios lo escuche cuando habla desde su llaga: *Escucha, déjame hablar; yo te interrogaré y tú me instruirás* (42,4).

Esta oración de los que sufren es la que provoca que el Padre hablara. Y su Palabra, una vez salida de su boca, no cesó de ser eficaz hasta convertirse en Palabra hecha carne. En cuyas llagas fuimos curados. Nos viene bien recordar aquí el himno litúrgico de las vísperas del miércoles santo.

Vengo Señor, cabe las ígneas huellas
de tus sacras heridas luminosas;
quíntuple abrir de inmarcesibles rosas
suma constelación de cinco estrellas.

Vengo a poblar sus oquedades bellas,
a estudiar en sus aulas silenciosas,
y a beber, con ternuras dolorosas,
la miel de acíbar que pusiste en ellas.

Cuando zozobre mi valor, inerme,
y vaya en turbias ansias a abismarme
y llagado llegue también yo a verme,
deja a tus dulces llagas allegarme
y en sus íntimos claustros esconderme
y en su divina suavidad curarme.

La palabra de Dios es creadora y una palabra suya dicha al hombre no puede sino ser Palabra hecha carne. Pero para recibir el don de una Palabra hecha carne, ésta tiene que ser escuchada desde una necesidad también carnal, desde una llaga, desde la propia debilidad. De otra manera la carne se ensoberbecería. Este es el motivo por el cual el Señor dice que él viene para los enfermos y no para los sanos, por ello cura nuestra carne enferma y se convierte en alimento. Sólo por la carne de Cristo llegamos a la Palabra.

En el exilio y la propia llaga, la Palabra es consuelo, *da esperanza* (Sal 119, 49); la Palabra es el refugio *-alas de paloma* (Sal 55, 7)- donde estamos a salvo del palabrerío: *los gritos del enemigo* (Sal 55, 3-4). Desde nuestra llaga, a través de la Palabra hecha llaga, accedemos al único que es capaz de acariciarnos en su misericordia: él cuenta nuestros exilios (mis huidas) y *¡recoge mis lágrimas en tu odre!* (Sal 56, 9).

Para orar y profundizar

Himno del jueves santo

En la Cena del Cordero
y habiendo ya cenado,
acabada la figura,
comenzó lo figurado.
Por mostrar Dios a los suyos
cómo está de amor llagado,
todas las mercedes juntas
en una las ha cifrado.
Pan y vino material
en sus manos ha tomado
y, en lugar de pan y vino,
cuerpo y sangre les ha dado.

Si un bocado nos dio muerte,
la vida se da en bocado;
si el pecado dio el veneno,
el remedio Dios lo ha dado.

Haga fiesta el cielo y tierra
y alégrese lo criado,
pues Dios, no cabiendo en ello,

en mi alma se ha encerrado. Amén.

La carne en camino de regreso

Cuando Adán sale del paraíso no se trató de una simple “echada”. Había ciertamente una dimensión de castigo, pero —junto a él— la promesa. Adán volvería... Y, desde ese día, Adán se fue autoexiliado a gastar su herencia de conocimiento del bien y del mal. Y, desde ese día también, el Padre subiría a la terraza de la historia a otear el horizonte (cfr. Lc 15, 20). Él sabía en qué momento ese hijo iba a volver, sabía con certeza cuándo nuestra carne, ya justificada, volvería a entrar en su casa, en su templo (cfr. Lc 2, 22-38). Él es Padre, y un padre sabe de impacencias de corazón cuando se trata de la vida de sus hijos. El Padre -más que observar- esperaba ansiosamente el regreso del hijo perdido, de la humanidad. Y el hombre en camino llevaba en sus huesos esa inquietud memoriosa de la casa del Padre, esa inquietud que lo impulsaba a volver. Era un errante, pero un errante al que le había sido dado el don de la orientación... y obedeciendo a ese don buscaba, en el reencuentro consigo mismo, un espacio para preguntar, para explicitarla, para encontrar el significado de ese norte que lo empujaba desde dentro, pero que bien no sabía qué era. Es decir, oraba... y oraba por su regreso. Toda carne anda su camino, y es precisamente en la oración donde se acrisola el sentido de su existir, ese explicitarse con el corazón el “hacia dónde”, ese “de dónde” y ese “qué me pasa ahora”.

Cuando el hombre se hace esas preguntas, Dios no queda lejos solamente esperándolo, sino que “se acerca”, está a su lado. Dios, el Padre, “toma” al hombre allí donde se encuentra, en sus necesidades más humildes, pero para conducirlo hacia otra agua y otro pan (cfr. Jn 4, 5ss; 6). Nuestro Padre no sólo nos espera, sino que provoca la búsqueda, la nostalgia (*nostos-algos*23), ese impulso de regreso que nos lleva a buscar. Y él mismo conduce al hombre más allá de su propia búsqueda.

Orar es dar espacio para esta conducción, es dejarse conducir por Dios “más allá” de nuestras quietudes e inquietudes. Si -como dijimos antes- la oración era un ponerse en éxodo de sí mismo y un soportar el exilio y el extrañamiento, ahora podemos decir que es un regreso, pero “más allá” del camino de regreso que nosotros podemos imaginarnos.

La oración nace en la historia y en la vida. Orar es releer -a la luz de la fe- la historia de todo exilio, de todo éxodo, de todo camino de regreso. El fariseo (cfr. Lc 18, 9-14) oraba fuera de la vida, evadiéndose de la vida y de la historia (en su caso se autoconsideraba a-histórico, en el sentido de proclamarse justo; oraba al margen de la vida). El libro de los salmos (y podemos elegir algún salmo de nuestra preferencia para esta meditación) es un ejemplo de lo que quiero decir con esto de “orar en la vida”: allí hay alegría, alabanza y acción de gracias; hay lamento, dolor y súplica; está también la reflexión acerca de los problemas de la existencia. Además se puede meditar el Cántico de Ex. 15. Se narra un hecho histórico y explota la reacción del pueblo de Dios, una reacción tan rica que no puede expresarse sino en poesía (es la expresión de la totalidad de la persona). Cuando vemos vencer a Dios en nuestra historia personal, cuando sentimos el gozo de que él está y de que él nos conduce (es el momento de la consolación en la oración) entonces nuestra carne siente una nueva tensión: la tensión entre el estar en sí y el salir de sí, pero es un salir de sí distinto al del éxodo de sí mismo, es el salir de sí propio de la alabanza. En la oración se da esta tensión entre el reposo y la alabanza que no cabe en sí: toda nuestra existencia vibra en la fe, el entusiasmo, la alegría, la alabanza, la admiración. Jesús no cupo en sí: *Yo te alabo*

Padre...

Pero para que pueda darse esto hay que tener en cuenta que lo que caracteriza la fidelidad de un hombre a la historia es precisamente su memoria. La oración en los salmos y en los cánticos bíblicos nace de una historia, de un gesto de Dios que sucedió y está fijo en la memoria; y -a la vez- hay una superación, pues ve en el hecho divino singular una constante que se ofrece como clave de lectura para el presente, y como una promesa abierta hacia el futuro. Existe una tensión entre tiempo y eternidad; entre pasado, presente y futuro. La memoria nos pone en tensión y lanza hacia la situación presente la clave de lectura salvífica de Dios, la cual -al interpretar el presente- se transforma en promesa para el porvenir. De ahí que la carne humana, cuando se pone en oración, rescate la memoria. Nuestra carne es memoriosa. Y la memoria de la Iglesia es precisamente la memoria de la carne sufriente de Dios, la memoria de la pasión del Señor, la oración eucarística.

Precisamente, por ser histórica, la oración tiende a ser “oración del pueblo”. En la oración se da el fenómeno de unirse lo más particular de uno mismo con lo más universal. La tensión entre particular y universal es la que nos encuadra en la dimensión de persona y nos rescata del individualismo. Somos personas: yo, totalmente responsable de mis actos, pero yo en un pueblo. Cuando nuestra carne siente su real responsabilidad y -a la vez- su pertenencia al pueblo, entonces “ora en común”, aunque uno está solo. La oración comunitaria es particularmente eficaz (Mt 18, 9). Jesús no se cansa de repetirlo. Es la oración de la carne exilada, desterrada, en camino hacia su patria definitiva, consciente de su pertenencia a algo más allá de los límites de su piel: su pertenencia al pueblo de Dios.

Los discípulos entendieron esto, por ello eran “asiduos y concordes en la oración” (Hch 1, 14), y en los momentos difíciles de la Iglesia primitiva la oración se constituye en la verdadera protagonista del camino hacia Dios: se reza por la sustitución de Judas (Hch 1, 24,26); por la elección de los siete (Hch 6, 6); los doce se reservan el trabajo de dedicarse a la oración y al anuncio de la Palabra (Hch 6, 4); la comunidad ora por la liberación de Pedro y Juan (Hch 4, 24-30); Pedro y Juan oran por los convertidos bautizados por Felipe en Samaría (Hch 8, 15). En diversas circunstancias se lo ve orar a Pedro, Cabeza de la Iglesia (Hch 9, 40; 10, 9) y a Pablo (Hch 9, 11; 13, 3; 14, 23; 20, 36; 21, 5).

No sólo se ora en circunstancias decisivas, no sólo se ora comunitariamente recuperando así la memoria de pueblo de Dios, sino que la oración misma es, a su vez, la portadora de vida comunitaria, junto a la escucha de la Palabra, la comunión fraterna y la fracción del pan (Hch 2, 42-48). Así se recupera la memoria del pueblo de Dios, y la universalidad de la comunidad se amasa uniéndose -en la oración- cada fiel particular. Se ora juntamente escuchando la Palabra y ejercitando la caridad en la memoria de la pasión del Señor.

Este amasar la comunidad en la unidad no tiene límites, siempre va más allá de lo previsto, por ello la Iglesia es fundamentalmente extensiva (extensiva también hacia adentro, hacia el corazón de los fieles). Se ora por todo el mundo, incluso por los enemigos y perseguidores (Mt 5, 44; Lc 6, 27-28). Pero el ejemplo más grande de este amasar la universalidad de la Iglesia en la oración nos lo da Jesús en su oración sacerdotal (Jn 17). Aquí se delinean los verdaderos horizontes eclesiales: va desde la comunión trinitaria hasta la unidad de la Iglesia. Aquí la universalidad alcanza su mayor expresión. La unidad es amasada en universalidad a ejemplo de la comunión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El Yo-Tú (Padre-Hijo) se abre en un progresivo movimiento de expansión: los discípulos (17, 11), todos los creyentes (17, 20-21), el mundo (17, 23). Jesús reza para que la participación Yo-Tú se extienda a la Iglesia (17,

21.23.36) para que la comunidad de creyentes esté inmersa en el diálogo trinitario; no sólo para que sus discípulos estén unidos entre ellos, sino para que su unidad sea la prolongación real, histórica, visible, de la comunión de amor que constituye el misterio de Dios.

Para orar y profundizar

Ya no estoy más en el mundo, pero ellos están en él; y yo vuelvo a ti. Padre santo, cuídalos en tu Nombre –el Nombre que tú me diste– para que sean uno, como nosotros. No ruego solamente por ellos, sino también por los que, gracias a su palabra, creerán en mí. Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno –yo en ellos y tú en mí– para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado, y que los has amado a ellos como me amaste a mí (Jn 17, 11.21-23).

Simeón: dejarse conducir (Lc 2, 2ss)

La carne de Simeón, cansada de la vida, carne que está de vuelta de las pasiones y de los intentos de controlar a Dios, carne que se deja conducir por el Espíritu, el cual le promete la consolación, es el prototipo de la oración que se deja conducir por Dios. Lucas abunda, en su relato, en el hecho de que Simeón va al Templo “conducido por el Espíritu” (cfr. 2, 25.26.27).

Simeón es la cara humana del Padre misericordioso: mientras el Padre del hijo pródigo espera su retorno del pecado, en el que se exiló voluntariamente, Simeón es el padre que espera, no el retorno sino la venida de la carne nueva del Hijo, quien se exila también voluntariamente, para salvarnos (cfr. Fil 2, 1-7ss, Heb 1, 3).

En Simeón aflora toda la expectativa de los profetas, especialmente de Isaías, infatigable profeta de los nuevos éxodos para el pueblo.

Y la carne de ese bebé recién nacido es *luz para iluminar a las naciones*. ¿Cómo puede la carne ser luz? Nuestra imagen del mundo, todo lo que proyectamos, nuestros sueños, están ligados a la historia de nuestra carne. Muchas veces estamos desterrados y vivimos esclavizados en la tierra extraña de nuestros complejos sin animarnos a retornar al punto donde el pecado nos entenebreció el alma. En la carne sin complejos de Cristo, esa carne educada por María, en cuya sonrisa no hubo sombra de pecado, se encuentra la puerta iluminada para retornar a nuestra carne tal como la soñó nuestro Creador, de barro pero a imagen y semejanza suya.

La carne es clave de lectura de cada vida y la carne de Cristo es la clave de lectura de toda la historia de salvación. Simeón ve la gloria de Dios en la carne del Niño y ya no necesita ver más en este mundo: puede irse en paz. Es un “conductor-conducido”. Así lo presenta la liturgia: *Senex puerum portabat, puer autem senem regebat*. El anciano llevaba al niño, pero era el niño quien guiaba al anciano.

Simeón espera la consolación de Israel. En su corazón anciano no se ha envejecido la promesa y resuenan las palabras de Isaías 40: *¡Consuelen, consuelen a mi Pueblo, dice su Dios! Hablen al corazón de Jerusalén*. Por aquí empieza Haendel su meditación sobre el Mesías: entendía algo. Con la misma serenidad, ya purificada por las lágrimas de su larga reflexión artística, la concluirá con la misma consolación hecha certeza: “I know that my Redenmer liveth”.

La carne es hierba que se marchita, pero la palabra del Señor permanece para

siempre (Is 40, 6-8): en Simeón se cumple la promesa de que *se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán* (v.5).

A él le toca tomar al Niño en sus manos y bendecir al Padre en el primer gesto eucarístico del evangelio de Lucas; y también hablarle al corazón de María: *Hablen al corazón de Jerusalén* (Is 40, 2).

Para orar y profundizar

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, que *era justo y piadoso, y esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías del Señor. Conducido por el mismo Espíritu, fue al Templo, y cuando los padres de Jesús llevaron al niño para cumplir con él las prescripciones de la Ley, Simeón lo tomó en sus brazos y alabó a Dios, diciendo: Ahora, Señor, puedes dejar que tu servidor muera en paz, como lo has prometido, porque mis ojos han visto la salvación que preparaste delante de todos los pueblos: luz para iluminar a las naciones paganas y gloria de tu pueblo Israel* (Lc 2, 25-32).

El misterio del acceso a Dios

1. La consideración de la Trinidad nos hace mirar -además de la universalidad de la Iglesia- a las tres Personas divinas. A veces pregunto: ¿a quién le reza Usted? Y no es difícil encontrarse con la respuesta: “A Dios”... Por supuesto que la mayoría de las veces, detrás de esa palabra “Dios” está la figura del Padre o del mismo Jesús... pero también existen personas que rezan a Dios como si rezaran a la esencia divina. Y esto no es oración. La oración del cristiano es fundamentalmente personal, de persona a persona: se ora al Padre o al Hijo o al Espíritu Santo. Más aún, cada una de las Personas divinas tiene, en nuestra oración, una relación distinta para con nosotros.

En primer lugar conviene tener en cuenta el hecho de que es Dios mismo quien inspira nuestra oración; es el Espíritu Santo quien nos sugiere lo que el Padre quiere escuchar. Él viene *en ayuda de nuestra debilidad* sugiriendo qué cosa conviene pedir según los designios divinos (cfr. Rom 8, 26-27). De manera especial, el Espíritu Santo nos despierta a nosotros mismos a la realidad de que somos hijos de Dios, librándonos así del miedo y de la angustia, y dándonos la posibilidad de invocar confiadamente (en parresía) a Dios con el nombre de Padre, como el Hijo nos enseñó, como lo hizo el mismo Jesús (Gál 4, 6; Rom 8, 15). Orar en el Espíritu es hacerse cargo de esta necesidad y de esta presencia en nosotros. La precariedad de nuestra existencia cristiana nos lleva a la petición, es decir a la necesidad de abrimos al pedido de ayuda, y allí nos es dado el Espíritu Santo que nos guía en la petición, en la adoración, en la acción de gracias, en la contemplación.

Jesús habla, en el evangelio, del pecado contra el Espíritu Santo y lo califica de muy grave, imperdonable (Mt 12, 31). ¿Por qué? En primer lugar se puede decir que hay perdón para el pecado contra el Padre (pensemos en la parábola del hijo pródigo); que hay perdón de Jesús en la cruz, (en el perdón a la traición de Pedro, etc.). Pero, ¿por qué es imperdonable el pecado contra el Espíritu Santo?

Para acercarnos a la respuesta puede ayudarnos el texto de Lc 11, 9-13. Allí Jesús nos habla de la necesidad de insistir en la oración: *Les aseguro: pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá. Porque el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. ¿Hay algún padre entre ustedes que dé a su hijo una serpiente cuando le pide un pescado? ¿Y si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a aquellos que se lo pidan!.* El Espíritu Santo

es el don, el don del Padre y del Hijo, prometido y enviado como don a la comunidad asidua en la oración (Hch 2, lss). Y pecar contra el Espíritu Santo es pecar contra el don del Padre y del Hijo, contra el don por antonomasia. Es pecar contra la gratuidad infinita del amor de Dios, gratuidad que es Persona, es despreciar la necesidad de ese amor para poder subsistir nosotros, es creer que somos suficientes para lograr lo que pretendemos, es atrevernos a dirigirnos a Dios pidiendo justicia porque “no soy pecador como este publicano”, es pretender vivir sin orar, o -más bien- convertir la oración en un negocio, en una transacción más de nuestra vida. Fundamentalmente es blasfemia, porque es decirle al Padre y al Hijo: gracias por haberme creado, gracias por haberme redimido, ahora yo solo, con este capital de riqueza recibido, me dirijo a vos de igual a igual... porque yo puedo hacerlo. Y aquí está la blasfemia porque nadie puede decir “Jesús” aclamándolo como Señor si no le es inspirado por el Espíritu Santo (1Cor 12, 3). Otra manera de decir “Jesús” implica blasfemar contra él, es decir “Jesús” sin el Espíritu de Jesús.

Orar en Espíritu, pues, es asumir desde dentro que la oración es un don dado por el gran don del Padre. Solamente se puede orar abriéndose a ese regalo, como un niño en la mañana de Reyes: todo su corazón está abierto a recibir regalos, porque sabe lo que no tiene y sabe que le será regalado. Orar en Espíritu es creer que Dios derramará su Espíritu sobre toda carne (cfr. Hch 2, 17).

Por ello oramos al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. En las cartas paulinas (quizás excepto en 2Cor 3, 8 y Ef 5, 19) el destinatario último de la oración es el Padre. Cristo tiene un lugar esencial en la oración, como mediador. En nombre del Señor Jesús: (Col 3, 17; Ef 5, 20) es más que rezar encomendándose a Jesús o invocando su nombre... es rezar con Jesús, hijos en el Hijo, amadores en el único Amado. En nombre de Jesús (*todo lo que pidan en mi nombre...* cfr. Jn 14, 13-14; 15, 16; 16, 14-26) tiene este significado, porque supone una ligazón real con Jesús. Una ligazón no sólo de conocimiento y sentimiento sino de vida (como el sarmiento en la vid). Implica una participación en la vida de Jesús que concretamente se realiza en el amor recíproco (Jn 15, 16). Se debe estar unidos a Cristo y como Cristo, conscientes de ser amados por el Padre como él es amado (Jn 16, 27). Y si la fuerza y posibilidad de toda oración residía precisamente en dejarse ayudar por el Espíritu, ahora el ámbito de toda oración es esta identificación con Cristo Jesús. En él tenemos acceso al Padre, llamándolo como él lo llamaba: “Padre”, “Abba” (Mc 14, 36). De ahí que la oración cristiana no pueda ser sino filial. En la oración, nuestra carne, identificada con la carne del Verbo y movida por el Espíritu, siente la nostalgia del Padre: éste es el misterio que se revela en la oración y que nos promete la comunión única con el Padre, en el Espíritu y por el Hijo (es decir, por la participación de ese admirable intercambio: él toma nuestra carne y nosotros recibimos su Espíritu).

Así somos liberados de toda esclavitud y -sobre todo- de cualquier temor. Somos libres, con la libertad que nos anima al regreso de nuestro exilio: regresamos en libertad, porque hemos entendido por la fuerza de la palabra de Dios, que cuando nos confesamos que hemos pecado *contra el cielo y contra Ti* se nos organiza una fiesta. El Padre, detrás de nuestra carne llagada, ve a su Hijo hecho llaga por nosotros. Esta libertad va más allá: al sabernos “recibidos”, damos más lugar al Espíritu, el cual nos anima a esa forma de oración tan libre, tan de dueño de casa (pero hijo) que es la intercesión. Porque no tomamos conciencia de esta familiaridad con el Padre (este estar en casa, este ser de la familia) si no ejercitamos frecuentemente la intercesión.

Todos los grandes hombres de Dios son intercesores. La intercesión participa de la virtud de la levadura (Jesús nos pide que seamos como ella en medio del mundo...) La intercesión es como levadura en el seno de la Trinidad. Abraham intercede por

Sodoma (Gen 18, 23-32): el polvo y la ceniza frente a la Roca... y hablan... Esto sólo se da en la fe, la cual posibilita esta manera de conversar familiar e insistentemente. Moisés hace lo mismo; pensemos en sus manos alzadas en la victoria contra Amalec (Éx 17, 8-13), o cuando intercede por el pecado del pueblo, en el desierto, pidiendo perdón (Éx 32, 11-14, 30, 34; Nm 14, 10-20; 16, 22; 21, 7). La intercesión de Éx 32 es dramática, casi una lucha entre ambos, y Moisés utiliza los argumentos clásicos para “convencer” a Dios: apela al amor de Dios (esta nación es tu pueblo); a la fidelidad de Dios (acuérdate de las promesas); a su gloria (¿qué van a decir los otros pueblos si abandonas al pueblo que te pertenece?). La conclusión es la victoria de la oración: *el Señor se arrepintió del mal con que había amenazado a su pueblo* (Éx 32, 14). Aquí quisiera repetir lo que dije antes: no es Dios el que cambia de opinión, sino el hombre: pasa del conocimiento del Dios de la cólera al del Dios del perdón, orando. Moisés ha descubierto el verdadero rostro de Dios: rostro de fidelidad y de perdón, y ha sabido leer en la justa medida el pecado del pueblo. La intercesión abre camino, permite la manifestación de ese rostro de Dios que él quiere que busquemos.

La intercesión es un adentrarnos en el acceso al Padre, y descubrir nuevas facetas que reviertan sobre situaciones concretas y las cambien. Es verdad: humanamente podemos decir que “se conmueve el corazón de Dios por la intercesión”, pero en realidad él siempre nos gana de mano en eso de conmovirse el corazón, porque nos “ama primero”, y lo que posibilitamos con nuestra intercesión es que su poder, su amor, su lealtad y fidelidad (que no puede cambiar, porque él permanece siempre fiel) se manifiesta con mayor nitidez y creatividad en las cosas.

Por ello la intercesión supone la familiaridad, esa parresía de la que hablé antes. Moisés hablaba con Dios *como si estuviera viendo al Invisible* (Heb 11, 27). Y en realidad lo veía... Dios le hablaba cara a cara como a un amigo, como a un hombre de confianza (Nm 12, 6-8; Éx 33, 11; Dt 34, 10). Alguien dice que “la oración es estar delante de Dios para descubrir estas fuentes profundas del amor, aun en situaciones en las que, según la lógica histórica, debería funcionar el esquema del pecado, castigo y maldición”. Jesús mismo nos da ejemplo de intercesión: intercede por Pedro para que no mengüe su fe (Lc 22, 32); intercede para que el Padre envíe al Espíritu (Jn 14, 16); intercede por los que lo crucifican (Lc 23, 34)... Y no olvidemos que sólo en la oración intercesora tenemos la posibilidad de liberar al hombre del demonio (Mc 9, 29).

La intercesión, la “Déesis”, como nos la muestra ese ícono ruso: María, la Iglesia, de pie, la cabeza levemente inclinada ante el Señorío de Cristo Pantocrator con el libro abierto; Ella con las manos extendidas, abiertas al don de Dios, que fundamentalmente y en su plenitud es el Espíritu Santo.

La piedra de toque para constatar la autenticidad de la intercesión es la alabanza: se intercede alabando. De lo contrario, podría esconderse -detrás de los “pedidos”- no una real intercesión sino la hipocresía que, oculta -detrás de las largas oraciones- una insaciable avidez (Mc 11, 24-25). La alabanza es como la garantía de gratuidad de nuestra intercesión. Es el aire que ha de respirarse en nuestro confiado y familiar acceso al Padre, en el Espíritu Santo y por el Hijo.

Podemos comenzar a adentrarnos en el tema de la alabanza con los cánticos de Isaías: 42, 10-17; 45, 20-25. En toda alabanza existe conciencia del don. De ahí que la alabanza conlleve la dimensión de contemplatividad de toda plegaria. En los salmos de alabanza no se pide nada, sino más bien se canta la alegría, el abandono en Dios, la acción de gracias, el simple hecho de que exista. Dios es el creador que hizo bien todas las cosas y al hombre (salmo 8 y 104). Dios vigila sobre sus fieles (salmo 33 y 92). Dios cuida a su grey (salmo 23); defiende a su pueblo (salmo 27); retribuye según la justicia (salmo 77); manifiesta constantemente su amor a los hombres (salmo 103). Alabar es

animarse a imitar la gratuidad de Dios. Por ello nuestra carne, en la alabanza, se alivia, se eleva, es más contemplativa y menos utilitarista... simplemente canta. Así Pablo comienza la mayor parte de sus cartas, con una profunda alabanza: es la base de todo lo que sigue, la atmósfera que respira.

La alabanza mayor que podemos dar al Padre es el ofrecimiento de la pasión de su Hijo. Nuestra carne, pecadora y exilada, ofrece las llagas de la carne del Verbo. De ahí que la alabanza tenga forma de bendición (eulogía, eucaristía) (cfr. Mc 6, 41; 14, 23). La bendición expresa reconocimiento, agradecimiento. Nace del mismo sentimiento agudo del don de Dios y concluye en la afirmación de la fraternidad de los creyentes. Al pronunciar la bendición se renuncia a considerarse propietario de los bienes que nos circundan y a una posesión exclusiva. El verdadero propietario es Dios: *Te alabo Padre...* (Mt 11, 25-26; Lc 10, 21). *Ejomólogen* significa reconocimiento, acción de gracias, admiración, alegría, alabanza. A Jesús lo rechazan los sabios, los que se creen propietarios... y lo aceptan los humildes. Él mismo refiere al Padre el poder, alabándolo (cfr. cuando resucita a Lázaro, Jn 11, 41). La oración de alabanza nace solamente en aquellos que saben ver, en la propia historia, la presencia de Dios que obra maravillas.

El acceso al Padre está abierto. Nuestra carne, justificada por la pasión de Cristo y alentada por el Espíritu entra confiadamente (en parresía) en el santuario. El velo ya no oculta nada, todo está abierto. En la oración sucede algo similar que con la conversión. Recuerdo la frase de Claudel: “Je vois l’Eglise ouverte, il faut entrer” (Veo la Iglesia abierta, hay que entrar). Leyendo la carta a los Hebreos entendemos mejor lo que significa este libre acceso de toda carne al Padre.

Para orar y profundizar

¡Canten al Señor un canto nuevo, alábenlo desde los confines de la tierra; resuene el mar y todo lo que hay en él, las costas lejanas y sus habitantes! ¡Den gloria al Señor, proclamen su alabanza en las costas lejanas! El Señor irrumpe como un héroe, se enardece como un guerrero; lanza un grito de guerra, un alarido estridente, se arroja como un héroe contra sus enemigos. Conduciré a los ciegos por un camino que ignoran, los guiaré por senderos desconocidos; cambiaré las tinieblas en luz delante de ellos, y el suelo escarpado en una llanura. Estas son las cosas que haré, y no dejaré de hacerlas. (Is 42, 10.12-13.16).

Judith: el libre acceso a Dios

La judía Judit es el tipo de la verdadera hija de Israel, la mujer fuerte que encarna el destino de su pueblo y lo lleva adelante en medio de las vicisitudes de la historia. Es la mujer del libre acceso, de la parresía. El autor sagrado introduce a Judit luego de presentar una situación en la que la historia ya parece jugada: el sitio de los ejércitos de Holofernes a la mítica ciudad de Betulia -especie de Comala o Macondo- a la cual dejan sin agua, hace que el pueblo (la asamblea o Ecclesia) clame a Ozías en favor de la rendición. La buena voluntad de Israel de no ceder ante el enemigo es llevada por éste hasta el límite de lo razonable: *Ánimo, hermanos, resistamos cinco días más... Si transcurridos estos días, no nos llega ningún auxilio, entonces obraré como ustedes dicen (Jdt 7, 30ss).*

Judit es presentada como una viuda de especial belleza y dignidad, a quien el marido se le murió de insolación y -desde su cuarto, en la terraza donde se ha atrincherado- conoce todas las voces que se levantan de su pueblo. El señorío de Judit se manifiesta en el discernimiento que hace a los jefes cuando los manda a llamar (Jdt 8, 10ss). La prudencia humana es necedad pues *a Dios... no se le impone nada como a un*

mortal (v. 16). Por ello la actitud –paradójica- es: *invoquemos su ayuda, esperando pacientemente su salvación, y él nos escuchará si esa es su voluntad* (v. 17).

La razón de la esperanza de Judit estriba en que Israel reconoce que Dios es el único Dios y no adora a otros (v. 19). Por otra parte este reconocimiento no es intelectual sino que lo lleva grabado en su carne memoriosa: *Recuerden todo lo que hizo con Abraham y en qué forma probó a Isaac, y todo lo que le sucedió a Jacob en Mesopotamia de Siria, cuando apacentaba las ovejas de Labán, hermano de su madre: así como a ellos los purificó para probar sus corazones, de la misma manera, nosotros no somos castigados por él, sino que el Señor golpea a los que están cerca de él, para que eso les sirva de advertencia* (Jdt 8, 26ss). La memoria de esa mujer es más que un recuerdo: es tesoro escondido hecho carne que le inspira caminos a seguir. Sobre la base de esta memoria católica (memoria del pasado para abrir nuevos espacios a Dios) Judit relee el presente. Actualiza la historia de salvación y encuentra la pauta sobre la que apoyar su esperanza. Tanto su oración como su acción serán memoriosas. Más aún, puede acceder al Dios vivo precisamente porque es mujer de carne memoriosa.

Betulia -el resto de Israel- no puede negociar, pues si ella cede caería toda Judea. Betulia -cual resto de Israel- debe dar testimonio a sus hermanos de que *su vida depende de nosotros, y lo más sagrado que tenemos, el Templo y el altar, también dependen de nosotros* (v.24). Judit reinterpreta desde una mirada de fe lo que anteriormente el autor sagrado expuso “sociológicamente”. La mirada de fe le dice que eso es prueba de Dios para los que se acercan a él.

Esta interpretación, como dice Ozías, es muy verdadera y juiciosa, pero exigirá para que se realice verdaderamente que Judit interceda por su Pueblo y ponga en juego su pellejo. Sin su intervención personal, su interpretación memoriosa, en fe, no pasaría de buenas intenciones.

Por ello Judit, que se muestra llena de señorío ante los jefes, ante el Señor se convierte en una pobre viuda (9, 4) que clama recordándole los ultrajes de su servidora y pidiendo que abata la soberbia del enemigo *por la mano de una mujer* (v. 10), y ante Holofernes se muestra cándida como una paloma y astuta como una serpiente.

Judit es prototipo de la que sabe hablar con Dios y con los hombres, la del decirlo todo, la del libre acceso, la del coraje confiado, la de la parresía. A los suyos corrige e instruye, al enemigo lo adula, lo engaña hábilmente pero sin mentir, refiriéndose a Dios cada vez que dice “mi Señor” (Jdt 11, 5 ss.).

Judit reza en la acción: antes y durante la decapitación de Holofernes invoca al Señor, dando verdadero dramatismo a su acción, ya que el verdadero drama es el que se realiza entre nuestra libertad y la de Dios (Jdt 13, 4-10). No se trata de la autosuficiencia del “questo è il baccio di Tosca” ni del soliloquio de Macbeth cuando dialoga consigo mismo mientras mata al Rey: aquí hay suficiencia en la tragedia. En Judit en cambio, pasa la historia de la salvación, la lucha entre libertad y gracia.

Finalmente Judit es el prototipo de la que alaba a Dios y su alabanza contagia a todo el pueblo (Jdt 13, 11ss) y lo lleva a una victoria en Dios.

Ni quietismo ni negocio. Ni suficiencia ni precariedad cerrada en la propia inmanencia. Simplemente llaga memoriosa que clama y deja actuar a Dios, se deja conducir, y por otra parte se siente libre para el acceso de la acción que el mismo Dios le inspira. Simplemente valentía en el Espíritu, capacidad de relectura de los acontecimientos a la luz de la historia de la salvación para proyectar acciones en esperanza. Alabanza a aquél que es fuerte en nuestra debilidad.

Para orar y profundizar

¿Quiénes son ustedes para tentar así a Dios y usurpar su lugar entre los

hombres? ¡Ahora ustedes ponen a prueba al Señor todopoderoso, pero esto significa que nunca entenderán nada! Si ustedes son incapaces de escrutar las profundidades del corazón del hombre y de penetrar los razonamientos de su mente, ¿cómo pretenden sondear a Dios, que ha hecho todas estas cosas, y conocer su pensamiento o comprender sus designios? No, hermanos; cuidense de provocar la ira del Señor, nuestro Dios. No exijan entonces garantías a los designios del Señor, nuestro Dios, porque Dios no cede a las amenazas como un hombre ni se le impone nada como a un mortal. Por lo tanto, invoquemos su ayuda, esperando pacientemente su salvación, y él nos escuchará si esa es su voluntad (Jdt 8, 12-14.16-17).

La carne sacerdotal de Cristo

Por lo tanto, hermanos, tenemos plena seguridad de que podemos entrar en el Santuario por la sangre de Jesús, siguiendo el camino nuevo y viviente que él nos abrió a través del velo del Templo, que es su carne. También tenemos un Sumo Sacerdote insigne al frente de la casa de Dios. Acerquémonos, entonces, con un corazón sincero y llenos de fe, purificados interiormente de toda mala conciencia y con el cuerpo lavado por el agua pura. Mantengamos firmemente la confesión de nuestra esperanza, porque aquel que ha hecho la promesa es fiel. Alentémonos unos a otros, para estimularnos en el amor y en las buenas obras. No desertemos de nuestras asambleas, como suelen hacerlo algunos; al contrario, animémonos mutuamente, tanto más cuanto que vemos acercarse el Día... Nosotros no somos de los que se vuelven atrás para su perdición, sino que vivimos en la fe para preservar nuestra alma (Heb 10, 19-25.39).

Este texto puede servirnos de introducción a las reflexiones que ayudarán nuestra oración en el día de hoy. Aquí se nos habla de seguridad, de sincero corazón, plenitud de fe, firmeza da esperanza, estímulo de caridad. Se nos proclama que esta valentía es debida a la sangre de Jesús, a su carne. Esta semana, en la que celebramos la pascua del Señor, es un marco apto para contemplar estos misterios: los de su pasión y los de su resurrección, que son misterios de su carne ultrajada y glorificada. Nos defendemos del caos del pecado, de la atomización caótica de nuestra conciencia pecadora, reuniéndonos juntos, en familia, como lo hacían las tribus nómades del desierto antecesoras de Israel: el caos queda afuera. La pascua nos rescata del caos. Dentro está la carne del Cordero que *fue degollado* (Ap 5, 9), que nos alimenta (cfr. Jn 6) y nos asegura la valentía (coraje y constancia) defendiéndonos de la cobardía, fruto del caos del pecado.

San Ignacio, en sus ejercicios -al meditar los misterios de la pasión- nos hace pedir “dolor, sentimiento y confusión porque por mis pecados va el Señor a la pasión” (EE 193) y también “dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí (203). Nos lleva a la consideración de “Lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad o quiere padecer... y aquí comenzar con mucha fuerza y esforzarme a doler, entristecerme y llorar...” (195). Y también nos hace reflexionar en el hecho de que “la divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos, y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente” (196). San Ignacio, al igual que santa Teresa, comprende que el único camino seguro de acceso a la divinidad es la santísima humanidad de nuestro Señor. Y, tratándose de la Pasión, hemos de adentrarnos en esta Humanidad, en este hombre Jesús, que es Dios, pero que sufre como hombre, en su cuerpo, en su psiquis. Y esto no como algo folklórico que pasó, sino

como algo real, como el único camino viable, tangible, por el que todos hemos de pasar para contemplar al Padre que se revela con el Hijo. Contemplaremos la pasión en la carne de Jesús, en nuestra carne. No hay otro camino si es que también queremos profesar que Jesús está vivo, resucitado, con su misma carne, con sus llagas abiertas a la trascendencia del rostro del Padre. Al contemplar la “pasión” contemplamos cómo el Señor entró en paciencia. Sus seguidores, nosotros, hemos de aprender que significa entrar en paciencia, qué implica esto, a fin de conocerlo y amarlo mejor, para mejor imitarlo.

Dios prepara a su Hijo *perfeccionándolo mediante el sufrimiento* (Heb 2, 10); tuvo que participar de la carne y de la sangre para aniquilar, mediante la muerte, al señor de la muerte, es decir al Diablo, y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud (cfr. Heb 2, 14s). *Por la gracia de Dios, él experimentó la muerte en favor de todos* (Heb 2, 9) *y por eso está ahora coronado de gloria y esplendor, a causa de la muerte que padeció. Tú eres digno de tomar el libro y de romper los sellos, porque has sido inmolado, y por medio de tu Sangre, has rescatado para Dios a hombres de todas las familias, lenguas, pueblos y naciones. Tú has hecho de ellos un Reino sacerdotal para nuestro Dios, y ellos reinarán sobre la tierra* (Ap 5, 9-10). *El Cordero que ha sido inmolado es digno de recibir el poder y la riqueza, la sabiduría, la fuerza y el honor, la gloria y la alabanza* (Ap 5, 12).

Para salvarnos, Jesús entra en paciencia. Hay algunos rasgos de este “entrar en paciencia” que quisiera hacer notar: 1) su manera de asumir la muerte; 2) la totalidad de su despojo; 3) el fracaso desde el punto de vista humano; 4) la dimensión sacerdotal. Finalmente, algunas reflexiones sobre nosotros, nuestra vida consagrada, en relación a todo esto.

Manera de asumir la muerte 24

Jesús no jugó con su muerte, como tampoco lo hizo con su vida. Tenía conciencia, porque la unción del Espíritu le hacía discernir los signos de los tiempos, de que llegaría su “hora” (cfr. Jn 2, 4; 7, 30; 13, 1; Mt 26, 45). De ahí el hecho aparentemente paradójico de que Jesús “se ocultara” (cfr. Jn 7, 1). Se ocultaba de la policía, de los sicarios, de sus enemigos, porque no había llegado su hora. Jesús no es cobarde, pero tampoco es suicida. Ha dejado las cosas en manos de su Padre; la muerte le repugna (Mt 14, 35) pero acepta la voluntad divina. Sabe que va a morir, pero no sale a entregarse de manera entusiasta. Defiende su vida hasta que llegue “la hora”. Por ello se oculta. Esto nos hace caer en la cuenta de la tensión interior, dolorosa, del corazón de Jesús, que se manifiesta de manera explícita en el momento del desenlace, en Getsemaní. La muerte de Jesús es obra de los hombres pero con designios de Dios, es obra de los hombres “obra” de Dios... *El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; lo matarán y tres días después de su muerte, resucitará* (Mc 9, 31). “Ser entregado” y “matar” tienen sentido técnico en la Escritura. “Matar” se refiere al asesinato del justo y designa a los hombres como autores de la muerte. En cambio el verbo “entregar” indica que Dios es el autor de la entrega: El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom 8, 32).

El hecho de que Judas y los sumos sacerdotes “entreguen” a Jesús hay que entenderlo en el sentido de que ellos son agentes de la voluntad divina (1). Cuando Jesús es entregado, ésta es “la hora”: *la hora de ustedes y el poder de las tinieblas* (Lc 22, 53), pero a la vez es la hora de su clarificación (cfr. Jn 12, 23).

Por otra parte, Jesús mantiene su libertad en este juego del ocultarse y el dejarse tomar preso; él mismo lo explicita: *El Padre me ama porque yo doy mi vida para recobrarla. Nadie me la quita, sino que la doy por mí mismo. Tengo el poder de darla y de recobrarla: este es el mandato que recibí de mi Padre* (Jn 10, 17s). Su libertad es tal que acepta tanto el designio del Padre (ser entregado) como el instrumento utilizado (ser matado de una manera y por personas concretas). Resplandece aquí la dignidad de Cristo que nos hace exclamar: *Digno es el Cordero...* (Ap 5, 12). Se trata de la dignidad de quien se abandona obediencialmente a la voluntad del Padre, de quien acepta de esa voluntad también el modo de realizarse y -a la vez- todo esto lo hace en suma libertad.

En el fundamento de toda dignidad encontramos siempre libertad y abandono: libertad, a primera vista, dice la capacidad de decidir; abandono evoca más bien dejar la decisión en manos de otro... sin embargo la raíz profunda de la libertad entraña abandono espontáneo porque encuentra aquello para lo que uno ha sido creado, su *telostypos*²⁵... y esto se llama dignidad en el Digno, señorío en el único Señor.

Para meditar

Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. Les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto (Jn 12, 23).

La totalidad del despojo

San Pablo no deja lugar a dudas sobre la magnitud del despojo de Jesús: *se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz* (Fil 2, 8). En el versículo anterior habla de despojo: pues bien, el despojo de Jesús es total, no le queda nada para sí. Su sola presencia lo provoca (cfr. Sab 2, 12-22); él es un reproche viviente, aunque no diga ni haga nada. Su carne es precisamente la que clama e inquieta a Satanás: *si eres el Hijo de Dios...* La duda satánica no termina en el desierto (cfr. Lc 4, 13) sino que sale al encuentro de Jesús en cada situación posible: en la cura de los endemoniados, de los enfermos; en las diatribas con los fariseos y saduceos; en las pretensiones zelotes de hacer caer fuego del cielo; en las dudas esenias porque él no se encuadra en la exquisitez de una vida consagrada al retiro y a la contemplación; en la burla de la soldadesca, en la traición de Judas, en los desafíos a que baje de la cruz... Satanás, inquieto por esa carne que lo amenaza, inquieta, -a su vez- el corazón de todos estos hombres: quiere saber (es la satisfacción de la gnosis). Esta misma duda lo lleva a la derrota, pues -cual otro Herodes- juega su última carta “matando”. Así cree vencer y se come la carne... que para él no es carne sino el cebo, el anzuelo, dentro de la cual está el veneno que lo mata definitivamente: la divinidad (cfr. san Máximo Confesor, Abad, Centuria 1, 8-13; PG 90,1182-1186).

En medio de toda esta persecución provocada por su sola presencia, ¿dónde veríamos la totalidad del anonadamiento de Jesús?: en la afirmación de san Pablo: *muerte de cruz*. Jesús era tenido por profeta (Mt 21, 11; Lc 7, 16; Job 4, 19; 9, 17) y un profeta muere dentro de la ciudad y la lapidado: *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados!* (Mt 23, 37); (Lc 13, 33). Sin embargo, Jesús no muere ni en Jerusalén ni lapidado: es un maldito, un “colgado” fuera de los muros de Jerusalén (cfr. Dt 21, 22s). No muere como profeta (lapidación era el castigo de la ley judía para el falso profeta y el blasfemo). Jesús muere como un conspirador, como un zelote, como un guerrillero contra el poder romano. Como afirma un teólogo contemporáneo, a Jesús le robaron la muerte. No sólo le quitaron la vida con un asesinato “legal”, sino que incluso intentan quitarle la significación que él le daba a su

vida y a su muerte. El anonadamiento llega hasta la muerte de cruz: Jesús no tuvo la satisfacción final de morir dando testimonio del verdadero significado de su existencia.

El seguimiento de Jesús en su camino de anonadamiento y de cruz conduce al discípulo a caminar esa misma senda por amor a su Señor. La tentación “empresarial” del celo apostólico no reconoce esta dimensión salvífica de pasar por el mismo camino de tormento de la cruz, que sólo podía infligirse a los que no eran ciudadanos romanos... El discípulo ha de tener en cuenta esta perspectiva de ser juzgado como “criminal”, de ser tenido por “alienado” del camino común. San Pablo, contemplando este misterio de anonadamiento, por amor a su Señor, desea él mismo ser objeto de maldición a fin de salvar a sus hermanos: *Digo la verdad en Cristo, no miento, y mi conciencia me lo atestigua en el Espíritu Santo. Siento una gran tristeza y un dolor constante en mi corazón. Yo mismo desearía ser maldito, separado de Cristo, en favor de mis hermanos, los de mi propia raza* (Rom 9, 1-3). San Ignacio sentía lo mismo y, a la hora de ayudar en la elección de vida a quien hace los ejercicios, le propone esta disyuntiva: o aceptar padecer humillaciones, si vienen; o pedir que vengan... y todo por imitar más a Jesucristo. No es un punto de vista espiritual discutible, propio de otra época, no es un “corolario” más o menos negociable según las circunstancias. Se trata del mismo meollo del anonadamiento de Cristo: sin aceptarlo hasta esta dimensión de totalidad no se está en el camino pleno del seguimiento del Maestro. Santos contemporáneos, como santa Rafaela María del Sagrado Corazón, la fundadora de las Esclavas, han dado testimonio de esta dimensión. La mediocridad consiste en aceptar la cruz “a medias”, “hasta un cierto punto”... y eso ya no es la cruz... a lo más será una muerte en una clínica de lujo.

Para orar y reflexionar

Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz (Fil 2, 6-8).

El fracaso de Jesús

Todas estas reflexiones plantean la teología cristiana de la esperanza y del fracaso. Esta tiene su origen en la consideración de la pasión y muerte de Jesús²⁶. Más todavía: el fracaso histórico de Jesús y las frustraciones de tantas esperanzas (*nosotros esperábamos...* (Lc 24, 21) son, para la fe cristiana, el camino por excelencia a través del cual Dios se revela en Cristo y actúa la salvación. Jesús mismo lo había predicho: *El que salva su vida la perderá, el que pierde su vida la salvará* (Mc 8, 35; Lc 9, 24). El fracaso inmanente de la empresa de salvación ya aparecía, fragmentado y con menor intensidad en la gesta de la salida de Egipto y posesión de la tierra prometida. Por ejemplo, Moisés siente el fracaso cuando se encuentra a orillas las del Mar, en medio de un pueblo disconforme y los egipcios a sus espaldas. No le quedan muchas salidas: o se entrega a los egipcios, o intenta pactar con ellos, o se suicida, o confía en Dios. Opta por lo último, y Dios se hace presente en la impotencia radical de los medios humanos. Lo mismo sucede cuando el pueblo murmura pidiendo agua, carne, etc. Dios hace sentir hasta el final la impotencia del hombre, y entonces recién interviene. El fracaso de Jesús se inserta en esta dinámica: cuando todo está perdido, cuando nadie queda porque *Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño* (Mt 26, 31) entonces interviene

Dios con la fuerza de la resurrección. La resurrección de Jesucristo no es el final de una película; es la intervención de Dios sobre la total imposibilidad de esperanza humana; la intervención que proclama “Señor” a quien aceptó el camino de fracaso para que se manifieste el poder del Padre y sea glorificado.

Nosotros tendemos a disfrazar la constatación de la mayor frustración humana que es la muerte: basta mirar los cementerios, los monumentos funerarios, para entender que se quiere embellecer y “alienar” este fracaso inherente a la humanidad. O también la “canonización” del difunto. Después de la plaza de San Pedro, el sitio en el cual se canoniza mayor cantidad de gente es en los velorios: generalmente el difunto “era un santo”. Claro, es santo porque ya no te puede molestar. Son maneras de disimular el fracaso de la muerte. De manera larvada, ponemos la esperanza fuera del ámbito del fracaso, y por lo tanto no la ponemos en Dios. La esperanza pura en Dios se da cuando, como en el caso de Jesús, se llega al fondo del fracaso (que es más que la carencia de posibilidades de salida: es la afirmación positiva de que ya no hay salida, de que la cosa se acabó).

Jesús perdió toda posibilidad humana de salida con la infamia de la ejecución pública: éste es su fracaso. Y él llegó a este punto porque lo más importante para él era corresponder al tipo de persona que el Padre quería que fuera, hacer la voluntad del Padre: *Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra* (Jn 4, 34).

La consideración del fracaso pone de manifiesto la “carne” de Jesús. En Getsemaní Jesús esperó instintivamente evitar la posibilidad del fracaso. Solamente la certeza del amor del Padre lo hizo capaz de superar el miedo a esto. En la consideración del fracaso de Jesús conviene volver a recordar las recomendaciones de san Ignacio que mencioné al comienzo. Hay que “tocar” la carne de Jesús. Existen otras maneras “educadas” de evitar el “escándalo” pero esto sería precisamente negar la carne de Jesús en este fracaso: se trata del neodocetismo²⁷ ilustrado tan cotidiano en nuestras elites eclesiales, en nuestras izquierdas ateizantes y en nuestras derechas descreídas. Las “elites” católicas están ayunas de la bienaventuranza que el mismo Jesús proclamó para el tiempo de fracaso: *y bienaventurado el que no se escandalice de mí* (Mt 11, 6; Lc 7, 23). En este caso era el fracaso porque la predicación de Jesús iba dirigida a los sencillos. Las elites exquisitas saben fruncir la nariz ante el fracaso, se escandalizan. Y prefieren configurar cuadros de Iglesia más bien basados en el “sentido común” que en el fracaso de la cruz... Son neodocetistas y, en el fondo, tampoco están muy convencidas de que Jesús, el Cristo, está vivo con su cuerpo, está resucitado. A lo más, aceptan una resurrección más cercana al concepto bultmaniano o una resurrección espiritualista... simplemente porque negaron la carne de Cristo al no aceptar el fracaso.

El gran fracaso de Jesús, en el orden de la amistad humana, son sus discípulos, y Judas el más profundo: no supo leer la misericordia en los ojos del Maestro. Los últimos momentos de Jesús con sus discípulos están signados por un aislamiento terrible: se había dado un abismo. Jesús no podía llegar a ellos y ellos no entendían el punto en el que estaba su Maestro. Es el principio de la soledad, de ese abandono tan hondo que sentirá en la cruz también de parte de su Padre: *Padre ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27, 46).

Precisamente es en la cruz donde Jesús asume definitivamente el fracaso y el mal; y los trasciende. Allí se manifiesta lo insondable de su amor porque, sólo quien ama mucho posee la libertad y la vitalidad de espíritu para aceptar el fracaso. Jesús muere como un fracasado. En él alcanzan su plenitud las situaciones momentáneas o coyunturales y parciales, que son fracasos en el Antiguo Testamento: *Todos ellos murieron en la fe, sin alcanzar el cumplimiento de las promesas* (Heb 11, 13), es decir,

murieron saboreando -en parte- el fracaso. Jesús, en su muerte asume y plenifica todos estos fracasos de la historia de salvación. Ahora sólo queda una solución: la solución divina, en este caso la resurrección como fermento revolucionario. Esto quiere decir que un cristiano tiene que incorporar en su vida cotidiana la convicción de que Jesucristo está vivo en medio de nosotros. De lo contrario su cristianismo es un pseudo fracaso: por eludir el fracaso escandaloso de la cruz, el total anonadamiento sin esperanza humana, por no haber “esperado contra toda esperanza”, su vida transita los vericuetos de un fracaso más aceptable, un fracaso que puede convivir elegantemente con los valores universales y transversales: es el fracaso de una religión sin piedad, porque simplemente le falta la unción de toda piedad: Jesucristo resucitado. Vivo entre nosotros.

Para orar y profundizar:

Jesús les dijo: Esta misma noche, ustedes se van a escandalizar a causa de mí. Porque dice la Escritura: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño. Pero después que yo resucite, iré antes que ustedes a Galilea». Pedro, tomando la palabra, le dijo: Aunque todos se escandalicen por tu causa, yo no me escandalizaré jamás. Jesús le respondió: Te aseguro que esta misma noche, antes que cante el gallo, me habrás negado tres veces. Pedro le dijo: Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré (Mt 26, 31-34).

Jesucristo Sacerdote

Así Jesús “entra en paciencia”, con su carne, en su carne. Y por ella es constituido sacerdote. *Debió hacerse semejante en todo a sus hermanos, para llegar a ser un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en el servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo. Y por haber experimentado personalmente la prueba y el sufrimiento, él puede ayudar a aquellos que están sometidos a la prueba (Heb 2, 17).* En su anonadamiento total, en la aceptación de su fracaso, ofreció por los pecados un sólo sacrificio (Heb 10, 12), y éste no lo celebró con palabras, sino con su carne y su sangre: *Cristo, en cambio, ha venido como Sumo Sacerdote de los bienes futuros. Él, a través de una Morada más excelente y perfecta que la antigua –no construida por manos humanas, es decir, no de este mundo creado– entró de una vez por todas en el Santuario, no por la sangre de chivos y terneros, sino por su propia sangre, obteniéndonos así una redención eterna. Porque si la sangre de chivos y toros y la ceniza de ternera, con que se rocía a los que están contaminados por el pecado, los santifica, obteniéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por obra del Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de las obras que llevan a la muerte, para permitirnos tributar culto al Dios viviente! (Heb 9, 11-14). Él es el Sumo Sacerdote que necesitábamos: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y elevado por encima del cielo. Él no tiene necesidad, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados, y después por los del pueblo. Esto lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo... <es> un Hijo que llegó a ser perfecto para siempre (Heb 7, 26-28).* A este sacerdote nos hemos acercado, mediador de una nueva alianza y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel.

El sacerdocio de Cristo se ejerce en tres momentos: en el momento del sacrificio de la Cruz (y en este sentido fue “de una vez para siempre”) actualmente (como

intercesor ante el Padre: Heb 7, 25); y al fin de los tiempos (*sin relación con el pecado* Heb 9, 28) cuando Cristo entregue toda la creación al Padre. En su segundo momento, el actual, Jesús el Cristo ejerce la intercesión sacerdotal por nosotros: *...como permanece para siempre, posee un sacerdocio inmutable. De ahí que él puede salvar en forma definitiva a los que se acercan a Dios por su intermedio, ya que vive eternamente para interceder por ellos a la deriva* (Heb 7, 24-25). Jesucristo está vivo — intercediendo— con toda su plenitud de hombre y de Dios: *ya que tenemos en Jesús, el Hijo de Dios, un Sumo Sacerdote insigne que penetró en el cielo, permanezcamos firmes en la confesión de nuestra fe. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; al contrario, él fue sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado* (Heb 4, 14ss). En los misterios de la resurrección Jesús, ya constituido Señor, muestra su cuerpo, se hace tocar las llagas... su carne (cfr. Jn 20, 20. 27; Lc 24, 39.42). Ese cuerpo, esas llagas, esa carne son intercesión. Más aún, no hay otro camino de acceso al Padre que éste. El Padre ve la carne del hijo y accede a la salvación... Nos encontramos con el Padre en las llagas de Cristo. Él está vivo, así, en su carne gloriosa, y está viviente entre nosotros. Participar de su carne, entrar en paciencia con él en su pasión para participar también de su glorificación, es lo que entraña la afirmación definitiva de la carta a los Hebreos: *Nosotros tenemos un altar del que no tienen derecho a comer los ministros de la Antigua Alianza* (13, 10). Ese altar es Cristo, su cuerpo pendiente de la cruz.

Para orar y profundizar

Él es el Sumo Sacerdote que necesitábamos: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y elevado por encima del cielo. Él no tiene necesidad, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados, y después por los del pueblo. Esto lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo (Heb 7, 26-27).

Nosotros

En el texto con el que introduje este tema había alusiones y exhortaciones a nuestra conducta. Quisiera ahora repasar algunas actitudes nuestras en relación a lo dicho sobre la inmolación de Jesús y sobre su sacerdocio. Algunas ya las mencioné de paso en su lugar. Ahora quiero indicar lo más vertebral del comportamiento cristiano, evitando calificarlo con adjetivos, como si el sólo hecho de “ser cristiano” no bastara. Existe una cierta incapacidad cotidiana o mejor dicho una cierta resistencia, a hacernos cargo de las implicancias del hecho del “entrar en paciencia” de Jesús. *Nosotros debemos prestar más atención a lo que hemos escuchado, no sea que marchemos a la deriva* (Heb 2, 1). La incapacidad a la que me referí proviene de no haber descubierto, en el misterio de Jesucristo viviente, la gloria de Dios. El Cristo paciente, anonadado, es gloria de Dios. El Cristo resucitado en carne y espíritu, glorioso, es la gloria de Dios. Nuestra incapacidad de acceso a la comprensión de esta gloria es la que nos extravía en las consecuencias de lo que hemos oído y contemplado. *Mi gloria no viene de los hombres. Además, yo los conozco: el amor de Dios no está en ustedes. He venido en nombre de mi Padre y ustedes no me reciben, pero si otro viene en su propio nombre, a ese sí lo van a recibir. ¿Cómo es posible que crean, ustedes que se glorifican unos a otros y no se preocupan por la gloria que viene sólo de Dios?* (Jn 5, 41-44). Aquí radica

el drama del rechazo frontal o del rechazo camuflado (por reduccionismos a gusto) del misterio de Jesús, el Cristo. Nuestro corazón es más proclive a aceptar gloria de otros que a darla a Dios, a recibir a quien viene en nombre propio que a quien viene en nombre de Dios. Preferimos conversar y discutir en vez de orar y proclamar.

Se nos invita a *fortalecer el corazón* (Heb 13, 9), como lo hicieron nuestros mayores, fortalecerlo con la gracia y no “dejarnos seducir con doctrinas varias y extrañas” (ibid.). Se nos advierte que *no sea que alguno de ustedes tenga un corazón tan malo que se aparte del Dios viviente por su incredulidad* (Heb 3, 12ss). El corazón debilitado es un corazón cobarde, un corazón con acedia: se nos pide sacudirla como se sacude un lastre (cfr. Heb 12, 1). Se nos exhorta a renegar de cualquier tipo de “quietud” paralizante. Se nos pide “correr” con coraje. ¿Correr hacia dónde? Hacia la prueba que se nos propone. La prueba es el testimonio de que Jesús, el Cristo, el que “entró en paciencia” está vivo y viviente entre nosotros. Por ello se nos exhorta a tener *fijemos la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe, en Jesús, el cual, en lugar del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz sin tener en cuenta la infamia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Piensen en aquel que sufrió semejante hostilidad por parte de los pecadores, y así no se dejarán abatir por el desaliento* (Heb 12, 2-3). Se nos pide que, mirándolo a él, *salgamos nosotros también del campamento, para ir hacia él, cargando su deshonor* (Heb 13, 10-16). La contemplación del que ha sido constituido Señor por haber entrado en paciencia nos dispone a la corrección de nuestras actitudes viciadas: *Es verdad que toda corrección, en el momento de recibirla, es motivo de tristeza y no de alegría; pero más tarde, produce frutos de paz y de justicia en los que han sido adiestrados por ella. Por eso, que recobren su vigor las manos que desfallecen y las rodillas que flaquean. Y ustedes, avancen por un camino llano, para que el rengo no caiga, sino que se cure* (Heb 12, 11-13). La cojera del espíritu termina separándolo a uno del cuerpo: toda renguera, a la larga, entumece y paraliza.

Pienso en las cojeras y rengueras de las actitudes “convencionales” ante la pasión y resurrección de Cristo: todas ellas nos conducen a considerarlo como no entrado en paciencia (en definitiva descarnado) y como no glorificado en su cuerpo. Por tanto, un Cristo resucitado que no es persona viviente sino una idea de esperanza o, a lo más, un “valor” religioso o cultural desarraigado de la verdadera historia de amor del Padre por los hombres.

Existe una tendencia, dentro de nosotros, a “facilitar” las cosas. Resulta más fácil no detenerse a considerar muy en serio cómo fue el sufrimiento carnal de Jesús, hombre y Dios. Lo mismo sucede con su glorioso cuerpo después de la Resurrección. Los mismos discípulos tuvieron dudas respecto del cuerpo de Jesús: *creían ver un espíritu* (Lc 24, 37). Hay una frase, en el evangelio de Lucas, que puede darnos una pista: *era tal la alegría y la admiración de los discípulos, que se resistían a creer* (24, 41). El miedo de una nueva frustración los trababa, y por ello preferían creer que era el espíritu de Jesús y no Jesús resucitado. Algo similar puede actuar en nosotros: la conciencia de que Jesús, Cristo y Señor, ahora está vivo entre nosotros, nos llena de alegría... la alegría es tanta que nos da temor. Por ello camuflamos la resurrección, y se prefiere una predicación parenética depotenciada de raíces más vitales que el anuncio de la raíz que da la vida: Jesucristo resucitó. Lo del “triste santo”²⁸ de santa Teresa no se aplica sólo al “santo triste”, sino también -y quizá más comúnmente- al “alegre a medias”. Cuando un consagrado o una consagrada va por este camino del “equilibrio reduccionista” de la alegría que produce la resurrección de Jesús, entonces sí se entiende que surjan -por suplencia- tantos proyectos pastorales funcionalistas, tantos empresariados del evangelio, tantos “ejecutivos” del Reino.

Se nos exhorta a que pensemos que *también nosotros tenemos un cuerpo* (Heb

13, 1-4) y tomando conciencia de él comprendamos la “cercanía” de Dios en la carne del Salvador “como si” (ibíd.) estuviéramos con los que sufren: es decir, se nos exhorta a que vayamos, busquemos y entremos en paciencia, compartiendo la suerte de nuestros hermanos sufrientes (ibíd.) sin avaricia de retener algo para nosotros (Heb 13, 5), como él no la tuvo reteniendo ávidamente su condición divina (Fil 2, 7). Considerando nuestra carne y la carne de Jesús se nos exhorta al coraje, a la parresía: *vayamos, entonces, confiadamente al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y alcanzar la gracia de un auxilio oportuno* (Heb 4, 16). Y, por si alguno tiene miedo, se nos dice con un poco de ironía que *en la lucha contra el pecado, ustedes no han resistido todavía hasta derramar su sangre* (Heb 12, 4).

Para orar y profundizar

Ya que estamos rodeados de una verdadera nube de testigos, despojémonos de todo lo que nos estorba, en especial del pecado, que siempre nos asedia, y corramos resueltamente al combate que se nos presenta. Fijemos la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe, en Jesús, el cual, en lugar del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz sin tener en cuenta la infamia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Piensen en aquel que sufrió semejante hostilidad por parte de los pecadores, y así no se dejarán abatir por el desaliento. Después de todo, en la lucha contra el pecado, ustedes no han resistido todavía hasta derramar su sangre (Heb 12, 1-4).

22. Se refiere al miro griego en el cual Ariadna ayuda a Teseo a salir del laberinto (N. de la E.).

23. En griego *nostos*: “regreso”; y *algos*: “dolor” (N. de la E.).

24. Sobre el tema de la manera de asumir la muerte que tuvo Jesús, y sobre la totalidad de su despojo, he tomado algunas ideas de Hughes Cousin, los textos evangélicos de la Pasión. *El Profeta Asesinado*. Ed. Verbo Divino, Navarra, 1981, cap. 15.

25. *Telostypos*: modo de ser para su realización. De *télos*: “realización”; *tipos*: modo de ser (N. de la E.).

26. Sobre el tema del fracaso de Jesús he tomado algunas ideas del Cap. 3 de la obra de John Navone, *Teología del Fallimento*, Ed. Pontificia Università Gregoriana, Roma, 1988.

27. Es docetismo fue una herejía que sostenía que Jesús no era verdadero hombre: su cuerpo no era real sino más bien una apariencia (N. de la E.).

28. Se refiere a la frase de la Santa: “un santo triste es un triste santo” (N. de la E.).

